

PARMÉNIDES GARCÍA SALDAÑA

EL  
REY  
CRIOLLO

EPILOGO DE JOSÉ AGUSTÍN



*El rey criollo* es [...] el primer libro que escribió Parménides [García Saldaña] y consta de once relatos muy bien armados, en orden ascendiente en cuanto a la edad de los protagonistas y en cuanto a la intensidad y complejidad de los textos. Salvo el final, y «¡No te adornes, no te adornes!», casi todos los relatos tienden a cierta formalidad narrativa. La mayor parte está escrita en tercera persona, con juegos de puntos de vista y nutrida dialogación a base de lenguaje coloquial. Las historias se narran con limpieza, sin excesos, en orden lineal salvo algunos flashbacks, y no pretenden impactar, deslumbrar o iluminar. Sus finales, más bien ambiguos, muestran que, más que la historia en sí o el trazo psicológico de personajes, a Parménides le interesaba crear atmósferas y, a través de la sucesión de textos, sugerir un tema central: la fijación de imágenes de distintos y desoladores abismos de la búsqueda, frustrada y frustrante, del amor como meta inmediata en la vida juvenil. Todo esto se halla subrayado con la inclusión de canciones de amor de los Rolling Stones (casi todas del periodo *Aftermath/Between the buttons/Flowers*) que él mismo tradujo, correctamente, y que anteceden a cada relato: José Agustín.



Parménides García Saldaña

# **El rey criollo**

ePub r1.1

lbnKhalidun 04.08.15

Título original: *El rey criollo*  
Parménides García Saldaña, 1970  
Epílogo: José Agustín  
Diseño e ilustración de la cubierta: Hans Geel

Editor digital: IbnKhalidun  
ePub base r1.2



# Stranger in Paradise

## Sittin' on a Fence

Desde que fui joven he sido difícil de agradar,  
y no sé distinguir el mal del bien.  
Pero hay una cosa que nunca podré entender,  
alguna de las cosas enfermas que una mujer le hace a un hombre.  
Así es que sólo estoy sentado sobre una cerca.  
Puedes decir que estoy loco.  
Tratando de arreglar mi mente.  
Verdaderamente es muy difícil una venda.  
Sólo estoy sentado sobre una cerca.  
Todos mis amigos de la escuela crecieron y se establecieron.  
Hipotecaron sus vidas. Y una cosa no se ha dicho mucho.  
Pero pienso que es verdad.  
Ellos sólo se casaron porque no hay otra cosa que hacer.  
Así es que sólo estoy sentado sobre una cerca.  
Puedes decir que estoy loco.  
Tratando de arreglar mi mente.  
Verdaderamente es muy difícil una venda.  
Sólo estoy sentado sobre una cerca.  
Puede llegar el día cuando estés viejo y enfermo y cansado de la vida.  
Nunca comprenderás.  
Tal vez la elección que hiciste no fue buena verdaderamente.  
Pero sales fuera y no regresas en la noche.  
Así es que yo estoy sentado sobre una cerca.

—The Rolling Stones

—Nos vemos al rato —dijo Jaime.

Caminó unos pasos, después corrió, y llegó a su casa. Entró corriendo y fue a la cocina a buscar a su mamá. No estaba allí. Subió. Abrió la puerta del cuarto de la televisión.

*Recuerdo su voz más dulce que miel.*

*¡Oh noche tan cruel en que ella se fue-ee-e!*

Todos dieron vuelta, menos su papá, que dormía en su sillón con las manos sobre el estómago. En la penumbra vio a su hermana tirada en la alfombra, apoyando la mandíbula en las manos; a su mamá cruzada de brazos, y a la recamarera.

—Ya llegué —nadie le hizo caso—. Mami, ¿me dejas ir a una fiesta?

—No...

—No seas. Déjame, ¿sí?

—No me molestes, estoy viendo. Dile a tu papá.

*En la colina azul*

*y por primera vez vi*

—No lo dejes, mamá —dijo en voz baja su hermana.

—Cállate, idiota —exclamó él, y fue a despertar a su papá.

Cuando su papá le dio permiso, después que él prometió volver temprano, corrió a su recámara y empezó a desvestirse.

A veces las fiestas le aburrían; pensaba que era perder el tiempo, y se prometía a sí mismo que no volvería a hacerlo. En la semana rechazaba la idea de buscar alguna fiesta, pero siempre, cada sábado, le agradaba imaginar que esa noche encontraría una muchacha bonita, simpática. Fijándose en él. Escuchando su conversación. Riendo de sus chistes. De seguro que a esa fiesta iría ella. ¿Cómo estaría vestida, de qué color? Sonrió.

Fue al baño y se peinó varias veces hasta que quedó conforme. Fue al cuarto de la televisión, abrió la puerta. Miró las nalgas de su hermana, que contemplaba con ojos soñolientos al cantante de rocanrol, que por la estatura y el estilo de peinado era un Elvis Presley en miniatura.

—Ya me voy —dijo balanceando el cuerpo.

—No vengas tarde —advirtió su mamá.

Frenó el coche frente a la casa de Carlos y tocó el claxon. Al poco rato Xavier se asomó por una ventana.

—Pásale. Nos estamos echando un drink.

Jaime estacionó el coche. Entró a la casa. Llegó a la sala y miró los vasos jaiboleros sobre la mesita de centro.

—¿Quieres uno?

—No gracias, traigo el coche.

—¿Qué es?

—Castillo.

—Perfecto —dijo Carlos—. Castillo on the rocks. Would you please give to me...

—No te la jales —dijo Xavier.

—Mira quién habla. Pantalón negro con saco rojo.

—La moda —dijo Xavier altivamente.

—¿Moda? ¡Ten! —hizo una seña con los dedos. Eres un payaso.

—Apúrense —dijo Jaime—. Luego se pelean.

Salieron y abordaron el coche de Jaime. La fiesta era en la colonia Nápoles.

«Lo que me enferma es que las pinches viejas de estas fiestas son re apretadas. Van unas a toda madre. Me la pegué y se me paró. Me siento mal si no inflo antes de ir a una fiesta. Marta tiene unos senos divinos. Ésa es la onda. Dame un cigarro. Tengo comezón en los pelos. Te premiaron con ladillas. Parece vaca suiza. Por andar de caliente y con peladas. Esa güerita se cae de buena. Perfecto. Unas nalgas de fábula. Xavier tuvo chance pero es una bestia. Me tronó. Ese maestro es un ojete. Miren nomás qué buena vieja. Miéntasela, por eso son lo que son, ¡hijo de la chingada!»

Jaime estacionó el coche y bajaron. Los tres se alisaron el traje. Xavier sacó un peine de carey y despeinó cuidadosamente su copete castaño.

Abrió la puerta una mujer morena. Entraron casi sin mirarla. Caminaron por el jardín amplio, verde, sin flores. Llegaron al garage. Subieron por una escalerilla entre dos muros. Entraron a la sala saludando a los demás con la cabeza. Se fueron a un rincón. Las parejas bailaban chocando unas contra otras. Era una fiesta animada, padre. El murmullo de las voces se entremezclaba con la canción «Stranger in Paradise». Jaime fumaba. Veía a las parejas bailar. Veía la sala amplia, el piso de madera reluciente que reflejaba las sombras. Veía los amplios sofás, los prismas del candil, los jarrones chinos junto a las estatuas griegas. Veía las espaldas semidesnudas de las nenas: blancas como leche, morenas como nueces. Las piernas flacas, hilachos colgantes. Las piernas esbeltas, que se le antojaban. Las veía brillar. Miraba los rostros de las nenas: expresiones de cejas alzadas y labios fruncidos. Veía cómo algunos muchachos trataban de juntar la mejilla con la de su pareja. Reconoció la melodía «Summertime». Vio a las muchachas que sonreían, que esperaban. «Debe haber alguna. Una. Aquélla, la que baila con el de traje negro. ¿Será su novia? O se la estará ligando. Por llegar tarde.» Carlos seguía contando chistes. Xavier reía mirando a las muchachas. Jaime paseó la vista por las nenas sentadas. Vio a una de ojos azules, azules enormes, enormes como cielo, como mar. Vio las pestañas largas, la nariz respingada, la boca de labios delgados. Las piernas semiocultas por la falda. «Qué suave chamaca.» La contempló.

«Mira a ése, aich, cómo se me queda viendo. ¿Te gusta Ray Conniff? En tercero

de jurisprudencia y leyes. Es padre. Pero un acento británico. ¿El mío? Patricia. No tengo por qué mentirte, estás muy chula. Canta precioso. Prefiero estar sentada, palabra. Es padre el arte abstracto. Jorge es guapísimo. ¿No lo crees, Luis? Ante tipos viperinos, basta la indiferencia. Te adoro, Lucero. Sí, todo está en función de... Dice Estela Acuña que es medio borracho. Dul-ce. Tiene un ford convertible de fábula. Pues dice mi mamá que ese Carlos Fuentes es un lépero. Sinceramente, en Acapulco, fuera máscaras. La Novena es el éxtasis. Angélica María está buenísima, se azota contra las paredes de lo cuero. Adentrarse a la esencia del ser. Te lo juro que no. Dicen que es novia del pendejo de Enrique Guzmán. Yo ya no vuelvo con él, aunque me ruegue y llore, no. De veras no la quise; soy sincero. El jazz progresivo, el clásico no. Lo voy a pensar. Es una novela prohibida. Me cae que sí tengo ladillas. Ése es el mejor. Te amo, Juani.»

Xavier tenía un plato de cartón en la mano derecha, con dos dedos sostenía el sandwich y se lo llevaba a la boca para morder un pedazo minúsculo. Jaime seguía viendo a la chamaca de los ojos azules, las piernas esbeltas. La veía platicar con el que la sacó a bailar antes que él. Estuvo a punto de sacarla, y cuando se armó de valor y caminó hacia ella, ¡zas!, que la saca el baboso ese.

Sus amigos regresaron. El disco giraba, el sonido continuaba desparramándose por toda la casa. La mayoría de las parejas estaban sentadas. Ahora más que antes, los que bailaban bailaban mejilla con mejilla, rojo contra rojo, la sangre alborotada pero contenida; suspiros intensos, besos en la oreja, roce ligero de las piernas. Ray Conniff tocaba «Too Young».

Fue. Ella accedió a bailar. Él la apretó. Se excitó. Se separó discretamente. La música calló. Bailaron varias piezas más y la llevó a su lugar. Luego regresó:

—¿Bailamos?

—Me duelen mucho los pies.

Jaime continuaba con la mano tendida.

—En serio, estoy cansada.

—Al rato.

Jaime dio media vuelta y se alejó. Al rato la vio bailar con otro. No era la primera vez ni sería la última. No le importaba. Estar sin nena en una fiesta era desalentador. Ahora sólo bailaban los que parecían estar enamorados, los que parecían ser novios. Así era en todas las fiestas, y él terminaba siempre aburriéndose, como ahora.

*Take my hand*

*I'm stranger in Paradise*

Cerca de la una se despidieron de la anfitriona y de los conocidos. Salieron y subieron al coche. No hablaban.

*Ámame, pero ámame.*

*Perdóname*

*si he mentido por ti*

Recorrieron la avenida oscura, vieron volar las luces, los postes verdes, el cielo nublado. Vieron los círculos luminosos que venían en sentido contrario. Vieron los automóviles que zigzagueaban. El coche estrellado en un poste.

*Compréndeme, tú eres todo para mí.  
Yo sé que es difícil olvidar  
mas me debes perdonar*

Escucharon la sirena que aulló lejos. El destemplado sonido de los mariachis en alguna de las calles laterales.

*Porque tú eres todo para mí.  
La vida.  
Estréchame, abrázame*

Vieron guiñar las luces de los anuncios, caminar a las putas que salían de los cabaretuchos, los taxis esperándolas, los borrachos mentando madres. Vieron los coches estacionados, la luz roja, las mujeres con caras de recuerdos, asomadas a ventanillas fugaces.

*Qué extraño es  
decirte a ti  
que te amaré*

Metió el coche al garage y entró a la casa. Subió la escalera.

—Ya vine —dijo ante la puerta de sus padres, y escuchó el ruido gangoso de la voz que él podía entender porque siempre le decía lo mismo:

—Está bien. Acuéstate. ¿Qué hora es? Te levantas temprano para ir a misa.

Entró a su recámara y encendió el radio.

*Te suplico me estreches más.  
Y tenme así, hazme vibrar*

Se desvistió, se metió en la cama. Estiró el brazo y apagó el radio. Trató de pensar en la nena de los ojos azules. Al poco rato se quedó dormido.

*A Emmanuel Carballo, quien me orientó para que dejara de escribir cuentos realistas socialistas. Y este cuento fue el resultado inmediato de sus consejos, hace ya mucho, pero mucho tiempo.*

# **Bye Bye Love**

# Heart of Stone

He conocido a muchas niñas.  
A muchas he hecho llorar.  
Aún no sé por qué.  
Ahí viene la chamaquita.  
La veo caminando calle abajo.  
La chamaquita viene sola.  
Tratando de impresionar.  
Pero ella nunca romperá,  
nunca romperá, nunca romperá,  
nunca romperá este corazón de piedra.  
Oh, no, no, no.  
Este corazón de piedra.  
¿Qué es diferente en ella?  
De verdad que no sé.  
No importa cómo trate.  
Nomás no puedo hacerla llorar.  
Pero ella nunca romperá,  
nunca romperá, nunca romperá,  
nunca romperá este corazón de piedra.  
Oh, no, no, no.  
Este corazón de piedra.  
No sigas comportándote así.  
Si tratas de actuar triste  
sólo me haces feliz.  
Mejor escucha chamaquita.  
Sigue caminando calle abajo.  
No tengo amor.  
No soy el que debes conocer.  
Pero tú nunca romperás, nunca romperás,  
nunca romperás este corazón de piedra.  
Tú nunca romperás este corazón de piedra.  
Oh, no, no, no.  
Mejor vete.  
Mejor vete a tu casa.  
Nunca romperás este corazón de piedra.

—The Rolling Stones

Jaime estaba en la biblioteca de su casa estudiando álgebra, cuando sonó el teléfono. Descolgó el auricular.

—Bueno...

—¿Eres tú?

—Sí... quiubo...

—Hola.

—¿Qué haces?

—Estudiando, tengo prueba mañana.

—Ah... ¿Por qué no me hablaste?

—Te iba a hablar al rato, nada más que terminara de estudiar.

Era su novia, Estela. Novia desde hacía tres meses y la cuarta. Se le declaró en una fiesta en casa de Carmela, quien fue su segunda novia, y a los dos días le dijo que sí.

—Pues, yo no sabía ya qué hacer.

—¿Por qué?

—Estaba pegada al teléfono, esperando que me hablaras, y como no me hablaste te hablé yo. Ya no podía esperar. ¿Y ya estudiaste, bien?

—Más o menos.

—¿Es fácil?

—Sí, está fácil.

—Ah... ¿De qué es, eh?

—Álgebra.

—Aich, me choca, no soporto el álgebra.

—¿Por qué?

—Aich oye, porque no entiendo nada.

—Ah...

Estela, que estaba sentada, se tendió en el sillón, con las piernas en ángulo, una sobre otra.

—... ¿Y tú qué hiciste hoy?

—Aich, tuve que acompañar a mi mamá...

—¿A dónde?

—Con una amiga suya y me di la aburrída de mi vida, platicando con su hija que es una boba, sin nada de plática... ay no... ¡qué tardecita!

Estela vestía suéter rosa y pantalón negro untado. La sala en penumbra.

—¿Y tú estuviste en tu casa toda la tarde?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

—Ah.

—¿Por qué?

—Por nada, nada más. ¿Estudiando?

—Bueno, estudiando, oyendo discos. Pasé en limpio unos apuntes. Además, no tenía ganas de salir a la calle.

Jaime garabateaba el cuaderno cuadriculado de álgebra. Estela se sentó, con las piernas recogidas, colocó entre su vientre y sus muslos un cojín de terciopelo rojo. Mordisqueaba una puntita.

—Jaime...

—¿Qué?

—¿Me quieres mucho?

—Ya sabes que mucho. Te amo... ¿y tú?

Un silencio largo. Jaime dibujó un corazón, dentro escribió: *Estela y Jaime*. Con dos dedos, Estela detenía la puntita del cojín.

Tras un suspiro, Estela contestó:

—También.

—¿Nada más así?

—¿Cómo?

—Pues así, como si te diera lo mismo.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Digo, es que lo dijiste en un tono...

—¿Qué tono?

—Pues no sé, un tono raro.

—Aich oye, así hablo, ¿cómo quieres que hable?

—No sé. Pero, olvídale.

—¿Ya te enojaste?

—No.

—Sí.

—No.

—Sí, ya te enojaste, te conozco.

—No.

—Sí, ya te enojaste.

—¿Cómo sabes?

—Ay oye, luego luego te cambia la voz.

—¿Cómo quieres que hable?

—No sé, oye. Pero se te nota cuando te enojas. Y estás enojado.

—No estoy.

—Sí.

—¡No!

—¡Ay oye, no me grites!

—No te grité.

—Sí, me gritaste.

—Okey. Olvídale.

—Todo lo arreglas con «olvídale».

—Bueno... perdóname.

—¿Vas a ir mañana a la escuela?

—No sé.

—¿Por qué?

—Porque... no sé si pueda. Mañana tengo dibujo y salgo tarde. Si acabo pronto voy por ti, si no, no.

—¿Ya ves cómo eres?

—Es que no es mi culpa, mi vida.

—Me dices «mi vida» porque no vas a ir, por eso.

—No. Te lo dije porque lo sentí.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Dílo otra vez.

—Mi amor.

—¿Me quieres mucho? ¿De verdad?

—¿No te lo he demostrado?

—Sí.

—¿Entonces?

—¿Qué?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Me gusta que me lo digas.

—¿Por qué?

—No sé, me gusta. Siento bonito.

—¡Te amo!

—Yo también.

—¿Mucho?

—¿Eh?

—Pues... Regular.

—¿Qué? ¿Eh? ¿Regular?

—Sí.

—Ayer me dijiste...

—Ayer te quería mucho, pero hoy te quiero regular.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No te entiendo.

—Es que la hija, esa idiota, de la amiga de mi mamá me hizo enojar y estoy así.

—Pero, digo, ¿qué tengo yo que ver? No tienes por qué seguir enojada conmigo.

—Es que no sé qué me pasa, oyes...

—¿De qué, eh?

—Pues es que cuando me enojo, me enojo.

Después de una pausa larga, Jaime preguntó con cautela; entre la cautela algo de

temor;

—¿Te enojaste porque no te hablé?

Estela hizo esperar la respuesta:

—¿Por eso? No, por eso no... ¡Ay oye! Sería una idiota si me enojara... no tengo por qué enojarme si no me hablas, eres libre de hacer lo que quieras. No soy tu mamá.

—No, no eres mi mamá, pero yo pensé...

—No tienes por qué pensarlo... ¿Me he enojado alguna vez?

—No, nunca.

Se le declaró en la fiesta que hubo en la casa de Carmela. Estela había sido novia de Tomás. Pero Tomás casi no le hizo caso y terminaron pronto. Tomás, decía Estela, era un creído. Y en los quince días que fue novio de Estela, sólo la fue a ver a su casa una vez. En una fiesta en casa de Estela, ella le dijo que ya no sentía nada por él y era mejor que dejaran de ser novios para volver a ser amigos. Tomás le dijo que estaba bien, no trató de convencerla para que continuara el noviazgo.

—Entonces, ¿por qué me lo dijiste?

—Pues porque... Oye...

—¿Qué?

—¿Qué tienes?

—Nada... qué voy a tener. Ya te dije que estoy un poco de malhumor.

—Pero no tienes por qué...

—Es que no...

—¿No qué?

—A veces soy así.

—Te digo algo y...

—¿Qué?

—Nunca habías estado como hoy. Sí, estás enojada porque no te hablé. Te iba a hablar cuando me hablaste.

Estela le gustaba mucho. Pensaba en declarársele en la fiesta que hubo en la casa de Tomás. Pero tuvo miedo. Consecuencia de la inseguridad de que él no le gustara a ella. Cuando supo que Tomás era novio de Estela (lo supo cuando terminando de bailar, Estela y Tomás permanecieron de la mano: la señal de un noviazgo), le dio coraje contra ella. Tomás era un imbécil. Y luego el coraje fue contra sí, porque si Tomás era imbécil, él era más que Tomás. Y el coraje se volvió melancolía: ¿por qué Estela se había fijado siempre más en Tomás que en él? La melancolía cedió al alivio. Si él se le hubiera declarado a Estela antes que Tomás, le hubiera dicho que no. Y lo único que habría ganado eran burlas porque el triunfador había sido Tomás. Y todo porque Estela no tenía espíritu de selección, como un mal catador de vinos. Porque Estela, entusiasmada con la fama de conquistador de Tomás y su carita de niño bonito, no quería distinguir entre el amor de él, que era verdadero, y el de Tomás, que era vanidad y una vil mentira. Lo bueno fue que Estela se dio cuenta.

—¿Oye?

—¿Qué?

—¿Vas a ir por mí a la escuela?

—Ya te dije que no sé...

—Es que... no sé... aich... necesito decirte una cosa...

—¿Qué cosa?

—Una cosa.

—Dímela orita.

—No. No puedo decírtela.

—¿Por qué?

—No puedo. Mejor te la digo mañana... si vas a mi escuela.

—¿Por qué no me la puedes decir?

—Es que no sé, no puedo.

—Dime.

—No. Ve por mí a la escuela, te la digo mañana.

—Dime.

—No... Ya no me quieres.

—Sí te quiero.

—No, ya no.

—¿Por qué no?

—Lo sé.

—Sí, te quiero, Estela. Por Dios.

—No jures, que no es cierto.

—Sí, sí te quiero y mucho. Te quiero, siempre te he querido, por eso te me declaré.

—Una declaración no quiere decir... Los hombres siempre son muy así...

—¿Cómo?

—Pues tú has de saber mejor que yo, tú eres hombre y los hombres siempre son así...

—Yo te quiero, Estela, si no te hubiera querido no te me hubiera declarado.

Cuando Estela llegó, fue hasta ella. Y con una seguridad mayor que él, dijo:

—La primera pieza la bailas conmigo, ¿sí?

Estela dijo sí. Jaime regresó con sus amigos a seguir platicando, escuchando sus planes de conquista. Esperó que varias parejas estuvieran bailando, para sacar a Estela. Pero Estela bailó la primera pieza con Tomás. Bueno, Estela tenía que demostrar a todos —y principalmente a Tomás— que seguía siendo la misma de antes de ser su novia y que no le había dolido terminar. La siguiente pieza, Estela bailó con él. Bailaron rock n' roll: «Bye Bye Love» de los Everly Brothers. Cuando la canción estaba a punto de acabar, Jaime le dijo a Estela que quería decirle algo. Estela le dijo que se lo dijera en la próxima pieza. Estela fue al baño con una amiga. De regreso, fue hasta él, que estaba recargado contra la pared, bebiendo coca-cola.

Dejó el vaso sobre una silla. Los Platters cantaban «Smoke Gets In Your Eyes». Estela, quiero decirte una cosa. ¿Si? Estela sonrió con dulzura en los labios. Este, he pensado mucho en ti y pues... ¿quieres ser mi novia? Estela guardó silencio, como pensando muy seriamente la respuesta. Jaime, no sé, no esperaba que tú te me declararas, acabo de terminar con Tomás. ¿Aún lo quieres? No, pero estoy confusa, lo voy a pensar. Bueno, era clásico. Pero, no le digas a nadie hasta que te conteste, ¿sí? Sí. Y acordaron que no bailarían como pareja, para que nadie se enterara de que él la pretendía

A los dos días Jaime le habló por teléfono, en la tarde. La conversación fue breve: Hola. Hola. ¿Cómo has estado? Bien, y ¿tú? También, oye, te hablaba para preguntarte lo que pensaste, si ya lo pensaste. Sí, ya. ¿Y? Que sí. Bueno, te hablo mañana. Bueno. Adiós. Adiós. Cuando Estela le dijo que sí.

—Tengo mala suerte —dijo Estela.

—¿Por qué?

—Cuando me estoy enamorando de alguien, siempre se viene abajo todo, todo.

—¿Por qué?

—Aich, oye, no te hagas.

—¿Qué?

—Me dijo una amiga que te había visto platicando con una.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—Oye, no es cierto... ¿Quién te dijo?

—Un pajarito.

—No, dime, quién te dijo.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—No soy chismosa.

—Pero yo soy tu novio.

—Sí, pero di mi palabra.

—Es una mentira, quien te lo dijo es una chismosa.

—Estoy segura que no es mentira.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura.

—Es mentira, Estela.

—Si quieres datos, pues te los doy. Te vieron con una de cola de caballo y vestido amarillo, que tenía las piernas bien flacas.

—No es cierto.

—Eso me pasa por creerte.

—Okey, está bien, me vieron.

—¿Ya ves cómo es verdad?

—¡No es verdad!

—¡No lo niegues!

—Si eso piensas, piénsalo. No me importa, yo sé que no es verdad.

—¿No te importa?

—No.

—Ves. No te importa.

—¿Qué te digo? Estás de terca.

—¿De qué? Eres un grosero.

—Okey. Olvídalo...

—Nada más eso sabes decir: «Olvídale, olvídale, olvídale».

—No tiene caso pelear.

—Pues sí, no tiene caso. Y ya no me busques, ya no me hables, ya no te quiero, y ya no quiero ser tu novia.

—¿Ya no quieres ser mi novia?

—No.

—¿En serio?

—Sí, en serio, ya no soy tu novia.

—¿En serio, Estela?

—En serio, Jaime.

—Okey. Si eso quieres, hecho.

—Es mejor que quedemos como amigos.

—Bueno, si eso quieres, hecho.

—Bueno, ya me voy. Adiós.

—Adiós.

Simultáneamente colgaron el auricular. Estela subió a la recámara de su mamá a ver televisión. Jaime dibujó un corazón, dentro escribió Estela y Jaime. Y luego sobrepuso una X. Fue a la sala y puso en el tocadiscos, «Bye Bye Love»,

*Bye bye love*

*bye bye happiness.*

*Hello loneliness*

*I think I'm gonna cry.*

que compró para que fuera el himno de amor entre él y Estela. Regresó a la biblioteca, se sentó al escritorio. Empezó a llenar el corazón con un crayón azul. Arrancó la hoja del cuaderno y la echó al papelerero que estaba a un lado del sillón.

*There goes my baby*

*with someone new*

*I'm sure she's happy*

*I'm sure I'm blue.*

Tomó una revista. Lentamente pasó las páginas. Hasta que llegó a una fotografía de

Claudia Cardinale. La bella Claudia descansaba en una plana entera, entre sábanas blancas. Una mejilla sobre la almohada, un mechón que caía hasta cubrirle una ceja, parte de la espalda desnuda, brillante, parte de un brassier blanco. Bye bye love. Las mujeres no eran como el álgebra. Hello emptiness. Eran una incógnita, casi no tenían solución. I feel like I could die.  $A+B=C$ . My love good bye, good bye, good bye. Claudia estaba acostada a su lado izquierdo, mirándolo. Dibujó otro corazón y lo llenó de anaranjado. Si las cosas del amor se resolvieran tan fácil como las ecuaciones de álgebra. Si el amor se estudiara en libros. Porque él era A y ella era B y el resultado C era el amor; pero, ahora, los factores habían cambiado. B era la incógnita a despejar.  $B-X$ .  $A+B=C$ .  $A=Jaime$ .  $C=Amor$ .  $B=X$ .

¿Cuál es el valor de B? Si B es igual a X.  $X=Estela$ . Pero Estela ya no tenía ningún valor, ya no significaba nada. Bueno, es que Estela era muy chica, aún no vivía. Tal vez cuando tuviera la edad de Claudia Cardinale se despejaría a sí misma. Mientras, ¿Estela era? Y Claudia, ¡cómo lo miraba!, era C. Claudia, ¿te gusto?

*A María Eugenia Artigas y a Estela Pacheco, este cuento, de los añorados tiempos fresas.*

# **Good Bye Belinda**

## Under my Thumb

Dominada la niña que alguna vez me tuvo abajo.  
Dominada está la muchacha que una vez me dominó.  
Está abajo de mí. La diferencia en las ropas que ella usa.  
Está abajo de mí. El cambio ha llegado. Ella está dominada.  
Dominada está la perra sumisa que apenas tuvo su día.  
Dominada está la muchacha que acaba de cambiar sus modales.  
Está abajo de mí. La forma como hace lo que se le ha dicho.  
Está abajo de mí. El cambio ha llegado. Ella está dominada.  
Dominado está un gato siamés de una chava.  
Dominada ella es la gatita más dulce del mundo.  
Ella está abajo de mí. La forma como hace lo que se le ha dicho.  
Ella está abajo de mí. El cambio ha venido. Ella está dominada.  
Dominada, sus ojos ya no ven a otros.  
Dominada, bueno, yo puedo mirar a otra.  
Ella está abajo de mí. La manera como contesta cuando se le ha hablado  
Ella está abajo de mí. El cambio ha llegado. Ella está dominada.

—The Rolling Stones

Me sucedió la cosa más chistosa. No sé, extraña. Conocí a una nena loquísima. Yo estaba estudiando para mis pinches exámenes finales en el departamento de un cuate, que para su información es el Romano. Más bien estaba yo descansando. Mis cuates estudiaban. Yo estaba recargado en el barandal de la terraza viendo, como se dice, la noche. Eran más o menos las ocho y pico. Y desde la terraza —en un quinto piso— veía los anuncios de neón, los coches que pasaban por la glorieta del Riviera o, revolucionariamente, llamada de la División del Norte. En fin, todo lo que se ve. Y vi a una mujer paseándose por la banqueta. Lo primero que pensé es que era una puta. ¿Qué piensa uno cuando ve a una vieja a esa hora paseando sola por la calle? Muchos coches se detenían frente a ella. Pero pensé que no se ponía de acuerdo con sus clientes. No le di importancia; las putas nunca han llamado mi atención y por eso me prometí no ir a burdeles. Luego, que me fijo bien en ella. No, en realidad no podía ser puta. Estaba muy joven. Bueno, en realidad, putas hay desde los diez años. Pero no, se veía bien vestida y tenía tipo de que era decente. Entonces ya no pensé que era puta. Lo más normal que pensara es que estaba esperando a alguien. Digo, a su novio, a algún amigo, a algún cuate que se la cachondeaba y toda esa onda. En resumidas cuentas, que aunque no fuera puta era una gorda del faje. Pasó como media hora, y la nena seguía allí. En realidad yo no sabía qué pensar, estaba hecho bolas como las albóndigas. Y dije: ¿por qué no bajo y me la ligo? Estoy vestido como inglés y será fácil. Y me decidí a bajar y hablarle.

Antes de hablarle lo pensé dos veces. Quién sabe por qué chingaderas dudé. Cuando bajé y la vi me entró algo, como que algo me paralizó, no sé por qué. La nena —más o menos le calculé unos diecisiete o dieciocho años— seguía allí volteando a todos lados como loca, como si en serio estuviera esperando a alguien. Y eso pensé, que a lo mejor al momento que yo le hablara llegaría el que esperaba. Pero en fin, una más una menos, dije, y me aventé como audaz y valiente espontáneo al ruedo.

—Hola amiga —le dije como sin darle importancia.

Hizo un gesto como de que se espantó.

—¿Qué haces, eh? —le dije mirándola y luego viendo a otro lado.

—Es...

—¿Esperas a alguien?

—Sí, espero a mi novio.

—Qué bien. ¿No te molesto?

—No. No —dijo volteando para todos lados, mirando encima de mi cabeza, como si no me hiciera caso, haciendo muecas con los labios.

Bueno, estuve platicando con ella, no me acuerdo bien de qué, pero da lo mismo, de cualquier cosa. Belinda, así me dijo que se llamaba, se veía toda nerviosa y a veces me contestaba con ondas que no venían al caso. Hablamos de su novio, de que yo iba en primero de prepa, etcétera, etc.

Pasó bastante tiempo hasta que me aventé a decirle:

—Creo que tu novio ya no vino.

—Sí, creo que no —me dijo como si le costara trabajo. Hizo cara de novia plantada, pero enamorada: consecuente y resignada. ¿Eh?

—Amiga, ¿qué te parece si te invito un café?

—Como quieras... vamos —me dijo muy decidida.

Yo, francamente, no esperaba que aceptara así de pronto. Digo, que la onda fuera tan fácil. Como que esperaba que se hiciera del rogar, que tenía que hacerle al loco durante cierto tiempo para convencerla. Pero no, aceptó rápido. Me aventé un diez. Me sentí realmente un chingón para las nenas. Digo, no es por nada pero Belinda estaba divina, muy suave.

—Bueno, a dónde vamos —le dije.

—Al Gatoloco —me dijo sonriendo.

—Hecho gorda, vamos... Pero, espérame. Voy a recoger unas cosas del departamento, mis libros. ¿Me esperas o subes? —dudando le pregunté.

Después de pensarlo durante cinco segundos:

—Mejor te espero —dijo.

Subí la escalera como si tuviera diarrea y toqué la puerta como loco. Pensaba que a lo mejor Belinda se iría y esas cosas. Uno de los cuates abrió. Yo en realidad no iba por nada, sino que no tenía billetes. Entré a la recámara donde mis cuates estudiaban y les pedí prestado.

—¡Acabo de ligarme a una nena! —les dije alborotado.

—No seas mamón —dijo el Sapi, que en cuestión de mujeres siempre me ha tenido envidia.

—Por Dios, tengo plan. ¿No vieron que bajé? Ella está abajo esperándome. En la calle.

—No seas hocicón —dijo Pepucho, que siempre jode como ladilla que es.

Para no hacerla larga ni de vaqueros, hasta que se asomaron por la terraza y la vieron esperándome, los cabrones no me creyeron. Les conté rápido la onda y por fin me soltaron las monedas. Medio de cotorreo, medio en serio, como quien no quiere la cosa, me dijeron que si había chance la trajera al departamento para coger. Yo les seguí la corriente, los tiré a loco. Bajé hecho la madre y sentí como alivio al verla esperándome.

—¿Y tus libros?

—Ah, sí, se me... luego paso por ellos.

Tomamos un taxi. Yo ya me las empezaba a oler que Belinda estaba medio tocada. Me hablaba y hablaba de que su novio era el hijo del dueño de un banco, de que su padrino de quince años había sido Miguel Alemán Jr., que en las vacaciones de mayo había ido a Nueva York (es tan grande, que no soporto más de dos días ahí, sólo porque me voy a comprar ropa) y quién sabe cuántas cosas más. Yo nada más le seguía la corriente. Me dijo que vivía en Polanco (Petrarca 172) y que además tenía dos teléfonos en su mansión; uno era exclusivo de ella, pues como su papá había visto que le hablaban mucho, decidió mandarlo a instalar, y que había ido a la H.

NARVARTE a visitar a una tía; que su novio había quedado de pasar por ella y no se explicaba por qué la había dejado plantada. Luego explicó que como su novio tenía un Thunderbird y era un salvaje manejando, lo más seguro era que se hubiera estrellado en un poste; ya había deshecho tres coches sport. Belinda sonreía, cotorreando y cotorreando sin parar. En fin, antes de que llegáramos al Gato Destrampado me hizo jurarle por Dios que después la llevaría a su residencia. Se lo prometí solemnemente.

Entramos al Gato A-Travieso.

*Desquintada ja já jajá*

*Desquintada ja já jajá*

El Krazykat estaba a reventar de rebecos y golfas, prisioneros del rock n' roll, como de dieciséis a veintitantos años. Las ociosas con mallas, peinadas a la Bardot, esperando a que se las ligaran, o las que tenían pareja destrampándose. Los rebecos, con suéters de colores eléctricos, melenudos y copetudos, sin pelar a nadie. Digo, yo al principio me sentía mal, como que creía que Belinda Lee era otra clase de chamaca, que no era de la onda de las que estaban allí. Y además me encabronaba que unos pinches nacos greñudos se la estuvieran comiendo con los ojos. Pero me hice el que le valía madre. Nos sentamos a una mesa y pedimos una limonada cada quien.

*¡Mué-vanse toodos!*

*¡Mué-vanse toodos!*

*¡Chinguen a su madre toodos!*

Belinda se veía contenta pero como molesta por algo. Y pensaba una de dos: o se escondía o buscaba a alguien. Y tres: tal vez estaba en su mes. Volteaba la Belinda para todos lados.

—¿Qué vas a estudiar después? —me preguntó.

—Arquitectura. ¿Y tú qué estudias?

—Comercio. Estoy en el Francés del Terregal. Aich, pero ya me chocó. Creo que mi papá tiene pensado mandarme de interna a Estados Unidos al Long Islan'.

Belinda palmoteaba y llevaba el ritmo con los pies, moviéndose y sacudiéndose toda. De vez en cuando echaba grititos de fanática prisionera del Gran Ritmo. El conjunto de los Diablos Perezosos tocaba entre un Londres de humo de cigarro. Danzarinas y rebecos fumaban. Belinda sin decirme nada le pidió a una mesera una cajetilla de cigarros y empezó a fumar como lo que estaba, loca, cigarro tras cigarro.

*¡Ai viene la Flash, le gusta bailar!*

*¡Y cuando se la están cachondeando!*

*¡Se mueve, ummmmmm, a todo dar!*

—Con esa canción me acuerdo de Enrique Guzmán; fue mi novio. ¿No me crees? — con un movimiento de cabeza dije que sí—. Nada más un mes. Eso de las giras, y ya sabes cómo lo siguen las mujeres, hasta Angélica María anda de arrastrada. Terminé con él. Bueno, yo no. Mi mamá me obligó, me dijo que me quemaba siendo novia de un rocanrolero. Pero era tan mono *Enrique*. ¿A poco no te gusta como canta? Yo me iba a lanzar como cantante, pero no me dejó mi mamá; dice que eso de artista nomás no, que sería un bochorno para la familia.

Para no hacerla más de emoción, después me confesó que en realidad no se había enamorado de E. Guzmán. Que lo quiso, pero que no lo tomó en serio. Y que fue mejor cortarlo; sentía feo no quererlo cuando él estaba loco por ella. Que cuando lo cortó, él le rogó durante una semana para que volvieran, pero ella había tomado una decisión y era suficiente. Luego, que en realidad se había enamorado pocas veces, que en eso era medio desconfiada.

*Tú tienes la desa relajada.*

*Tú tienes la desa aflojada.*

*¿Por qué eres alocada?*

Bueno, para no hacerla larga, estuvimos platicando de su infancia, de sus viajes, de todo. Hasta me invitó a pasar el fin de año en su casa de Acapulco.

Salimos del Gato Idiota. Y cuando estábamos esperando un taxi, que empieza a llorar como loca desesperada. Y luego —que fue lo que de a tiro me dejó hecho una bestia— empezó a reír, y toda tranquila, como si estuviera pidiendo un cigarro, me dijo:

—No tengo dónde ir. Me fugué de mi casa. Me iba a fugar con mi novio, pero... pues tú viste, no llegó.

Pensé que Belinda me estaba carneando, pero realmente me quedé como baba, hecho un imbécil, sin saber qué hacer o qué demonios decirle. Verídico. Estaba, como dice mi hermana, traumatizado. Como que no podía creer que Belinda se hubiera fugado de su *home*; en serio, me cae, creía que mentía descaradamente.

—¡No juegues! —le dije.

Y al rato.

—Ahí está el departamento de mi amigo... Te puedes quedar.

—¿Vive solo?

—Lo que se dice solo, no. Vive con su hermano. Pero no está en México. Por eso no te preocupes.

—¿En serio? —me preguntó.

—Sí, en serio. ¡Por Dios! ¿Por qué crees que estaba yo estudiando con él? ¿No me crees?

Hice un gesto para que me creyera.

—¿Me das tu palabra?

—Te la doy.

—Pues... vamos.

Digo, si al principio, cuando me dijo que se había fugado me traumatizó, cuando aceptó, ya mero y me da un ataque cardiaco en plena calle.

—¿En serio te fugaste... de tu casa? —le pregunté tartamudeando la primera parte de la frase.

—Sí... vámonos...

—Belinda, no estoy jugando. Dime la verdad sin cotorrearme.

Agachó la cabeza.

—Sí. Me fugué —dijo como llorando.

—¿En serio quieres irte conmigo?

—No tengo a dónde ir.

—¿En serio quieres irte conmigo?

—Ya te dije que no tengo a dónde ir.

Me rasqué la cabeza.

—¿Por qué no regresas a tu casa? Sí, vete a tu casa; todavía no es tarde.

—Hace dos días que me salí de mi casa.

—Regresa. Sí, regresa. Este... no seas tonta. Sí, y es lo mejor que puedes hacer. Si quieres te llevo.

—Pero ya no puedo regresar —dijo así como muy calmada.

—¿Cómo? No te entiendo.

—No, ya lo hice y no puedo... Creen que estoy en Los Ángeles, ya no puedo.

Pero su calma se le terminó y empezó a llorar como loca. Yo me sentía en una situación realmente horrible. No sabía qué hacer y me molestaba que estuviera llorando en plena calle.

—Cálmate, cálmate ya, Belinda... Ven... Vente conmigo... Ya, no llores Belinda, ya... Vamos a tomar un taxi.

Todo el maldito camino fue llorando. Nada más piensen en qué pinche situación estaba yo. Todo desesperado y sin pensar en nada. Además me encabronaba la risita del chofer, que se reía entre dientes como pensando que el llanto de Belinda se debía a que me la había desquintado. En fin, luego yo consolándola.

—Tranquila, cálmate, etcétera.

Y pensaba en cómo diablos la metería al departamento del Romano. De seguro estaba su hermano y los cuates. En un intento de zafarme de ella, ya cuando habíamos llegado, antes de tocar el timbre, le dije:

—Oye... además de mis amigos están otros cuates y no sé si quieran que entres. Y, además, cómo vas a estar entre puros cuates.

—Si hubiera desconfiado de ti no hubiera venido. Me caíste muy bien, sé que eres bueno...

Como los pavos reales del zoológico ante la gente, me crecí. Belinda Lee me desarmó. Antes de entrar se detuvo.

—Si no quieres, no me importa, me voy, me largo, no me importa a dónde...

—Si te quieres quedar, quédate...

Lo pensó siete segundos y entramos. Le dije que se esperara en la sala. No sé si estaba nerviosa, asustada o haciendo teatro. Fui a la recámara a hablar con el Romano. Ahí estaban su crema hermano y los cuates.

—¿Qué hago? Se fugó de su casa y no tiene dónde quedarse.

—Que se quede, así nos la cogemos todos —dijo Pepucho.

—Una vieja que se fuga de su casa es que es bien puta —dijo el Sapi brillantemente.

—No podemos tener esa responsabilidad —dijo el hermano del Romano en su papel de gente grande.

—No mames, ¿cuál? —le preguntó Romano.

—Pues de tener a una mujer fugada de su casa, aquí.

Para entender la conducta del hermano de Romano, hay que decir que estudia leyes. Pero después de todo, aceptó. Los cuates planearon cuidadosamente la violación. Yo les seguí la onda. Yo ya de plano quería cortarme. Belinda estaba tocadísima. Pero me dijo que yo era el responsable de ella y que me quedara y bueno, me quedé no sé por qué.

El Pepucho me acompañó a hablarle por teléfono a mi mamá. Le eché la obvia larga de que me faltaba un friego que estudiar y que me iba a quedar toda la noche estudiando con mis amigos.

El Pepucho, ayudándome en el cotorreo, le dijo que era cierto. Y, en fin, mi mamá me dejó.

Los demás, estoy seguro, estaban espionando. Yo estaba en la sala con Belinda, oyendo el radio. Para esto ya eran como las nueve y pico de la noche. Se levantó y dijo que bailáramos. Y estuvimos bailando. Y me dijo que de chica su sueño dorado era ser bailarina de flamenco. Y luego empezó a besarme y luego yo también... Bueno, para no hacerla de película de misterios, casi la desvestí en la sala y todo eso. Digo, estaba buenísima, muy cuero, unas piernas y unos senos de espectáculo, increíbles, como dice mi hermana cuando algo le parece de poca madre. Ya mero y me la enchufo allí en el sofá. Entonces el estudiante de leyes me llamó. Fui a la recámara.

—Oye —me dijo el imbécil—, es mejor que te la lleves. Yo no quiero tener problemas. Tal vez la anda buscando la policía. No te metas en líos con esa clase de mujeres.

Bueno, eso me cayó y me dolió como si me hubieran pateado el de atrás.

—Pero tú dijiste que se podía quedar.

—Sí, güey —le dijo el Sapi con cara de caliente—. Nos la cogemos todos.

—Sí, carajo —dijo el Pepucho—; ha de ser bien puta.

El hermano se quedó pensativo. Y no sé, como que me entró algo y me sentí como indignado. En caso de que Belinda fuera una puta, yo no la iba a pasar a los

cuates. Y digo, no sé por qué, pero como que, claro, me molestó que me corrieran y todo eso. Lo mandé a la chingada directamente por la vía más corta: le menté la madre. ¿Para qué rogarle? En fin, le platicué a Belinda la onda y ella también se indignó y me dijo que nos fuéramos a un hotel. Y, claro, luego luego le dije que sí.

Salimos a la calle. Caminábamos hablando de todo y qué sé yo. A Belinda no le había afectado nada que nos hubieran corrido. Y verdaderamente a mí tampoco. Fue mejor. Empecé a sentirme mal. En primera nunca había ido a un hotel con una nena y no sé qué me daba hacerlo. Pero luego la cosa se complicó. Me entró una onda que empecé a desvariar. No era ya la cosa del hotel, sino que pensaba que Belinda podía meterme en un lío. Que cuando estuviéramos en el hotel iba a llegar la policía, que ella a lo mejor decía que yo me la había desquintado y me obligaban a casarme con ella y todo eso. Así que yo tenía más miedo que la chingada. Y en serio, del miedo temblaba como salvaje. No sé, hubiera sido fácil cogérmela. Digo, en el departamento yo estaba bien caliente y ella también. Pero no sé, me entró un maldito pánico.

—Belinda... Es mejor que regreses a tu casa.

—Te dije que ya no puedo. ¿Y por qué quieres que vuelva a mi casa?

—Es lo mejor que puedes hacer. Yo no te puedo... Está bien, me voy contigo al hotel y yo mañana tengo que regresar a mi casa. ¿Y luego? No tiene caso, es una tontería. ¿Qué vas a hacer después?

—No sé y no me importa. No puedo regresar.

—Sí puedes.

—¡Que no! —gritó, y luego se puso a llorar.

Yo me sentía todo así, digo, este, horriblemente mal, y sin pensarlo le dije:

—Lo que has hecho es idiota; si no quieres regresar a tu casa, no lo hagas, yo te dejo.

Quise irme. Belinda me detuvo. En fin, estuvimos mucho tiempo parados como babosos sin hablar. Yo ya todo enfermo. Eran cerca de las diez de la noche. Y no sé por qué seguía con ella.

—¿Me llevas a mi casa? —dijo despacio en voz queda.

Tomamos un taxi. En todo el camino no hablamos. Belinda recargó su cabeza en mi hombro. Llegamos a una calle de la Colonia Obrera. Pagué el taxi. Belinda estaba pálida, ida. Caminamos varias cuerdas. En fin, estuvimos camina y camina dando vueltas a una manzana de casas y edificios viejos. No sé por qué yo no quería hablar, pero por fin le dije:

—Belinda, tengo que irme, si quieres te acompaño... hablo...

—No... No —dijo muy quedo.

Nos paramos frente a un edificio viejo. Belinda señaló una ventana; había luz.

—Ahí vivo —me dijo.

El edificio, además de viejo, se veía asquerosamente sucio. Horrible como todos los de esa colonia.

Yo me sentía como triste o no sé. Pero me sentía horriblemente mal, con ganas de irme a mi casa.

—¿Te acompaño?

—No... Voy sola. Sí, ha de estar él...

—¿Quién?

—Mi padre... Voy sola... ¿Tienes teléfono?

Le di mi número.

—Bueno, adiós, te hablo, adiós —dijo despacio y en voz muy baja.

—Adiós Belinda.

Para acabarla pronto, Belinda no me habló nunca por teléfono, ni nada. En serio, para mí todo fue muy extraño.

No sé, creo que sí.

*A Nidia, porque de cierta manera me ayudó a vivir. Y a Brian Jones, maese Stone que con su guitarra sacudió mis nervios de estupideces.*

# La espera

## Ruby Tuesday

Ella nunca dirá de dónde vino.  
El ayer no importa si se fue.  
Mientras el sol brilla o en la noche más oscura.  
Nadie sabe, ella viene y se va.  
Adiós, Ruby Tuesday.  
Quién podrá grabar un nombre en ti,  
cuando cambias con cada nuevo día. Aún voy a extrañarte.  
No preguntes por qué ella necesita ser tan libre.  
Ella te dirá que es la única manera de ser.  
Ella nada más no puede ser encadenada.  
A una vida donde nada se gana y nada se pierde.  
A tal costo. Adiós, Ruby Tuesday.  
Quién pudiera grabar un nombre en ti,  
cuando cambias con cada nuevo día.  
Aún voy a extrañarte.  
No hay tiempo que perder,  
escucho que dice.  
Cobra tus sueños antes que desaparezcan.  
Agonizando todo el tiempo.  
Pierde tus sueños y perderás tu mente.  
¿No es la vida sin valor?  
Adiós, Ruby Tuesday.  
Quién pudiera grabar un nombre en ti,  
cuando cambias con cada nuevo día.  
Aún voy a extrañarte.

—The Rolling Stones

Elena caminaba a lo largo de la banqueta, jugueteando con unos libros. Veía las casas rectangulares de ventanas pequeñas, con cortinas o persianas. Veía la gente, los coches, el movimiento. Aunque era precavida, a ratos se atemorizaba; alguien podría verla, algún amigo de su hermano. Cuando se acercaba el momento en que Aníbal pasaría por ella, la tensión llegaba al máximo: cualquier cosa la sobresaltaba —un claxon parecido al del coche de él, una figura lejana que le parecía conocida—. Atravesó la calle para tomar un refresco. En la tienda unos muchachos —suéters de grecas, melenas— la miraban, decían algo. Dejó medio refresco y pagó. Fue a la esquina. Se mordía los labios, se acomodaba el cabello. Sí, podrían verla, su casa quedaba a tres cuadras, había sido una estúpida citándolo en ese lugar. La vez anterior una amiga de su mamá estuvo a punto de verla entrando al coche. Y los amigos de su hermano siempre pasaban por esa calle. Enfrente, varias personas esperaban alrededor de una caseta telefónica. Entre ellas, Elena creyó reconocer a una amiga; sintió su mirada fija. Caminó con pasos rápidos hasta la esquina, viendo para todos lados. Cruzó la calle hasta llegar a la caseta. No, no era su amiga, pero la mirada de la muchacha la hizo sentirse descubierta. Se estremeció levemente. Regresó al lugar de la cita. El coche de Aníbal se acercaba, se detuvo frente a ella. Aníbal abrió la portezuela. Elena titubeó, sintiéndose aliviada por la llegada de él, y ligeramente agobiada por un temor incierto. Aníbal le hacía señas. Vio que la muchacha de la caseta la seguía mirando. Subió casi de un salto. Las llantas del coche patinaron

*Ev'rybody needs somebody,  
somebody to love, somebody to kiss...*

con los Rolling Stones en el radio. El sol resplandecía en la avenida, en los coches, en los árboles, como gotas de rocío entre las ramas. La tarde tibia. Las montañas lejanas. Atrás el principio de un cielo claro que cubría a la ciudad como una vasta concha. Los edificios multicolores. Aníbal encendió un cigarro.

—Creí que estabas enojada —dijo después de pensarlo un rato, tratando de que sus miradas suavizaran el enojo que creía ver en Elena.

—¿Yo, por qué?

—No sé... Porque no te había hablado.

—No, no estaba enojada.

—Es que he tenido exámenes —dijo disculpándose, temeroso. Y agregó—: ¿Me crees?

—Sí, te creo.

Elena sonrió. Aníbal se alegró; Elena le creía, su sonrisa de ternura se lo aseguraba, rompía su temor.

*someone to hold, someone to love,  
all night long, all night long...*

El coche corría veloz. Terrenos baldíos. Trozos de tierra. Una iglesia: Elena se persignó automáticamente. Unas nubes detrás de los cerros parecían deshacerse al ser atravesadas por los rayos del sol.

—Aníbal... —la voz sonó rasposa, obstruida por una incertidumbre latente.

—¿Qué, Elena?

—¿Crees que nos queremos mucho?

—Mucho, mucho —dijo él tras una pausa; fumó; echó el humo en volutas, pasó suavemente la mano por los cabellos de Elena; decir algo que explicara la respuesta, definiera su cariño, alguna clave para los dos—: ... Si no, no lo haríamos.

*I don't need to hug you or hold you tight;  
I just want to dance with you all night.*

—Creí que te habías enojado...

—¿Por qué?

—No sé, eso creía.

—No... Te creo... Te quiero... ¿y tú?

—Ya te dije, mucho.

Un silencio entre los dos. Rumor de motores. Rumor ligero de viento. La avenida entre terrenos desiertos.

—¿No tuviste problemas para salir de tu casa?

—No. Dije que iba a estudiar. —Elena le mostró los libros—. Soy buena niña, me creen todo... Aníbal, ¿crees que hacemos bien?

—Sí, claro... ¿por qué había de estar mal?

—No sé, lo pensé.

—Lo hemos hecho, ¿no? —dijo con seguridad, y luego preocupado, después de reflexionar, agregó—: ¿Estás arrepentida?

—No. Estoy contenta... te quiero.

—Y yo a ti —dijo cuando una sensación de alivio sustituyó al temor—. Y yo a ti.

Las hojas secas volaban en el viento. El sol parecía deshacerse en un lugar del cielo suavemente rojizo.

—¿Y si tenemos un hijo? —preguntó Elena.

—¿Qué? —dijo él, rápido.

Elena repitió la pregunta con voz tranquila. Sus ojos fijos en los de él. Una mirada astuta.

—¿Por qué lo piensas?

—Pues no sé, puede suceder —la mirada de Elena se dirigió a la avenida.

—Pues qué nos queda, nos casamos, ¿no? —dijo él después de una breve pausa, como haciendo un chiste.

—¿No te gustaría tener un hijo?

—¿A mí? —preguntó extrañado, doblándose sobre el volante, las manos flojas,

un poco paralizadas. Desconcertado agregó, casi sin aliento—: Un hijo... ¿para qué?

—Los niños son bonitos.

—Pero para qué piensas en eso.

—A lo mejor tenemos un hijo.

La respuesta firme de Elena, la posibilidad de que eso ocurriera lo estremeció. En realidad nunca lo había pensado: ¿y si tuvieran un hijo?

—Pues sí, a lo mejor... —su voz sonó débil, como si hubiera dicho la frase para sí mismo.

Elena ya no respondió. Seguía mirando a través de la ventanilla: gente caminando, la vista en el suelo. A lo lejos, un parque: maraña vercosa y brillante.

Cuando Aníbal dio vuelta, apareció el motel. Primero el letrero, luego la fachada con enredaderas, las hojas gastadas y opacas. Elena se encogió, mordiéndose los labios; las manos sobre el vientre. Un coche entró antes.

Elena, tendida, ocultaba la cara entre el respaldo y el asiento. Aníbal bajó: los pasos huecos, lentos. Luego la voz: palabras sueltas. Los pasos volvieron. La portezuela abierta. Aníbal subió.

—No hay cuarto, tenemos que esperar. ¿Quieres?

Elena no dijo nada. Al rato se enderezó. Quiso mirarlo con ternura.

—Ya que estamos aquí —dijo con voz entrecortada, algo temblorosa.

Lentamente se tendió. Su cabeza en los muslos de Aníbal. Sentía que algo extraño, más desconocido que extraño oprimía su corazón. La presión la sofocaba, la asfixiaba. El corazón palpitando con violencia, como unos segundos antes, cuando tuvo ganas de decirle que no entraran, que no se sentía bien; pero venció su temor, lo desvaneció en un instante. Las manos le sudaban, la garganta parecía contraerse, cerrarse.

—Pase a aquel cuarto —dijo una voz.

El coche arrancó para detenerse pronto. Ella sintió las manos de Aníbal en su espalda.

—¿Entramos? —preguntó él.

Se levantó con brusquedad y no esperó, como las otras veces, a que Aníbal bajara primero y le abriera la puerta para que entraran caminando despacio, abrazados. Bajó. Pasos apresurados. Un coche moviéndose frente a ella. En el cuarto, una mujer —mandil blanco, cabello canoso— salía del baño, llevando sobre los brazos sábanas y toallas. Elena bajó la vista. La mujer salió. Los pasos de Aníbal. El cerrojo de la puerta.

—Mi amor, otra vez solos —dijo Aníbal.

Elena se sentó en la cama. Él prendió la luz. La expresión de ella era torpemente tierna, como si fuera fingida. Sus mejillas sonrojadas. Jugeteaba con las manos, limpiando el sudor en la falda.

—Bueno, pues a lo que venimos —dijo él sonriendo, tratando de ocultar esa torpeza que sentía antes del primer beso, antes de que se desvistieran.

Una mirada de reprensión. Él se acercó. Ella escondió la cara.

—No lo dije en serio, era broma, perdóname.

—No me toques —su mirada sobre un trozo de alfombra: una colilla de cigarro, pintura de labios en la boquilla blanca; luego en la ventana: unas ramas inmóviles.

—Perdóname, mi amor, te dije que fue una broma; es que estoy contento... ¿no me crees? —trató de sonreír. Tomó la cara de Elena: leves caricias. Sus miradas fijas, y en ellas toda la ternura acumulada dentro de ellos, suavizando sus sensaciones, el temor mutuo—. Mi amor —se inclinó—, fue una broma, no pensé que... —en voz baja, tratando de que fuera igualmente tierna que el momento—: no te enojas, mi amor, ¿sí? —la besó, cerrando los ojos—. Elena... mi vida...

El beso fue largo, rompió totalmente la inseguridad, la tensión, el miedo que los días de separación habían formado. Una vasta sensación de suficiencia se comunicó. Aníbal empezó a desabotonarle la blusa con cierta torpeza; las manos húmedas. Elena, inmóvil; los ojos cerrados. Su corazón palpitando en calma.

—Apaga la luz —dijo entre leves suspiros.

Elena lloraba, con la cara escondida en la almohada. Él trataba de consolarla. Ella parecía no escucharlo. La incomodidad sentida por los primeros sollozos (fue tan brusco el cambio: de una tierna calma al llanto) se transformó en un vago temor, que después se acentuó. No le había hecho nada. ¿Por qué no respondía? ¿Le había hecho algún daño? Elena había estado contenta, tranquila; todo había estado bien; pero de pronto, cuando descansaban, Elena se soltó llorando. ¿Por arrepentimiento? ¿Él era el culpable? ¿Acaso Elena lloraba por él? ¿Él era el culpable? ¿Culpable? ¿De qué? La luz solar penetraba lentamente, tendida en tiras sobre la pared rosa. Sobre los cristales unas sombras se movían. Cesó el llanto. De pronto, Elena se levantó cubriéndose con la colcha.

—No me veas —dijo—; no me veas, no me veas.

—Elena... oye...

Elena entró al baño, cerrando con brusquedad.

Cuando Elena lloraba, una confusión de sensaciones y pensamientos lo cercó, lo aturdió hasta llegar a la conclusión de que ella ocultaba algo y de que las lágrimas anunciaban la confesión, exteriorizaban con vaguedad su secreto, desagradable...

Elena regresó. Aníbal esperaba —los ojos fijos en un punto, como si estuviera absorto en sus propios pensamientos— sentado en la cama, el torso descubierto. Fumaba. Elena se acercó a él, parecía calmada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Aníbal.

—Nada —se detuvo; el silencio la oprimió más; aspiró hondo—. Nada.

—¿Entonces?

No quería escucharlo. Ya todo había pasado, se sentía bien, ya estaba bien.

—Nada —dijo secamente, con brusquedad, sin mirarlo—. Lloré porque tenía ganas de llorar... y cuando tengo ganas de llorar, lloro. Me siento mejor.

—No te entiendo —sacudió varias veces la cabeza, luego, afligido, porque no

quería decirle por qué había llorado, agregó—. ¿Por qué?

Elena seguía de pie. Lo miró con cierto resentimiento, como si la confusión que aún persistía en parte de ella se debiera a la terquedad de él.

—Ya te dije; quería llorar y lloré.

—No es cierto... ¿Te herí en algo? Dime... por favor.

El silencio se alargaba. Aníbal, algo temeroso, algo preocupado.

—Aníbal... Te quiero, realmente te quiero. No lloré por nosotros. No sé, era algo que me... no sé... ¿me perdonas? —sonrió, y cautelosamente se metió entre las sábanas; hizo un mohín con los labios y dijo—: ¿Sí, mi amor?

El nuevo estado de ánimo de Elena fue un alivio confortante. Otra vez contento. Otra vez contentos. Elena y él sonrientes, sin ninguna dificultad, jugueteando como si nada hubiera pasado.

En realidad no entendía más que parcialmente su noviazgo, aún no se explicaba el motivo —sí, uno solo y definitivo— por el cual aceptó acostarse con Aníbal. Había algo más que deseos, algo que él le había dado, por lo que ella se atrevió, cedió sin titubear. Nada anunciaba la posibilidad, la determinación de ser amantes. Se veían cada tercer día, iban los sábados a fiestas. Luego... sí, ahí estaba el principio: Aníbal la esperaba a la salida de la escuela; iban a una nevería, o a un *drive-inn*, en la tarde se veían otra vez a solas, paseaban en coche. Todo seguía siendo normal. Pero esa tarde, cuando regresaban del nuevo lago de Chapultepec, después de un largo silencio, de pronto, como si no lo hubiera pensado, con voz temblorosa y áspera, le dijo que quería que fuera suya, y sólo lo dijo una vez, como si después se hubiera arrepentido; y ella, en un impulso que por violento no se explicó, dijo que sí. Como si pregunta y respuesta estuvieran latentes, y sólo fuera necesario preguntar para que la respuesta viniera mecánicamente. Y fueron a un motel y esperaron media hora. Ella más segura y tranquila que él. Aníbal fumaba, bajaba del coche, iba a hablar a la administración. Y ni aquella vez ni las demás le había importado ir a un motel. Pero hoy, pero ahora, algo constante la oprimía, como miedo, y por eso estaba triste. Y por eso había llorado. ¿Por qué? Si ella quería mucho a Aníbal, si él la quería también. ¿Entonces?

Aníbal tenía las manos bajo la nuca. Elena parecía dormir, encogida a su lado. El sol tenue llenaba el cuarto.

—Elena, pásame mis cigarros. —Elena respiró como despertando, y se los dio—. Gracias, reina. ¿Por qué no hablas?

—Estoy cansada... Estoy pensando...

—¿En qué?

—En nosotros... ¿Me quieres, Aníbal?

—Mucho, mi amor —después de una pausa, de buscar una frase adecuada, exacta, agregó—: Demasiado para explicármelo, ¿y tú?

—También —dijo tras una pausa—. ¿Verdad que nos vamos a querer siempre? — una tensión interior cedió.

—Sí... siempre —el silencio, como una corriente de viento frío, lo paralizó un poco; luego se hizo más suave. Entonces él dijo, despacio—: O cuando menos no te olvidaré.

*A Gustavo Greene, quien sigue siendo el líder de los rodantes que aún somos amigos. Otros, sólo han cambiado de ropa.*

*También está dedicado a la estrellita —por chiquita— del cine mexicano, Leticia Robles, ¡wow! Auuuuuuuu.*

**¡No te adornes, no te adornes!**

# Have You seen your Mother, Baby, Standing in the Shadow?

¿Has visto a tu madre, nena, parada en la sombra?

¿Has tenido otra nena, parada en la sombra?

Estoy contento de haberte abierto los ojos.

Los jodidos iban a tratar de congelarte en hielo.

¿Has visto a tu hermano, nena, parado en la sombra?

¿Has tenido otro nene, parada en la sombra?

Yo sólo estaba perdiendo el tiempo.

Estoy completamente solo, ¿no vas a dar toda tu simpatía a la mía?

Dime una historia de cómo me adoras,

cómo vivimos en la sombra,

cómo vemos a través de la sombra,

cómo vislumbramos a través de la sombra,

cómo lloramos a la sombra,

cómo odiamos en la sombra y amas en tu vida sombría.

¿Has visto a tu amante, nena, parado en la sombra? ¿Has tenido otro, nena, parado en la sombra?

¿Dónde has estado toda tu vida?

Hablando sobre toda la gente que trataría cualquier cosa dos veces.

¿Has visto a tu madre, nena, parada en la sombra?

¿Has tenido otra nena, parada en la sombra?

Tú escoges todo esta vez:

El viejo bravo mundo o la lenta caída a los abismos de la decadencia.

—The Rolling Stones

Era sábado. Un sábado tibio por el sol que resplandecía oculto entre unas nubes que avanzaban diagonalmente. Una sombra cubría parte de la casa. El agua de la alberca estaba casi inmóvil. Fernando y Luis jugaban fútbol en el jardín. Rodolfo (traje de baño, camisa sport desabotonada, lentes oscuros de burbuja), sentado en una silla playera, con una lata de cerveza en una mano y un cigarro en la otra, estaba en el pórtico, y los miraba. Esperaba a las golfas gordas que habían subido a cambiarse, y arriba oía la confusión de sus voces y pasos. Estaba agotado (tronadísimo), y nadó como foca. Tuvo que nadar y jugar volibol, hacerle al monje porque el imbécil de Fernando (como siempre, siempre hay un o una imbécil que siempre chinga los planes chingones), aún no podía fajar. En parte, Alma tenía la culpa: le había dicho que invitara a dos de la onda y la que le tocó a Fernando estaba de adornada.

En la carretera, él y Alma medio fajando, besos y cachondeo ligero, una mano en un seno, en mi muslo, preparando el terreno, bregando. También Luis un besuco por aquí y por allá, pero Fernando, elimbecilquesiemprenofalta, nada, cruzado de brazos, mientras su nalga miraba el paisaje de la carretera. Como la vieja que le tocó a Fernando no fajaba, al rato las otras no quisieron. Un plan prometedor se había echado a perder al principio por culpa de una pinche vieja adornada. Fernando era un pendejo, cotorrear aquí y allá, mira gorda esto y lo otro y que aquí y que allá, lavarle el coco para meterla a la onda. Y hubieran llegado a la casa directamente al colchón, unos guapachosos saltos de bienvenida pero ni madre, echando farsa: jugando fut y nadando para-ver-si-la-pendeja-de-la-adornada reaccionaba y entraba en la onda a fajar con Fernando.

Tanatodamadreplanqueteníanypordospendejoselollevabalachingada. Llegando a la casa, unos *drinks*, y ya que estuvieran medio alumbrados, las viejas cachondas por los alcoholes en el cerebro, a bailar, un faje sabroso (mamacita, pero mira nomás qué bien te has puesto, ¡sabor!), guapachoso, y todos al box-spring, él a gozar guapachosamente a Almita, con sabor a mamaíta. Todo así de perfecto y de chingoncísimo. Pero no, el plan se había ido a la chingada por la puta pendeja adornada. Las otras, si ella no jala, pues nosotras no podemos, no aguanta. ¡Pendejadas, pendejadas, flaco! La adornada se adornó cuando Fernando trató de abrazarla en el coche: oyes, no abrazes que no somos nada... Cuando llegaron, Alma le dijo que no se preocupara, que al rato convencería a la adornada (o sea exactamente en ese momento cuando se estaban vistiendo), para que se comportara a la altura, que conocía a Lidia, que a veces era muy temperamental y que ya que se le pasaría (con el ligero cotorreo que ahora estaba sosteniendo con ella), que jalaría. Pues era lo único que le quedaba a semejante bollo gélido, o si no la agarraría a punta de chingadazos. Pinche babosa de mierda: no me abrazes que no somos nada, como si fuera la reina de Inglaterra o qué... Pero si la adornada se seguía adornando... Él había puesto la carne y a la chingada lo demás; si Fernando no podía hacer nada era su onda. Rodolfo estaba como el marqués de bollo gordo. *Drinks*, su nalguita guapachosa y bullanguera... de pinga, de pinga flaco... aunque por la hawaiana se

estuviera prolongando el momento del box-spring. Vamos a esperarnos tantito a que Lidia se anime. Yugoslava crema, pasos apresurados bajando la escalera. Las gordas llegaron. De pantalón ajustado y suéter. Marta corrió hasta donde jugaban Fernando y Luis. ¡Coño; qué buenas nalgas tenía Marta, coño no jodas, pero qué buenas nalgas! Un poco sotacona, pero... ¡qué nalgas! ¡Y esa nalga la tiene que gozá! Como para darle el tremendo beso negro, llegarle por chicuelinas... ¡Olé! ¡Nada más de verla, coño, quieta sin orejas, coño, y qué pitones tiene la hija de su puta madre, una vaca suiza auténtica! La nalga perfecta para Luis. Las vacas suizas lo destrampaban.

Alma y Lidia jugaban pingpong cerca de él. Pingpongpingpong después de unos ostionucos, así te voy a hacer cabrona. Ya te estoy oyendo hija de la chingada: ¡salvaje, salvaje, brujo, brujo maldito! La adornada estaba bien, tenía suave cara, por eso se cree la reina del bollo gordo. Pero lo que es bollazo, almuca, ama-señora-y-maestra-del-cojín, especializada en sesentaynueve, otros pomos en el cerebro y después a gozar.

—Aí mumi, ¡aí! —le gritó a Alma, con el acento cubano adquirido en cientos y cientos de rumbeadas.

Ligarse a Alma fue fácil. Gordas a dónde vas, que aquí, pues te acompaño, perfecto, vamos a tomarnos un *drink*, está bien, esto y lotro, y mucho gusto, que yo trabajo de secre y que yo soy del cuerpo de tránsito, que aquí y allá y perfecto, y ya es hora de irme a mi casa, te llevo, un taxi, okey, chao nos vemos mañana, háblame a mi trabajo, hola Almita cómo estás, vamos a bailar; Prado Floresta: un conjunto de rumba y una cantante balín, gallega a morir, pero luces de colores para poner a tono, Almita qué bien estás, unos pomos en el cerebro, cachondeo, vamos a donde te platiqué, pero gordas qué sabrosa estás, sabor, gozando, gózame prieta, gózame, salvaje, gózame, salvaje, y desde hacía tres meses Almita era su nalga. Todo un campeón, rey del colchón.

—¡Aí mumi, aí! —le gritó con un acento cubano, casi perfecto. Digno de ser elogiado por el inmortal Beny Moré.

Lidia estaba acostada en el sofá de la sala, fumando. Marta y Alma pensaban que era como ellas, que andaba con cualquier chavo y con cualquiera se besaba y abrazaba, pero no. No. No. Una cosa era que le gustara salir con muchachos a dar la vuelta en sus coches a andar chacualoqueando como ellas, con todos. Más valía sola. Fernando era de lo más aburrido. Aich, no tenía nada de plática. Luego luego la quiso abrazar, como si fuera qué. Era de ésos que le caían mal nada más de verlos. Marta se estaba creyendo la gran cosa nada más porque andaba con Luis, que era el dueño de la casa y del coche. Claro, primera vez (y segurísimo que la última) que andaba con uno de Mustang. Pero Luis no la había escogido, sino que ella de resbalosa se apuntó con él. Cuando llegaron por ellas, rápidamente Marta se subió y se sentó en el asiento de adelante, con Luis.

—Kid Adornos... como la Bella Durmiente —dijo Rodolfo.

Lidia se levantó rápido, como impulsada por un resorte. El resorte la dejó sentada,

con los codos sobre las rodillas, las mandíbulas sobre las palmas de las manos, mirando el suelo. Las voces de todos confusas. Entraron.

Rodolfo puso un elepé en el estereofónico: *dicen que la cubana tiene fuego en la cintura, bailando nadie le gana cuando repica una rumba, yo sé que en Buenos Aires todo' lo, pollo' son bueno', que no hay na' comparable con un pollico chileno...*

Rodolfo bailaba solo, haciendo pasos de rumba fuite y caliente, como poseído e iluminado por Changó, dirigiendo con las manos a un conjunto rumbero invisible, cantando: *dicen que la mexicana tiene la nalga parada, que no hay na' comparable con una araña chicana...*

—Flaco —le dijo a Luis—, prepara los alcoholazos, mi cerebro necesita pomos, pomos, flaco, pomos, y ustedes bollos flamencos —le dijo a las tres españolas—. ¿Qué? ¿Les gusto para el negocio aquel que les platiqué? ¿O qué? Estamos en la onda caliente, la onda más caliente del siglo, *de-bedá*. ¿Qué chupan? No lo que les platiqué, sino... —en tono afectado, como si fuera un verdadero caballero inglés, agregó—: ¿Qué van a beber las francesas?

*Yo sé que la venezolana  
tiene la panocha negrita  
que la colombiana  
el ombligo pa' fuerita  
que la peruana... (guess what)*

Aich, como la miraba el menso de Fernando, como si fuera qué, aich. Y riendo como idiota de las idioteces de Rodolfo. Aich.

Luis llamó a Marta para que fuera a la cocina a preparar los *drinks*. Y en seguida Rodolfo mandó a Alma.

—Rumana —le dijo a Lidia—, ven —sacudiendo las manos cerca de la cara de la de Rumania—, vamos a mover el botafogo y el necaxa. —Lidia miraba al suelo, ignorándolo, cero a la izquierda, sorda a sus palabras, totalmente frígida—, no seas checoslovaca. —Lidia hizo un gesto como a punto de explotar en cólera y decirle: ya, ya, ¿no?— vamos a bailar, no seas como te dije...

*Songo le dio a Borondongo  
Borondongo le dio a Bernabé*

Fernando, que estaba en el sillón como un muñeco de trapo abandonado por su dueño o algo así, de pronto se paró y dijo:

—Voy a prepararme un chinguiri —simultáneamente se paró y se dirigió a la cocina, donde, como ya sabemos, Luis, Marta y Alma preparaban *drinks*. (Aclaración pertinente para el lector olvidadizo, debido a que el autor es muy, como se dice, amable, *de-bedá*.)

—Anmárgaret... ¿me hace usted favor de bailar?

Aichhhhh. ¡Qué tipo! Era de lo peor, tan plebe, aich. ¿Qué se creía el idiota?

—No seas uruguaya, contesta cuando se te habla...

—No... gracias... es-toy can-sa-da... —dijo Anmárgaret, dejando resbalar las sílabas a pausas, como bolitas de la Lotería Nacional para la Asistencia Pública.

—Ayayayayay, mira, mira... no te adornes, flaca, no te adornes, que no te queda... que para eso estás aquí... ¿O veniste a tomar el sol como inglesa?

—Pues sí —Lidia se acomplejó. [El autor desconoce el motivo, y por tanto lo único que puede decir es: el tono y la actitud al decir la frase (con el cuerpo ligeramente doblado, su mirada de muchacha indefensa y resignada ante un inminente ataque), fueron de ambigüedad.]

—No me vengas con eso, flaca, lo sabes, a mis años... no seas gallega, ten criterio...

Unodostrescuatrocincoseis. Lidia medía su paciencia.

—Baila con Alma... *es tu-no-via*.

*Bernabé le pegó a Mochilanga  
Mochilanga le echó a Burundanga  
Burundanga le jincha lo'pie'*

—Le jincha lo' pie'... Pero tú, gallega de la Obrera, me alborotas con el cerebro, me guapacheas, anda, no te pongas flamenca, digo, coño, no seas folklórica... ya que el panzón es un punto menos... aquí me tienes para gozarme... ¡Gózame, negra, gózame, mumi! ¡Goza a papaíto!

—¡Aich, ya, ¿no?! —dijo Lidia, y toda enojada se paró y salió al jardín. Rodolfo (que por cierto se llamaba así porque su papá se llamaba así porque su abuelita fue fanática admiradora de Rodolfo Valentino) empezó a bailar solo.

*¿Por qué fue que Songo  
le pegó a Bernabé?  
¿Por qué Borondongo  
le pegó a Bernabé?*

Y los que estaban en la cocina regresaron a la sala con *dinks* y sandwiches. Alma le dio a Rodolfo su *gin n' tonic*.

—Y ahora a bailar como degenerados rumbita caliente —dijo Rodolfo.

Los guapachosos y superrumberos Lobo y Melón colaboraban desde el estereofónico a la diversión de Luis y Rodolfo y sus golfas (Marta y Alma) con estas líneas con mucho ritmo y sabor tropical:

*¿Qué es aquello que verdea  
en medio de la sabana?  
Yo creía que era zacate*

*y era la maldita iguana*

Excepto Fernando (que estaba sentado en un sillón bebiendo su *drink* y comiendo un sandwich) y Lidia (que como veremos después está como reina acostada en el pasto tomando el sol), las parejas bailaban. Luis no hacía caso del ritmo de la música y llevaba a Marta lentamente, como si estuviera bailando una pieza de Ray Conniff: música sólo para enamorados que se bailaba en las fiestas de los sábados ante las presencias de las mamás. Rodolfo derrochando, lanzando, expulsando sus cualidades de rumbero, aventando el estilo que había adquirido en miles de rumbeadas a las que había asistido como invitado o como rumbero, y que perfeccionó, nada menos que en el Califa (salón de baile sede nacional del danzón, la guaracha, la rumba, en resumen, de la música tropical de la que Rudolph era uno de los más brillantes exponentes), el Nahual, el Esmeril, el Chamberi, el Naco, el Gato. Alma, tímida —debido a su inexperiencia— y torpemente, le seguía la onda.

—Guerrero —le dijo Rodolfo a Fernando porque así se apellidaba, y agregó—: píntate de colores por la alemana, ora panzón, está en el jardín...

Muy digno, el panzón Guerrero dijo:

—Ni madres... Pinche vieja payasa... India de cagada...

—Ándale, Barrigas, que se me hace que te gusta gozar el *chou*.

Fernando Guerrero (que no es pariente de Vicente) se acostó en la alfombra. Las parejas bailaban. Luis y Rodolfo cachondeaban a sus viejas de la danza, guerreras del abachobecho y del cojín. Rodolfo, como si estuviera bailando con una puta del cabaré Bombay, con las manos en las nalgas de Alma. ¡Sabor morena, sabor!

Fernando recuerda una anécdota de Rodolfo (el motivo debe ser revelado y aclarado por el psicoanalista de este personaje, pues el autor no se lo explica; lo único que hace es simplemente transcribir en palabras lo que el personaje está pensando en el momento en que se ocupa de él; o sea, cuando el autor del cuento corto o novela larga se introduce en el cerebro del personaje. Gracias).

Para llegar a la anécdota, Fernando tiene la siguiente *stream-of-consciousness*: el pinche Rodolfo era una ladilla. Desde chavo un piojo pubis, un mevalomadrestodo. Siempre pudiendo a todo mundo, a las viejas en las fiestas; en una fiesta, cuando eran chavos, un cuate estaba bailando con su gorda y La Ladilla se acercó al cuate:

—Oye compadre... ¿es tu novia?

—Sí... ¿por qué? —respondió el cuate.

—¿Cómo que por qué?

—¿Tiene algo de malo?

—No compadre, no tiene nada de malo que sea tu novia, lo que tiene de malo es que... respétala...

El cuate sin descifrar el enigma.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Cuando vengas a una fiesta y te pongas como te platicué,

ponte traje de baño... todos te están viendo, compadre, hazlo por ella...

El cuate, sudando como bestia. Y su pobrecita niña muerta de la pena. Una vil ladilla. Lo iba a quemar con sus cuates: el pinche panzón no pudo afincar por pendejo. Nosotros fajando, cogiendo, zabadaba, él cagándola. Pero si no le rogaba a una niña decente, menos le iba a rogar a una pinche corriente, pelada de mierda. Viejas que no cogen a la verga.

*A gozá, mumi, a gozá  
a gozá este guaguancó  
que está de pinga, mumi...*

—Almuca... ya se me paralizó la que te platicué... Así es que ya sabes... Vamos a donde te conté...

—Espérate... plis...

—No, nada, nada, si no... Pa' qué te cuento...

Y haciéndose del rogar como los toros, Alma dijo:

—Ay, no, Rodolfo... plis...

Luis y Marta en tremendo clinch. Lo que pasaba es que a la adornada le gustaba Luis y por eso estaba de mamona, pero le valía madres. Corriente y adornada.

—Vamos a servirnos otra copa —le dijo Alma a Rodolfo en voz alta para que no sospecharan los demás que en ese preciso momento ella había aceptado ir a la cama.

Alma y Rodolfo caminaron.

—Se echan uno a mi salud —dijo Fernando.

—¡Ay, cómo eres! —dijo Alma volteando a verlo.

—Los que quieras, flaco, los que quieras...

—¿Qué haces? —preguntó Fernando Guerrero a Lidia Lafontaine.

Lidia se tapó los ojos del sol, alzando un brazo en ángulo. ¿No me ves idiota?  
Tirada en el pasto.

—Descansando...

—¿Por qué estás enojada conmigo?

—No estoy enojada.

—¿Enton's?

—Enton's... ¿qué?

—No me pelas...

Como no contestó la adornada, Fernando continuó su labor de persuasión para que Lidia entrara a la onda, y así, él se divertiera e hiciera realidad los proyectos configurados desde que salió de su casa: *drinks*, nalga: diversión, una onda buenísima. Ondón que hasta ese momento sólo sus amigos gozaban.

—¿Siempre eres así?

—¿Cómo?

—Pues venimos a divertirnos... todos.

—Yo me he divertido... mucho.

—Pues parece que estás aburrída.

—No.

—Entonces... ¿por qué no quieres bailar?

—Porque no sé...

—¿Quieres un *drink*?

—No bebo... gracias.

—Un trago no es ninguno... te pone en onda...

—No quiero estar en onda. Yo no soy como Alma y Marta... ¿sabes?

—Entonces... ¿cómo eres?

—Diferente, muy diferente, si crees que porque vengo con ellas soy igual... pues, no, yo no soy como ellas...

—Yo no te he dicho que eres como ellas.

—No, pero yo te lo dije.

—¿Qué te pasa?

—A mí... nada.

—¿No te caigo bien?

—¿No tienes un cigarro?

Le dio el cigarro, sacó su encendedor y llevó la llama al cabo del cigarro y luego al suyo. Se quitó el cigarro de los labios y bebió un trago largo de su *drink*.

—¿Enton's no te caigo bien?

—No me caes mal.

—¿Por qué no quieres bailar?

—Ya te dije que *no sé*...

—Te enseño...

—No, gracias...

—Desde que veníamos en la carretera no me has pelado.

—¿Por qué?

—Pues, quise abrazarte...

—*Sólo me abraza mi novio*...

—No soy celoso.

—Pero mi novio sí, y yo lo quiero mucho.

—Enton's... ¿por qué veniste?

—Yo no vine a abrazarme con nadie.

—Digo, si quieres a tu novio...

—Alma me dijo que íbamos a venir a Cuernavaca con unos muchachos *decentes*. Que veníamos a *nadar*. No sé qué pienses tú.

Fernando se paró. Bebió un sorbo. Muy *cool* le dijo:

—*Que-eres-una-pendeja*.

Era ya la caída de la tarde cuando Lidia despertó. Se quitó el pantalón y el suéter y quedó en su traje de baño en dos piezas. Se echó a nadar. Al rato salió de la alberca

y se acostó en una silla playera. La voz de Javier Solís llegaba hasta ella cantando:

*Entonces yo daré la media vuelta  
y me iré con el sol cuando muera la tarde...*

(Su vida sería otra cosa, con dinero, podría pensar en casarse con un muchacho rico. Un rico la tomaría en serio y no nada más para divertirse de vez en cuando. Sólo dos caminos: o ser la esposa de uno de la Colonia Obrera: peluquero, obrero, carpintero, tendero; o ser una puta. Tener un amante rico. Ahí estaba su futuro. Y dejar de vivir en un edificio mugroso, oscuro, siempre oliendo a orines y sudor, a los cuerpos de los vecinos, de sus parientes: de sus hermanos, su padre y su madre.)

Pasó el tiempo, y los libidinosos, satisfechos ya, calmados, agotados por el ejercicio, bajaron a preparar unos *drinks*; *gin n' tonics* para recuperar las energías dejadas en la cama, como diría Rodolfo el Guapachoso, en el box-spring o colchón. Cuando todos estaban en la sala, saboreando unos *drinks*, entró la adornada.

—¿A qué horas nos vamos?

—¿A dónde? —preguntó Rodolfo.

—A México.

—Ah, yo pensé que al guayabo.

—Luego, manita —dijo Marta.

—Ya es tarde.

—Son las ocho —dijo Alma.

—Si llego tarde, ya sabes el tango que me hacen...

—No te pongas flamenca —dijo Rodolfo.

—Vamos. Te dije que venía si regresábamos temprano, Alma.

—Ya, ya, no chingues, que me encabronas —obviamente fue Rodolfo quien dijo tan bellas palabras.

—Ya sabes cómo es mi mamá, Alma...

—¡Putra madre, qué pinche pedo! ¡Voy a guacarear! —dijo Fernando, y obviamente dirigiéndose hacia el baño a vomitar, que es lo que significa «guacarear».

*Tienes que tomar una sopa de pichón  
tienes que tomar una sopa de pichón  
tienes que tomar una sopa de pichón  
tienes que tomar una sopa de pichón*

—Ay manita, me siento muy mariada para irme orita. Si llego así a mi casa, olvídate —dijo Marta.

—Sí, pero a mí también... olvídate —dijo-la-que-se-quería-ir.

—Orita que salga Fernando del baño, que te lleve en el coche a Cuernavaca, para que tomes un camión... —dijo Luis con su acostumbrada cortesía.

—¡Y ya no chingues, hawaiana!

Cuando Fernando regresó del baño y le dijeron que llevara a la Lafontaine a la terminal de camiones, en Cuernavaca, se rehusó y dijo:

—Yo ni madre... me voy a jetear un rato para que se me baje un poco el pedo...

Entonces Luis dijo que él la llevaría. Y así fue. Marta quiso ir, pero Luis le dijo que no. Lidia, por lo tanto, iba en el Mustang, creyéndose la Mamá de los Pollitos o de Tarzán o de cualquier presidente de cualquier país. Y cuando Luis estacionó el coche a un lado de la carretera, Lidia pensó que el ataque se iniciaría. Su sueño hecho realidad.

—¿Por qué quieres irte? —le pregunto Luis.

—No sabes lo que me hacen...

—¿Qué te hacen?

—Nada más me matan.

—¿Tienes teléfono?

—Sí.

—Pues hablas a tu casa y dices que se descompuso el coche, cualquier cosa.

—Es que... tengo novio... y olvídate si no me encuentra...

—Agarra la onda, apenas está empezando...

—Pero... yo no tomo ni nada.

—¿Quieres irte?

—Este... sí...

—Okey.

Luis encendió el motor de su Mustang. Arrancó. Las llantas patinaron. En la carretera el coche iba a más de cien. Lidia, realmente emocionada. Además de tener dinero, ser guapo, Luis era buenísimo manejando. ¡Wow! Llegaron a la terminal de autobuses.

—Bueno, ha sido un placer, chao.

—¿Te pido un favor? ¿Me prestas? Es que con las carreras...

—¿Cuánto?

—Espérame tantito, voy a preguntar... ¿sí?

—Hecho.

*She loves you, yeah, yeah, yeah*

*She loves you, yeah, yeah, yeah*

Regresó la que se había bajado. Abrió la portezuela y entró al Mustang. Se sentó. Y dijo:

—Te hice caso, me quedo.

Primera. Las llantas patinan. ¡Wow!

—Que Alma le hable por teléfono a mi mamá.

—Okey.

*Don't be fooled by her love*

*You can never win  
You can buy her everything*

Los Ermitaños de Herman cantaban para ellos. Y como principio de entrada en la onda, Lidia, con voz melosa —como una mezcla de miel y mantequilla—, preguntó:

—¿Tienes novia, Luis?

—No.

—¿No?

—¿Por qué?

—Porque no.

—Si tienes, me imagino que ha de ser muy así...

—¿Tú crees?

—Sí.

—Ah.

—¿La quieres?

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Quieres a tu novio?

—Pues no sé... ¿nunca te ha pasado?

—¿Qué?

—Que no sabes si quieres a alguien o no.

—No.

—¿No?

—No. Digo, me gusta una niña y ya. Si yo le gusto, perfecto. Es todo.

—¿Cuántas novias has tenido?

—No sé.

—¿Te cae bien Marta?

—Sí.

—¿Te gusto yo?

—Sí.

—Fernando... no sé, no me cayó bien...

—Es mi amigo... ¿eres virgen?

—¿Qué?

—Que si eres virgen...

—Sí... ¿por qué?

—Nada más.

—¿Te gusta Marta para eso?

—¿Para qué?

—Pues para acostarte con ella.

—Me acosté con ella.

—¿Sí?

—Sí... Después de todo, me caes bien.

—Tú también; no eres como Rodolfo.

—Cada quien tiene su onda.

—¿Quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—No soy virgen. Una vez me acosté con uno, pero yo no sabía. Era mi jefe. Y me invitó a tomar una copa. Tomé una y perdí la cabeza. Creo que me echó algo en la copa. Perdí la cabeza y me llevó a un hotel. No supe lo que hice. Yo no quería. Pero ya no soy virgen.

—Muy trágico.

—¿No me crees?

—Sí, te creo, es muy trágico.

—Me estás vacilando.

—¿Por qué no te voy a creer?

—No sé, lo dijiste no sé cómo. Alma lo sabe. No tenía con quién hablar y se lo dije a ella. Ella por eso cree que soy como ella, que se acuesta con todo mundo.

—Hacer el amor es lo máximo.

—Pues yo no sé.

—Es lo máximo. No sabes porque lo hiciste en malas circunstancias.

—Pues no sé.

—La onda es el sexo. Es lo máximo.

—¿Tú crees?

—Fernando puede enseñarte.

Cuando entraron a la sala, Marta y Alma hacían *strip-tease*. La orquesta de Ray Conniff tocaba: «Frenesí». Rodolfo y Fernando palmoteando al compás de la música. Las *strip-tease girls* de la Obrera recogieron sus prendas que estaban en la alfombra y fueron al baño.

—Tenía que ser la checoslovaca la que nos chingara la onda. ¿No que te ibas?

Lidia lo castigó con el látigo de su desprecio y le dijo a Luis:

—¿Me acompañas a servirme algo de tomar?

—¡Sabor, sabor, la rusa va a inflar, sabor!

Música de fondo: Ray Conniff, coros y orquesta. Las parejas (Lidia ya dentro de la onda) fajaban. Rodolfo y Alma, en un sofá. Marta y Luis rumbo a una recámara, por las escaleras, abrazados. Lidia, sentada en la alfombra, recargada la espalda en la pared, al lado del estereofónico, con la vista en el vaso de *gin n' tonic*, parecía una marioneta abandonada. Fernando llegó hasta ella.

—¿Quieres otro *drink*?

—Bueno.

La orquesta de Ray Conniff tocaba ahora: «I'm in the mood for love». Fernando

regresó con el drink, se lo dio y fue a sentarse a un sillón, frente a ella.

—¿Te gusta Ray Conniff?

—Sí.

—¿Puedo poner otro disco?

—Como quieras.

Fernando hizo una pausa. Un silencio flotaba entre los dos, interrumpido por los jadeos de Rodolfo y Alma, dentro de la música para enamorados jóvenes de la orquesta de Ray Conniff.

—¿Qué piensas? —preguntó Fernando.

—En nada.

—Te ves triste.

—No, no estoy triste, estoy un poco mareada... Per...

—¿Quieres bailar?

—Bueno.

Fernando secó el sudor de sus manos en el pantalón. Fue hasta ella. Ella se incorporó. Fernando la tomó entre los brazos y empezó a bailar, como si Lidia fuera su novia: suavemente, mejilla contra mejilla, cuerpo contra cuerpo, ojos cerrados. Ella fue quien lo besó. Cuando separó sus labios, en voz muy baja, Fernando preguntó:

—¿Quieres... vamos arriba?

—Vamos —dijo sin verlo.

Entraron a la recámara y él encendió la luz.

—Apágala —dijo Lidia.

Él la apagó.

Preferir a Marta.

Ella fue a la ventana, cerró los ojos. Fernando le puso las manos en los hombros. A lo lejos la voz de Alberto Vázquez cantando: ... *por favor olvídalo*.

—Yo me desvisto —dijo.

—¿Por qué?

*A Elena Poniatowska,  
mi hada madrina.*

# **Un día triste, triste**

## Mother's Little Helper

Qué mala onda es envejecer.

«Los muchachos son diferentes hoy», escucho decir a todas las madres.

Madre necesita hoy algo para calmarla.

Y aunque no está verdaderamente enferma hay una pildorita amarilla.

Ella corre por la ayuda de un pequeño aliviane de mamá.

Y la ayuda a su modo.

La aliviana en su atareado día.

La apoyan a través de su ocupado día.

Doctor, por favor, algunas más de éstas.

Afuera de la puerta, ella tomó cuatro más.

Qué mala onda es envejecer.

«Los hombres ya no son los mismos hoy», escucho decir a todas las madres.

Ellos no toman en cuenta que una se cansa.

Son muy difíciles de satisfacer. Tú puedes tranquilizar tu mente.

Corre hacia la ayuda de un pequeño aliviane de mamá.

Y cuatro te ayudarán a través de la noche a reducir tu problema.

Doctor, por favor, algunas más de éstas.

Afuera de la puerta ella tomó cuatro más.

Qué mala onda es envejecer.

«La vida es demasiado dura ahora», escucho decir a todas las madres.

La búsqueda de la felicidad sólo parece aburrimiento.

Y si tú tomas más de éstas te sobrepasarás de dosis.

No más correr por la ayuda de un pequeño aliviane de mamá.

Sólo te ayudaban a tu modo.

A través de tu ocupado y agonizante día.

—The Rolling Stones

Isabel tomó la bocina.

—¿Mamá?

—¿Isabel?

—Sí, mamá, soy yo, ¿cómo estás?

—Bien, bien —interrumpió—, bien... ¿Tú estás bien? ¿Lucy está bien?

—Sí mamá, y Carlos también.

—Qué bueno, hija. Hacía mucho tiempo que no hablaba contigo —dijo la señora con voz sosa y cansada.

—Ay mamá, cómo eres, te hablé hace tres días.

—Pero no has venido a visitarnos. Tu padre se siente mal.

—¿Qué tiene?

—Cosas de su edad, hijita.

—Entonces no es...

—No te apures, no es de cuidado, pero no debes olvidarnos...

—No seas exagerada, mamá —respondió Isabel. Pensó en condescender, o de lo contrario su madre iniciaría un largo sermón sobre los deberes de una hija con sus padres.

—No exagero, Isabel —la voz aumentó de volumen—. ¿Quieres que te diga que tu padre está mal hasta el día que se muera?

—No, mamá, no es eso... Mamá, le estoy dando de comer a Lucy... Te hablo al rato.

—No, no, no —dijo su madre apresuradamente—. Necesito que vengas esta tarde a ayudarme.

—Mamá...

—Déjame hablar y no interrumpas...

—Le estoy dando de comer a la niña. Después te hablo.

—Es cuestión de segundos. Escúchame.

—Te escucho —dijo Isabel con resignación, dejando su mirada en el cuadro de alcatraces, arriba del tocadiscos.

—Esta tarde doy un té-canasta... para eso de los niños desamparados, y una de las sirvientas se fue, así que necesito que vengas... Además quiero verte, hijita

—Mamá, no puedo.

—Sólo esta tarde, Isabel. Desde temprano ando con un trajín... Estoy agotada, hijita. Yo y María no nos damos abasto. Ven —la voz de mando se hizo más suave—, Isabel, tienes que venir —y luego suplicante—, si no vienes, no sé qué voy a hacer...

Isabel pensó que su madre estaba al borde de la histeria.

—Carlos llega tarde a comer... la niña. Estoy muy ocupada, mamá —dijo Isabel en un tono ligeramente conciliador.

—Sólo esta tarde...

—Pero...

Escuchó la voz de su madre un poco sollozante.

—No te pongas así, mamá. Bien sabes que tengo mis obligaciones.

—Pero también las tienes con tus padres —dijo su madre solemnemente.

Isabel prefirió ceder, condescender.

—¿A qué horas quieres que vaya? —preguntó.

—A más tardar a las cuatro. Ven pronto. Estoy como loca, hijita...

—Sí mamá, te entiendo.

—Bueno, te espero, no tardes... Adiós, Isabel.

—Adiós, mamá...

Un suspiro envolvió la voz de Isabel. Con un movimiento lento colgó el auricular. Su cara se alegró un poco al pensar que, en realidad, era una buena hija y que su madre no tendría que reprocharle nada.

—¿Ya terminó de comer mi Lucy? —preguntó cuando llegó al desayunador.

Lucy sonrió. Isabel le besó suavemente la mejilla.

El claxon del coche de Carlos sonó varias veces. Cuando el sonido era ya uniforme, largo, la sirvienta abrió las puertas del garage. Carlos metió el coche. Del asiento recogió su saco y su portafolios, y salió. Entró. Caminó a la sala. Encendió el tocadiscos estereofónico. La voz de Isabel en la recámara:

—¿Eres tú, mi vida? En un momentito bajo, estoy durmiendo a Lucy.

—¡Josefina! —gritó Carlos a la cocinera—. ¡Dame una cerveza!

Se sentó en el canapé, verde, largo. Su mirada se encontró, como siempre, sumergida en una marina: olas violentas contra rocas; una embarcación que a lo lejos naufragaba. Escuchó los pasos de Isabel. Le miró las pantorrillas por el hueco de la escalera. Cuando Isabel se acercó, se levantó a besarle una mejilla. Isabel tenía puesto un vestido de coctel.

—¿Qué tal te fue, mi vida? —preguntó con voz suave.

—Bien. ¿A dónde vas?

—Con mamá...

—Me tienes que acompañar —interrumpió Carlos.

—Tengo que ayudar a mamá. Hay té-canasta en su casa y...

—¿Forzosamente tienes que ir?

—Me comprometí. Tan pronto como me desocupe, regreso.

—Cualquier pretexto es bueno para largarte.

Isabel prefirió callar.

—Siempre pretextos de ir a ver a tu madre y siempre esa señora...

Una mirada de indignación. Isabel giró sobre sus talones. Carlos la vio subir la escalera.

Desde la ventana, su mirada se perdía en el cielo blando. Hacia un árbol, hacia unos pájaros dibujando espirales en el aire. El sol se metía a la alcoba. Afuera, por un momento, todo estaba quieto. Fue al tocador, abrió un cajón y tomó un pañuelo bordado para limpiar sus lágrimas. Suspiró.

Cuando bajó, Carlos continuaba sentado en el canapé, bebiendo cerveza.

—Ya me voy —dijo sin mirarlo.  
Él tampoco la miró. No dijo nada.

Isabel estacionó el coche cerca de la entrada principal de la casa de sus padres. Abrió una puerta de hierro forjado y caminó por el jardín.

—Buenas tardes, señorita —le dijo el jardinero, que podaba las rosas marchitas.

Isabel lo saludó con un movimiento de cabeza. Hortensias, rosas, enredaderas trepando por los muros. Al fondo, una barranca, una sucesión de cerros levemente dorados, y el sol como una mancha dorada en el cielo, tras las nubes. La tarde estaba envuelta por un leve calor que no molestaba. Tocó un timbre: una campanilla tintineó dentro de la casa. Una criada uniformada de azul abrió la puerta.

—Pase, señorita.

—Señora —rectificó Isabel.

—Su mamá está muy nerviosa, seño... —dijo la sirvienta como en secreto.

Isabel entró. Vio a su madre bajando la escalera de mármol acaracolada. Fijó la vista en el vestido negro, después en el rostro pintado exageradamente. Isabel bajó la vista: una sensación (¿o un pensamiento?) de alejarse, una sensación de ir hacia otro sitio y volver en un instante, en una fracción de instante. Caminó hacia su mamá y al llegar fingió besarle la mejilla. Su madre hizo lo mismo.

—¿Y papá?

—¿Tu padre? Ya sabes, es un desconsiderado. A él no le importa que yo me agite; no le importa en lo más mínimo. Ay, hija, no, con tu padre no se puede. Desde la mañana se fue a jugar golf... Y Carlos ¿por qué no vino?

—Se enojó, mamá. No quería que viniera —se arrepintió de haberlo dicho.

Su madre reaccionó en forma violenta.

—¿Qué derechos tiene sobre ti para impedir...?

—Mamá, es mi marido —dijo ella con voz calmada.

—Ningún derecho. Que dé gracias a Dios por haberse casado contigo. Ese... pillo no te merecía. La clase de familia...

—Mamá, por favor.

—No, nada de por favor, Isabel. Si desde el principio me hubieras hecho caso, las cosas serían distintas. Y estoy segura, segurísima, de que la madre tiene que ver en todo esto —hizo una mueca de angustia—. Sé que te quiere separar totalmente de nosotros. Sí, eso quieren.

—No seas absurda —dijo Isabel, incómoda.

—Tantos buenos partidos que tenías...

—Pero ya no los tengo, y Carlos es mi marido y las cosas no van a cambiar.

La señora Lucía gimoteó.

—Sí, sí, ya sé que no van a cambiar, ya lo sé; pero tú no has querido hacerme caso; si desde el principio...

—Ya mamá, por favor.

—Isabel —respiró hondo—: aún, y a pesar de todo, soy tu madre.

—Ya lo sé y no necesitas repetírmelo cada vez que te visito. ¿Me hablaste para que te ayudara? No discutamos, mamá, por favor —dijo Isabel dominando sus nervios, con voz monótona.

Un breve silencio.

—Y Lucy, ¿está bien?

Isabel sintió una sensación de alivio.

—Muy bien, mamá, te manda saludos.

—Vamos a la cocina. Tenemos una de cosas que hacer...

Isabel se sentía triste. Algo un poco amargo que recorría su cuerpo, todo el interior de su cuerpo. Una sensación de algo circulando dentro de ella. Una sensación incomprensible, y amarga. Su madre, Carlos. ¿Por qué esa sensación? En el té-canasta charló con las amigas de su madre, y se mostró alegre. ¿Entonces?

Isabel frenó. La luz roja del semáforo se difundía débilmente en el suelo. Abrió su bolsa y sacó una cigarrera. Cogió un cigarro y tomó el encendedor. Llevó la flama al cabo del cigarro. Aspiró profundamente. Luz verde.

Cuando la sirvienta abrió las puertas del garage, Isabel metió el coche rápidamente.

Entró al hall corriendo escaleras arriba. Cruzó la penumbra de un pasillo. Entró a la alcoba. La luz de la luna sobre la colcha dorada. Encendió una lámpara. Lucy dormía. Fue a la cuna. Levantó en sus brazos a Lucy. Lucy despertó y empezó a llorar.

—Sschh, schh —Isabel la mecía—. ¿Verdad Lucy que me vas a querer mucho, Lucy, y las dos nos vamos a querer mucho y no vamos a estar solas? ¿Verdad que no, Lucy?

Lucy la miraba. Isabel calló. Sintió en ese momento que algo dentro de ella se había derrumbado. Pero entonces no supo qué.

*A Julieta.*

*También para Marcela y Alejandra, mis minisobrinas.*

## **Una actitud sincera**

# Complicated

Se ve tan sencilla en su manera de ser.  
Hace lo mismo todos los días.  
Pero ella está dedicada a tener lo que quiere.  
Ella es muy complicada.  
Las mujeres parecen llenar su cabeza.  
Y muchos hombres en muy poco tiempo.  
Pero ella no es bien apreciada.  
Me trata, oh muy bien.  
Ella es muy complicada.  
Hablamos juntos y discutimos  
que es verdaderamente lo mejor para nosotros.  
Ella es sofisticada.  
Mi cabeza está por estallar.  
Ella es muy complicada.  
Ella sabe cómo satisfacer a su hombre.  
Ella es más mansa que un corderito.  
Pero ella es educada y no le importa nada.  
Ella es muy complicada.

—The Rolling Stones

Por qué este silencio sin comunicación, esta monotonía inesperada e inexplicable: monotonía larga, monotonía corrosiva. Desde que salieron del hotel no habían dicho nada, absolutamente nada. Parecían dos extraños viajando hacia el mismo sitio. Sentados uno al lado del otro sin hablar, sin mirarse, sin el menor impulso de principiar una conversación.

Mireya veía las sombras de los coches que se alargaban, se iban. Leía los anuncios en las azoteas de los edificios. Con el dedo índice dibujaba sus nombres en el vaho del vidrio. Primero Alfredo, luego Mireya. Ahora una figura y luego otra. Tal vez ella y Alfredo haciendo el amor... ¿Acaso este silencio comunicaba el deseo de no estar juntos por más tiempo?

Él era quien debía iniciar la conversación. Decir cualquier cosa, proponerle una cita para mañana, algo, algo. Era absurdo pensar que este silencio establecía un rompimiento definitivo. Por qué, si Alfredo había estado muy romántico, feliz, como nunca. Sí, Alfredo había acariciado y besado todos los lugares de su cuerpo y de su rostro, suave, suavemente; había recitado versos mientras hacía el amor: «Mi cuerpo de labriego te socava... ¡Ah, los ojos de ausencia! ¡Ah, las rosas del pubis!».

Sí, sí, Alfredo... Bésame más, más fuerte. Quiero que me estés abrazando y besando siempre. Que tus manos calientes ardan en mi piel. Que tu boca y tus manos estén siempre sobre mis pechos y mis muslos. Que acaricies mi vientre con ternura. Que no te separes de mí, y estemos siempre juntos. Sólo amando, sólo amándonos. Que nos busquemos, nos busquemos para amarnos más, satisfechos de vivir para alguien... ámame más que las otras veces.

En la tarde había amado a Alfredo tiernamente. Y ahora su memoria revivía las palabras y los gestos de esos instantes, revivía las imágenes de sus cuerpos y rostros; los rostros expresando la satisfacción del placer... Y habían hecho el amor en todos los sitios del cuarto del hotel: en la cama, en el baño, sobre la alfombra. Y ella aceptando todo. Recibiendo de Alfredo todo; aceptándolo con amor, con el deseo optimista y sincero de seguirlo amando, de amarlo siempre, todos los días. Pensaba ahora en la comunicación que le había proporcionado el roce leve y violento entre las sábanas, la comunicación secreta de las caricias, cada caricia un pensamiento: las manos dibujando líneas misteriosas mientras se deslizaban sobre la piel, las miradas en la penumbra; la tranquilidad, la serenidad sensual antes del descanso y la satisfacción. Todo era suficiente para sentirse amada y tranquila. Estaba enamorada y era absurdo pensar en que sus relaciones estuvieran desapareciendo en ese preciso momento. ¿Por qué? ¿Por qué pensarlo? Si esta tarde fue cuando verdaderamente se sintió enamorada, enamorada, como una virgen... Exactamente como se entrega una virgen; sin hablar, sin tratar, como la primera vez, de llevar las iniciativas del juego, sino esperando pacientemente que Alfredo le insinuara caricias, palabras, encuentros.

Sí, sí, cerrar los ojos para entretejer sensaciones y amarse intensamente. Ella buscándose en Alfredo, en las figuras que dibujaba en el rostro y el cuerpo de él; en los leves suspiros que sustituían a las palabras; una Mireya capaz de amar y no

sentirse sola... Sintiendo a Alfredo cálido y buscando en la oscuridad sus besos. Y recorrer livianamente la piel de su espalda con los dedos, dibujando signos —tatuajes invisibles.

Así nos amamos. Hasta quise llorar, pero me contuve; me hubieras considerado una adolescente sentimental. Y hubieras dicho que mis lágrimas eran absurdas para el momento; que no agregaban nada, que no significaban nada...

Las calles en penumbra, vacías y tranquilas. Aquí y allá, manchas de luz blancuzca resplandecían en los árboles mojados. Al otro lado de la avenida las luces venían volando como mariposas, y luego se perdían. En cinco o diez minutos llegarían a su casa. Se bajaría del coche a esperar otros días para que él la llamara por teléfono para otra cita, como este día en la tarde, como hace quince días, dos, tres meses... como el primer día...

«—¿Te acuestas conmigo esta tarde? Tengo ganas de hacer el amor contigo, te deseo» —Alfredo le propuso que se acostaran igual que si la hubiera invitado a tomar un café: con el mismo entusiasmo, con el mismo tono de voz, con la misma cortesía. Ella debía adoptar esa actitud cordial y cínica: yo no te deseo, lo haría para que no gastes con las putas, no me importas. Para mí eres algo así como... un iceberg tropical... Y aceptó con indiferencia notable. Fueron al hotel y acabaron pronto. Mireya estaba confusa y molesta por haber llevado el juego hasta el final. Después de vestirse, mientras Alfredo, tendido sobre la cama fumaba un cigarro, ella fue al baño. Y desde ahí, cuando frente al espejo se pintaba los ojos y los labios, le dijo:

«—Si hubiéramos hecho el amor en un café, sobre la mesa, no me hubiera importado. No me hubiera importado desvestirme a la vista de todos. No me importó acostarme contigo. No me busques. Olvidemos esto cuanto antes. Vámonos pronto...» —Alfredo no respondió, tenía la vista fija en las volutas de humo que cuidadosamente hacía...

Otra vez el sentimiento de soledad. Otra vez incomunicada, sola. Pero no, ahora no podía sentirse sola, ahora amaba a Alfredo. Debía amarlo mientras el amor durara, dejarlo ir sería asumir una actitud cómoda y, lo peor, cobarde. Estaba segura de que tarde o temprano dejarían de ser amantes. Pero no ahora, no después de esta tarde. No ahora que sentía amarlo consciente y sinceramente. Sí, porque el amor era algo más que la satisfacción de los deseos; era algo más. Era algo complejo que ella sentía aun después de las dudas provocadas por el silencio. Porque, claro, el amor no eran aquellos instantes eróticos, sino estos: los pensamientos, la paz de saber por encima de las dudas que amaba a alguien. Todo estaba claro, el amor era esta serenidad después de la suave batalla entre los cuerpos. El amor era una verdad revelada en esos instantes.

El silencio se alargaba. Alfredo seguía callado. ¿Acaso el silencio derribaría una a una sus emociones? ¿Acaso el silencio la volvía a su antigua condición? ¿Por qué esta inseguridad? Alfredo debía amarla, amarla tanto como ella a él. Y reducir la soledad de Mireya a la trivialidad de una receta de cocina. Alfredo debía entender que

sólo pueden sostenerse las emociones, la pasión, cuando están hechas por dos. «Te amo, Alfredo, sé que te amo, dime que me amas, tú debes saber que yo te amo ¿verdad que te amo, Alfredo?»

Las luces se extendían en las líneas paralelas y onduladas, chisporroteando en el aire. El viento frío jugaba entre los árboles del Parque Hundido y chocaba contra las fachadas de los edificios y su sonido se perdía lentamente.

Alfredo prendió el radio. Buscó una estación de música clásica: un piano.

—Alfredo, ¿cuántas veces has hecho el amor?

—¿Qué?

Mireya repitió la pregunta.

—¿Te interesa?

—Sí, me interesa. ¿No recuerdas a ninguna? ¿Amaste a alguna?

Después de un breve silencio, Alfredo respondió:

—A ninguna, ningún recuerdo. Los recuerdos son estúpidos. O se vive el presente o te pierdes en un mar de recuerdos ¿cómo te diré? escatológicos. Los recuerdos —se pasó una mano por la cabeza— son pendejos. No hablemos de esto, es banal.

—No lo es, Alfredo. Es parte de nosotros. Nos corresponde a los dos.

—No se debe hablar —casi gritaba—. Es como si yo te preguntara qué hacías en la cama con Fernando cuando eras su amante. Es lo mismo y a mí no me importa.

—Yo te lo diría —interrumpió ella bruscamente—, te lo contaría todo. Sé que nuestras relaciones son distintas. Que los dos hemos tomado las cosas seriamente. Que lo de Fernando fue un juego. Te lo diría todo.

—De todos modos es absurdo hablar sobre eso, no tiene caso. Es absurdo.

—No lo es.

—Sí lo es y no te voy a decir nada. Es, ¿cómo te diré?, mi vida íntima.

—Pero puedes decirme...

—No tiene sentido. Esta clase de preguntas... in-dis-cre-tas... me molestan.

—Es importante, por favor, contéstame.

—Mireya, por favor —trató de imitar la voz y el gesto de ella—. ¡Qué voy a saber! ¿Crees que voy a acordarme? ¿Quién va a acordarse de las veces que ha hecho el amor? Es como si me preguntaras que cuántas veces me subí de niño a los caballitos. Es lo mismo.

—Te digo que es importante.

—No tiene importancia. Es una pregunta, dijéramos, pensada a ciegas.

—Por favor...

—Mireya, a los quince años me acosté con la primera. Mira, de todo: prostitutas —sonrió—, sirvientas, ni-ñas-de-cen-tes, de todo. ¿Crees que voy a saber cuántas veces me he acostado? Si ustedes las mujeres tuvieran nuestra libertad se acostarían desde los diez años y entonces ninguna podría responder a tu pregunta. Quién se va a acordar.

Recuerdos, palabras, instantes, giraban como vidrios de caleidoscopio,

colocándose y separándose. Después de la discusión, el silencio aumentaba la sensación de distancia, de separación, de final, aun cuando pensaba amarlo locamente. Aun cuando él la había hecho sentirse reconciliada consigo misma. Alfredo le había entregado la paz y el amor que, ahora, parecía fugarse.

Mireya veía los coches que pasaban. Los claroscuros del cielo. Las luces eléctricas que reverberaban sobre el asfalto, los postes verdes, los árboles ambarinos, y la multitud de foquitos que rodeaban las marquesinas de los centros nocturnos. Su mirada se perdía en la noche. Escuchaba la música del radio. Algún prelude de Debussy: lagos serenos, con patos y cisnes; ramas movidas por la brisa del atardecer; parejas de enamorados caminando hacia el horizonte.

Mireya estaba triste, a punto de llorar. Sentía nostalgia por algo perdido, algo secreto, indescifrable. ¿Perdido desde cuándo? ¿Por qué esa frialdad después de haber amado? ¿Por qué esa actitud de Alfredo? ¿Qué había hecho ella? ¿Se merecía esto?

—¿Apago el radio? —dijo Mireya.

—¿Tienes cigarros? —preguntó él.

Mireya respondió que sí. Le acarició la mejilla ligeramente. Subió los pies al asiento.

—¿Te sientes feliz conmigo?

—Sí, sí, creo que sí —hizo una pausa y agregó—: Beethoven es grande. Cada vez que oigo algo de él, recobro vitalidad, me siento, ¿cómo te diré?, eso es, feliz de vivir, como un gigante.

—¿Qué tiene que ver Beethoven...?

—¿No es de Beethoven? —dijo señalando el radio.

Sin contenerse, hablando despacio, contestó con voz burlona:

—Es de Debussy.

—¿Cómo lo sabes?

¿Podía ser tan estúpido como para confundir la música de Beethoven con la de Debussy? ¿Era una broma? No, seguramente lo decía en serio.

—Es muy fácil distinguir el rojo del negro, a una mujer de un hombre.

—Tienes razón, las mujeres sólo usan la cabeza de adorno.

En vez de disculparse por el error, Alfredo respondía tontamente. Si hubiera sido humilde... Decir que estaba distraído, cualquier cosa, pero no esa respuesta tan idiota. Pero después de todo, era un pretexto para discutir. Alfredo no había callado por cansancio, sino para demostrarle que estaba aburrido de ella; y era tan poco hombre como para no decírselo. Pero no, no debía precipitarse; debía tomar las cosas serenamente, con dignidad.

—Es mejor...

—¡Que nos calleemos! ¡Es mejor para los dos!

Las luces opacas como ojos llorosos. Sólo el sonido de la lluvia, monótono, lento. El mismo sonido, el mismo silencio. Mireya pensaba que la lluvia le revelaba su soledad. Que estaba sola, que siempre había estado sola. No debía discutir con

Alfredo, no debía discutir por una tontería. Todo podía escaparse. Ella era sincera, por qué Alfredo no. Por qué Alfredo se comportaba así... Claro, claro, él sólo quería jugar. Para él no había sido nada su relación.

Para él todo continuaba al mismo nivel que en el primer día y, de seguro, pensaba que ella había tomado todo tan frívolamente como él. Claro, era una estúpida por creer en este juego idiota y dejarse llevar por él. Sentirse enamorada. ¿Enamorada? Era absurdo sentirse enamorada como adolescente si Alfredo no lo estaba. Si él veía todo como una diversión: pasar un momento juntos haciendo el amor, beber unos tragos, cansarse, volver a sentir el deseo de hacer el amor... ¿eso era todo? No, no, no. No se podían convertir todas y cada una de las cosas de la vida en un juego. No se podía vivir jugando siempre y eludir responsabilidades con sólo decir «soy sincero» para no complicarse la existencia. No, no era posible, era absurdo.

—Para el coche —dijo Mireya.

—¿Qué? No te oí.

—Estaciónate.

Alfredo estacionó el coche a la orilla de la avenida. Mireya llevó sus manos a la nuca de él.

—Bésame, Alfredo. Quiero que me beses.

—Mireya, por Dios, qué tienes.

—Necesito que me beses. ¿Me quieres? Dime sinceramente... lo necesito.

Alfredo se separó un poco.

—Mireya, he sido sincero. No debes dudar de mí —le dio un beso, se separó—, ¿nos vamos?

Encendió el motor. El coche avanzaba y rápidamente los edificios corrían en sentido contrario. La lluvia chispeaba en el asfalto. El asfalto parecía estar cubierto de estrellas caídas, parecía como si todas las estrellas se hubiesen desprendido de su lugar en el cielo. Como si en realidad las estrellas fueran del tamaño que las vemos y ahora murieran aplastadas por las llantas de los coches. Mireya prendió un cigarro y le dio otro a él.

—Alfredo... —él volteó a verla—, no sé cómo decírtelo...

Luz verde. Coches avanzando. Luz roja. Luz verde. El coche corría veloz. Una profusión transparente de colores.

—Cuando te aburras... dímelo. Será mejor para los dos. Te lo pido sinceramente.

—Te lo prometo —levantó la mano en juramento, sonrió—. No sé por qué lo piensas ahora

—Debemos pensarlo —dijo meditabunda, casi sin pronunciar las últimas sílabas.

—Mira Mireya, el amor no sólo es el placer —decía sentenciando—. Es algo más que eso. Es, digamos, una determinada situación de estabilidad emocional. Si te acostaras con otro, no me importaría... cómo decir: el amor va más allá del sexo. El amor no es sólo acostarse...

—¿Piensas en serio?

—Muy en serio. Sé que te amo, que no puedo perderte. Que aunque te acostaras con otro no te perdería

—¿Y si lo hiciera?

—No dejaría de amarte. ¿Me entiendes?

Casi murmurando Mireya dijo que sí. Apagó el cigarro en el cenicero. El coche avanzaba. Las luces cambiaban de rojas a verdes y de verdes a rojas. Los coches se detenían y luego seguían. Ya no había nada que hablar, discutir o aclarar.

—¿Te voy a dejar a tu casa? —le preguntó Alfredo.

—No sé...

—Como quieras. Si aún tienes tiempo vamos a tomar un café, tengo que ir al Coyote Flaco a buscar a Pedro, me debe cincuenta pesos, ¿vamos?

—¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto.

—Está bien, vamos.

Llegaron al café. Entraron. Lo alumbraban velas puestas sobre las mesas. En las paredes máscaras prehispánicas, pinturas abstractas. Parejas de novios abrazados conversaban en voz baja. Muchachas viendo discretamente a los muchachos. Alfredo buscaba, parado en el vano de la puerta, a Pedro. Lo vio junto con otros amigos.

—Ahí está —dijo.

—¿Y ustedes dónde andaban? —les preguntó Johnny.

—Nosotros, haciendo el amor —dijo Alfredo, abriendo los brazos.

—¿Qué es el amor? —preguntó Johnny.

—¿No has visto a las palomas copular sobre tu hombro? —dijo Mireya en el tono con que se explica a un niño.

—Muy interesante, muy interesante, ¡boba! —dijo Alicia, se alisó los cabellos a la Brigitte Bardot. Agregó—: El amor no existe.

—¡Claro que existe, amargada! —dijo Mireya.

—¡Claro, escucha a los gatos y ve a los perros! —dijo Johnny.

—¿Tú lo tienes? —le preguntó Pedro.

—Alfredo y yo nos amamos.

—Copular, cohabitar, fornicar, hacer el amor, picar, pisar, clavar, coooger —dijo Johnny.

—Sí, sí —interrumpió Alicia—, amor: yo amo, tú amas, nosotros amamos...

—O cogemos —agregó Johnny.

—¿Es cierto, Alfredo? —le preguntó Mireya.

—¿Qué?

—Que el amor es sólo una conjugación.

—El plural es orgía —dijo Johnny.

—Por supuesto que no —respondió Alfredo a la pregunta de Mireya.

—¿Y tú sabes lo que es? —preguntó Pedro.

—Yo sí sé. El amor es una cosa espiritual. ¿No es cierto, Alfredo? —dijo Mireya.

—Amor a larga distancia es masturbación —dijo Johnny.

—¿Verdad que sí, Alfredo? —preguntó Mireya.

Alfredo movió la cabeza diciendo que sí. Se escuchaba un disco de Dave Brubeck.

Mireya titubeó.

—Yo puedo demostrarles lo que es el amor...

—Desnúdate —interrumpió Johnny.

—... Aceptemos que Alfredo y yo nos amamos y para convencerlos les propongo, dijéramos, un test.

Alfredo la miraba extrañado. Los otros observaban.

—Si Alfredo me ama y yo, por ejemplo, me acuesto con Pedro, ¿Alfredo y yo nos amaremos?, ¿seguiremos amándonos?

—Furor... Ninfomanía —dijo Johnny en voz muy baja.

Mireya los recorrió con la mirada. Se escuchaban las notas de un piano.

Pedro dijo riendo:

—Seguro. Los dos seguirían amándose. Yo estaría dispuesto a colaborar. Por el amor estoy dispuesto a un sacrificio.

—Es en serio —dijo Mireya y agregó—: ¿Tú no te enojarías, verdad, Alfredo?

Él se sonrojó. Lentamente tomó un cigarro de la cajetilla que estaba sobre la mesa.

—Por mi parte puedes practicar... —dijo con naturalidad forzada.

—¡Esto es lo que se llama vivir en una sociedad democrática! ¡Hasta que por fin la mujer se ha emancipado del pendejo machismo mexicano! —gritó Johnny.

—¿Tienes dinero para el hotel? —Mireya miró a Pedro, después a Alfredo y volvió a mirar a Pedro—. ¿Te acostarías conmigo esta noche, toda la noche?

—No creo que Alicia se enoje, es sólo un test —dijo Johnny.

—Idiota —dijo Alicia con desgano.

—¿Tienes miedo de perder algo, Pedro? Yo no me voy a acostar con Alicia —dijo Alfredo moviendo la cabeza como si despertara de un sueño. Respiró hondo.

Pedro se incorporó. Se paró frente a Mireya, la tomó por los hombros.

—¿Es una broma?

Mireya temblaba. Debía ser fuerte, tomar las cosas con frialdad. Una sonrisa... provocativa, hasta obscena.

—Estoy hablando en serio...

Pedro la tomó de la mano. En voz baja le dijo:

—¿Nos vamos?

—Esto se llama Fornicología Comparada —dijo Johnny.

En voz baja ella respondió:

—Vá-mo-nos...

Caminaron entre las mesas. Sus figuras se veían borrosas entre el humo del cigarro. El saxofón del conjunto de jazz ejecutaba una escala musical. Los amigos los

veían dirigirse a la puerta. Los pantalones blancos, la playera rayada, los cabellos lacios de Mireya. Los pantalones de pana verde, la gabardina sobre el brazo de Pedro. Salieron.

*Gracias a Gastillón Bracho, actor del cine mexicano, por su ayuda en los momentos difíciles y en poner las comas y los puntos y comas en su sitio. Y, por supuesto, por su amistad cuando estaba yo en el arroyo, viendo qué. ¿Qué?*

## **En noches como ésta**

## She Smiled Sweetly

¿Por qué mis pensamientos me apesadumbran tanto?  
Parecen permanecer día tras día.  
Y no desaparecerán, he intentado todo.  
Pero ella sonrío dulcemente,  
ella sonrío dulcemente y dice, «No te preocupes.  
Oh, no, no, no».  
¿Dónde lo esconde dentro de aquí?  
Que mantiene su paz, casi todos los días.  
Y no desaparecerá, ¡mi cabello se está volviendo gris!  
Pero ella sonrío dulcemente,  
ella sonrío dulcemente y dice, «No te preocupes.  
Oh, no, no, no».  
No hay nada en por qué o cuándo.  
No tiene caso tratar.  
Tú estás aquí. Rogando otra vez. Y otra vez.  
Eso fue lo que dijo muy suavemente.  
Entiendo por primera vez en mi vida.  
Y sintiéndome bien casi todo el tiempo.  
Pero ella sonrío dulcemente, ella sonrío dulcemente,  
y dice, «No te preocupes. Oh, no, no, no. Oh, no, no, no.  
Oh, no, no, no. Oh, no, no, no. Oh, no, no, nooooo».

—The Rolling Stones

Dingdongding... La campanilla tintineaba cada vez que alguien seleccionaba una melodía en la sinfonola: músicos y cantantes famosos estaban presentes. Muertos y vivos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, voces e instrumentos. Música para bailar. Música para escuchar desde un asiento frente a la barra, con una-dos latas de cerveza o un vaso de *scotch-on-the-rocks*.

Las parejas: hombres entre los treinta y los cincuenta años; mujeres que aparentaban, en la media luz, ser jóvenes; desde distintos lugares —la barra, una mesa distante— nos observaban bailar. Éramos los únicos en la pista de madera encerada, brillante por las luces blancuzcas y rojizas que chisporroteaban. Tal vez bailábamos por vanidad, porque estoy seguro de que ellos no podían, se hubieran visto ridículos... Tú y yo éramos los únicos jóvenes, me acuerdo...

Te amaba con ternura y soñaba a tu lado. Cada vez que estábamos en el bar, cerraba los ojos por un momento como si así funcionara un mecanismo que fotografiaría las imágenes de los momentos que estábamos viviendo. Luego bebía un sorbo largo de whisky. Y estábamos en otro sitio. No sé. Caminando entre la noche, en algún lugar donde el mar, la selva, forman un lugar secreto, fuera de la ciudad, de cualquier ciudad, no sé...

Tú y yo éramos los únicos jóvenes, me acuerdo. Los hombres bebían con alguna amiga accidental: la amante o la puta, o simplemente una dama de compañía para no beber solos. Como nosotros, estaban allí para llenar sus cuerpos y sus cerebros de alcohol, para sentirse bien. Ellos querían olvidar sus deberes del siguiente día: «¡Sí, señor! Aquí está, listo». Querían olvidar su eficacia. Ellos estaban ahí para olvidar a las mujeres que en su vida adquirieron alguna notable, escasa importancia: una novia, una amante, una puta hecha de todas las putas, de todas sus putas. Ellos estaban ahí para olvidar a su mujer, la piel tantas veces cercana, el olor de las sábanas. Ellos estaban allí para tratar de olvidar los recuerdos y el porvenir.

Tú y yo estábamos para recordar todo: cada beso, cada caricia, cada mirada. Tú y yo, Susana, estábamos allí para ilusionarnos y transfigurar cada imagen elaborada en ese bar, o en tu casa, o en cualquier sitio. ¿Y no recuerdas que ellos también buscaban enternecerse escuchando la sinfonola? Pero preferían beber, beber aprisa, beber cuanto antes el número suficiente de copas y salir hacia cualquier parte donde pasar la noche, donde olvidarla. No había suma o resta respecto a otras noches.

Andy Williams, Stan Getz, Miles Davis: las primeras noches, cuando aún no entraba a tu departamento, las tres primeras noches, después de despedirnos, caminaba en cualquier dirección, tratando de no llegar a mi hotel, y oía dentro de mi cabeza las voces, la música, el tintineo de la campanilla, y entonces buscaba un bar...

Susana, esta noche estás adorable. Preciosa, bellísima esta noche. Más hermosa que las otras noches, Susana; Susana, Susana...

Las otras noches te deseaba, pero ahora sólo quiero verte, pareces volar, flotar de tan ligera, Susana. Te amo, esta noche te amo, esta noche. Te amo...

Te apoyaba con mis brazos. Acercabas tu mejilla a la mía: ardía leve, lentamente.

Nuestros cuerpos silenciosamente se amaban mientras bailábamos. Y entonces queríamos estar juntos para siempre, bailando, Susana, cruzando límites. Siempre nos gustaba pensar que el encuentro era por primera vez. Y no eran necesarias las palabras. Cuando ya habíamos bebido algunas copas de whisky, nuestras miradas se buscaban, permanecían fijas un instante, sondeando como los faros buscadores de barcos naufragos. Siempre, Susana, vuelvo a las horas que pasábamos allí, bebiendo y fumando, bailando y bebiendo. ¿Recuerdas la ternura que nos comunicaba la voz suave y solitaria del sax de Stan Getz? Pero luego, nuestros ojos buscaban la salida, o tal vez las puertas del baño. El sax continuaba estremeciéndose solo. Y acercabas tus labios y me besabas: esta noche debemos amarnos más, no importa si nos amamos con violencia, con furia, pero debemos amarnos más...

Un silencio que de tan breve parecía destruir todo. De repente nuestras miradas se desentrelazaban, pero permanecían fijas sin comunicar nada, impotentes sin dar nada. Me siento sola, decías casi murmurando las palabras. La voz del sax moría. Yo te besaba en señal de solidaridad y reencuentro.

Todas las fiestas nos sugerían la posibilidad de amarnos olvidando al mundo, que apenas percibíamos en los colores rojos y azules de la penumbra parpadeante. En esos momentos, la felicidad venía a nosotros gratuitamente. Nuestros suspiros se entremezclaban como las luces de colores. Andy Williams cantaba, su voz oculta debajo de un sillón. Las otras parejas se murmuraban palabras, besándose. Siempre mirándose.

Salíamos a la terraza a sentir el viento fresco. El calor nocturno lentamente abrazaba nuestros cuerpos. Bebíamos whisky. Más whisky.

Desde la terraza veíamos las calles, las casas, los postes de luz, los árboles entre la noche. Una carpa de circo agujereada parecía el cielo. Había una sensación de libertad entre nosotros, dentro de nosotros. Una libertad condicionada por el amor. Y después de cada fiesta nos deseábamos. Después de nuestras fiestas íntimas en el bar. Nos amábamos en la noche, hasta las siete de la mañana, hora en que te ibas para volver la próxima noche. Tu regreso derribaba las dudas que absurdamente elaboraba en tu ausencia.

La noche llegaba: luz indirecta roja, anaranjada, chisporroteante en la casi oscuridad del bar: nuestro bar, donde llegaban hombres y mujeres solos a pedir la bebida oficial de tu país: *gin on the rocks*. También había parejas que parecían estar construyendo su futuro día a día, su presente, como los niños que edifican fortalezas de cubos multicolores para después derrumbarlas. En la penumbra sus rostros se transformaban, adquirían características fantásticas en su incesante transformación, parecían estar viviendo frente a nosotros su pasado y su futuro, pero también su intemporalidad.

Antes de que tú llegaras, Ray Charles, Johnny Ray y Stan Getz, las copas de whisky, el zumbido de los motores afuera, la monotonía de las voces a mi alrededor me habían orillado ya a aborrecer al bartender siempre sonriente, las risitas mustias

de las mujeres, su mínimo movimiento de manos, la voz llorosa de la cantante. Parecía estar agonizando bajo la barra, ebria y solitaria, pidiendo ayuda, sin querer morir, luego renaciendo. Pero era sólo un sonido perdiéndose entre los otros. Todas las palabras llegaban a mí dispersas, incomprensibles, como si aún no existieran y todos estuvieran a punto de descubrirlas a través del ruido. Me herían el cerebro como alfileres.

No soportaba esas voces que, confundidas, sólo eran ruido. No soportaba el mundo, Susana, con tanta soledad en un bar. Todas las noches dudaba de que tú llegaras. No sé por qué temía. Un pensamiento giraba, giraba, una sensación intensificando los latidos de mi corazón: no vendrá, no vendrá. No vendrá esta noche.

Al fin venías. Bajo las luces ocultas, tus cabellos brillaban, rejuvenecías. Tus ojos brillaban, Susana: podían ser los soles para la gente del bar. En ti no había secretos. Y me decías: te amo, no te olvido. Te acercabas, apareciendo y desapareciendo en las luces y en las sombras. Al llegar, la luz de la vela te descubría. Entonces pensaba que mis ojos volvían a inventarte.

Bailábamos con suavidad. Íbamos a nuestra mesa a beber. Y casi siempre permanecíamos hasta las tres de la mañana sin usar palabras para comunicarnos. No teníamos nada que confirmar. Durante dos semanas tuvimos las horas suficientes para amar tierna, apasionada, y, escucha, Susana: sinceramente. Recuérdame, Susana... Yo pienso en ti, te amo, te quiero, me decías. Y luego: contigo no me siento sola, trataré de no olvidarte. Y yo: te prometo no olvidarte. Y tú: te prometo no olvidarte. Pactamos no escribirnos cartas.

(Esas palabras, como todas nuestras palabras, como la música de Stan Getz y las canciones de Andy Williams, buscaban desde entonces un lugar fuera del bar y las luces rojas y anaranjadas. Buscaban permanecer como trozos, señales, signos de nuestra vida, fuera del bar, en la noche, en aquel lugar secreto del mar, la selva, el bosque, fuera del bar donde nos encontramos.)

Entonces no nos sentíamos vacíos ni desolados. El whisky nos reintegraba a un mundo joven y feliz. Un mundo para los dos, resuelto y revelado por la fuga del tiempo que nos obsequiaba la borrachera: resurrección y muerte de recuerdos, la nada, la inmensidad, la vida, la inmensidad, la inmortalidad instantánea en nuestras vidas.

¿Te conocí en el bar, Susana? ¿En la calle? ¿Dónde te conocí, Susana? ¿Cuándo fue? ¿Hace cuánto tiempo?

Un año. En el primer mes del año. En enero. Desde entonces te busco en mi memoria, incapaz de rehacer los recuerdos de todas las cosas que vivíamos diariamente. Trato de evocarlos y se vuelven como complicadas ecuaciones sin resolución. Cualquier esfuerzo es inútil. A veces se limitan a formar un solo recuerdo, pero después, como rompecabezas volcado, se dispersan y ninguno queda unido a otro... A veces pienso que te estoy inventando, que eres como los fantasmas que veía de niño caminando entre la oscuridad...

Susana, me pregunto si ahora te amo, si te amé. Me obsesiona saberlo ahora porque todos los recuerdos, todos nuestros instantes se caen: como frutas podridas. ¿Te amé, Susana? La respuesta se esconde en su silencio. Todo se calma en un vacío y pienso sinceramente en ti. No te olvido, no te olvido. Estamos lejos.

Caminamos por la calle despejada de ruido y de gente: monotonía vencida. ¿Qué hora es? Dos y media, me dices. Ya es otro día. Debemos sumarlo a los de atrás. El espacio, poco a poco, se pinta de un color sepia. La luz neón, como tiras brillantes sobre el agua, salta y se desliza sobre el asfalto y la banqueta donde caminamos seguidos de nuestras sombras y de las siluetas dibujadas en el pasto. Así iniciamos los nuevos días, Susana.

Dirás que piensas casarte, que tendrás una casa, hijos. Dirás que serás feliz. Dirás que mereces esto en la vida. ¿Que lo mereciste?

Y caminaremos todas las noches durante dos semanas, hablando del futuro, imaginándolo, inventándolo. Nuestro brillante futuro. Seremos ricos, famosos, gente de éxito. ¿Acaso no tenemos esa oportunidad? Tenemos dinero para divertirnos todas las noches. Yo tengo tiempo para terminar mi carrera. Tú tienes tiempo para hallar un hombre que te dé una vida espléndida, eres bella. Todo puede ser extraordinariamente sencillo. Lo tenemos todo.

Susana, ¿así nos tenemos que amar? Amarnos durante dos semanas todos los días y luego olvidarnos, olvidarnos como se olvida una cita poco importante. Olvidarnos.

Somos jóvenes. Nos deseamos. Podemos deseamos siempre. A todas horas, en todo instante, una y otra vez sin conocer el cansancio, el tedio, la aceptación forzosa. En un momento nuevas sensaciones se revelan en cada uno de nosotros. ¿No es verdad, Susana? ¿No es verdad? Aunque sea durante dos semanas. Dos semanas del mes de enero. Vamos a separarnos. Nos alejaremos. Vendrá el olvido como los meses. Y todo terminará cuando la rueda de la fortuna vaya deteniéndose en la última vuelta. Todo se irá. Iremos olvidando, Susana.

Tu casa quedaba cerca del bar. En silencio caminábamos hacia ella. Íbamos abrazados, con nuestras cabezas una contra la otra. Nos rozaba el viento frío. Uno que otro borracho se cruzaba en nuestro camino. Íbamos pensando en que haríamos el amor una noche más. Una noche larga. Llegábamos a tu casa. Bebíamos los últimos tragos de esa noche. Nos acostábamos. Besaba tus pechos, acariciaba tus cabellos y tu cara, recorría tu cuerpo con mis manos. Te decía te amo, te amo. Tu cuerpo se amoldaba al mío.

El día llegaba. Un amanecer de colores inciertos. Un amanecer que no queríamos aceptar porque tal vez sería el principio del último día. ¿Fuimos felices?

No, Susana, no lo fuimos. Todo fue un accidente. Una aventura que le ocurre a cualquiera en algún momento de su vida. Y para mí lo importante fue conocerte ahora que soy joven. Porque cualquier otro te hubiera conocido y hubiera sucedido lo mismo. Otro que hubiera llegado antes que yo al bar y te hubiera invitado a una copa.

Otra hubiera ocupado tu lugar y hubiera aceptado beber una copa conmigo. No quería que habláramos, Susana, no quería porque no quería saber nada de ti. Y tú lo aceptaste y luego me dijiste que no tenías que hablarme nada de ti, que así era mejor. Luego me lo agradeciste. Yo tampoco quería hablar de mí. Hiciste bien en decir que inventáramos el futuro, porque hubieras vivido con otro las mismas horas, los quince días justos, y hubieras repetido las mismas palabras y él las mías. Yo por mi parte habría *amado* a otra. Los bares están llenos de mujeres solas. De seguro no se llamaría Susana. Los recuerdos no llevarían la etiqueta de tu nombre. Los nombraría Patricia, Carolina, Mierda, lo que sea: caras distintas, cuerpos distintos. Al fin lo mismo. Recuerdos casi sin diferencia. Esto, Susana, es lo triste.

A las putas podía darles tu nombre. Identificarlas contigo. Recordarte en ellas. Estar acostado con ellas y sentir el mismo placer que sentí cuando amaba tus brazos y tus piernas, tu vientre y tu sexo. Decir las mismas palabras: abre las piernas, Susana, apriétame Susana, abrázame Susana. Es muy sencillo acercarte a una puta. Fácilmente te puedo olvidar. De un golpe puedo olvidar las imágenes construidas durante esas dos semanas. Puedo llegar a la conclusión de que no te amé. Pero el olvido aún está lejano.

La última noche, como de costumbre, habíamos regresado del bar. Esa noche — que cerraba el ciclo de esos días— fuimos a tu casa antes de las doce. Dijiste que habías preparado la fiesta de despedida, que escucharíamos discos y que beberíamos. Esa noche deseabas la quietud compartida sólo conmigo. No como las otras noches, cuando hasta las tres de la mañana culminábamos nuestra separación de la gente. Querías estar tranquila. Había flores y olía a perfume.

Te pusiste una bata azul, transparente. Abriste la botella de whisky que habías comprado especialmente para esa noche y preparaste las primeras copas de *scotch on the rocks*. Escuchamos un disco de Joan Báez. Hasta esa noche lo escuchaste por primera vez. Así estuvimos, tranquilos, sólo bebiendo, durante un rato muy largo.

*And you are not here my love  
and you are not  
you are not here my lover*

Fuiste a la recámara y trajiste una fotografía. Eras tú de niña.

*Oh the crow that is so black my love  
will change his color white;  
if ever I should do false to you  
the day will turn to night*

La voz lejana y soñolienta se apagó, dejando el rumor de la aguja. Te dije que pusieras el disco de Getz que te había regalado. Era la música de fondo ideal para nuestra última noche de hacer el amor. Hincarme para recorrerte desde los pies. Ir

besando tus piernas hasta llegar a tu sexo. Y luego tu vientre hasta tus senos, suavemente. Suavemente hasta llegar a tus labios y entonces decirte: te amo, te amo, Susana. Entrecerrabas los ojos y suspirabas. No sé si estoy enamorada, sé que te amo. Bésame, bésame, no dejes de besarme. El sax, el piano, la batería parecían estar lejanos con sus notas, sus acordes. La música parecía venir de la calle, de un lugar lejano.

Nos acabamos la botella de whisky. Poco a poco desnudé tu cuerpo en la cama, olías a perfume. Nos besamos largamente. Mis besos recorrían tu piel y mis dedos te recorrían tratando de impregnarse del perfume de tu cuerpo. Nos amamos sin conocer la calma o el cansancio. Esa noche, mi amor, fuimos más tiernos, como para no olvidar.

Pero en vez de amamos así, en vez de amarte así, te hubiera deseado distinta, como las otras noches. Un vestido de terciopelo rojo te hubiera quedado mejor que la bata azul. Un vestido con escote vulgar, para que tus senos ofrecieran, prometieran, como una puta que cree que son el anzuelo para llevar a sus clientes a la cama, y por tanto se siente orgullosa. Hubieras embarrado tu rostro de cosméticos. Te hubiera amado como se ama a las putas de los burdeles caros. Te hubiera exigido el comportamiento de una puta. Y al final te hubiera pagado tus servicios. Y te hubiera pagado como a ninguna.

Perdóname. Perdóname. Todas las noches batallo con estos pensamientos. He tratado de vencerlos. Confabulan pesadillas. Al final de ellas, ya que ha llegado la calma, te pido perdón. Me siento solo, y te siento más ausente, más distante. Susana, estás tan lejos. Te extraño. Aún no te olvido. Aún no.

*A Ella: una aparición nervaliana  
a las siete de la mañana  
leyendo «The Black Book» de  
Lawrence Durrel... Ella entiende.*

# El encuentro

## 19th Nervous Breakdown

Eres el tipo de persona que uno encuentra en ciertos rolaqueos deprimentes y vacíos.

Centro de mucha gente, hablando muy fuerte, corriendo arriba y abajo por la escalera.

Bueno, me parece que has visto demasiado en muy pocos años.

Y aunque has tratado no puedes ocultar que tus ojos están bordeados de lágrimas.

Cuando eras niña te trataron bien. Pero nunca fuiste bien educada.

Fuiste echada a perder con miles de juguetes, pero todavía llorabas toda la noche.

Tu madre que no te tomó en cuenta, debe un millón de dólares de impuesto.

Y tu padre todavía está perfeccionando modos de fabricar techos de cera.

Estabas aún en la escuela cuando tenías al imbécil ese que verdaderamente hizo bolas tu mente.

Y después de eso ya no trataste bien a la gente.

En nuestro primer viaje traté muy duro de reparar tu mente.

Pero después de un tiempo me di cuenta que tú descomponías la mía.

Debes parar, mirar alrededor. Aquí viene, aquí viene tu decimonoveno colapso nervioso.

Oh, quién tiene la culpa, esa chava está solamente loca.

Nada de lo que haga parece resultar.

Parece hacer peor las cosas. Por favor. Aquí viene...

—The Rolling Stones

Alejandro sacó el coche del garage. Lo estacionó a la orilla de la calle. Esperó un rato largo a que su mamá saliera. El sol parecía atrapado entre las ramas de un árbol. En la calle, pocos ruidos. Una sirvienta regaba el pasto. Alejandro encendió un cigarro. Su mamá abrió la portezuela y entró seguida de la sirvienta.

—Vámonos... Tengo prisa —dijo su mamá.

Alejandro encendió el motor. El coche avanzaba lentamente.

—¡Más aprisa, Alex! ¡Luego tengo que ir al salón! ¡Hoy es la cena de la generación de abogados de tu padre! ¡Para!

Frenó.

—¡Señora Paty... suba!

La señora se acercó, cargando a su hijo.

—¿A dónde va?

—Voy al doctor...

—Suba señora, la llevamos...

—No se moleste, señora, muchas gracias, de veras.

—No es molestia, señora, suba.

La señora se acercó, cargando a su hijo.

—¡Qué bonito está su niño! ¿Cómo ha estado?

—Bien, señora, ¿y usted?

—Pues así, ya sabe usted. ¿Por qué no ha ido a las reuniones?

—Es que han sido cuando mi esposo está en México... es aviador.

—Con mis nervios, ya me hubiera muerto o vuelto loca; es muy peligroso, y para una esposa... No ha de poder dormir, ¿verdad?

—Se acostumbra una...

—Debe ser difícil...

—No crea, es como todo...

—Tiene usted razón.

Alejandro dejó a su mamá y a la sirvienta en el supermercado. Y luego, a dejar a la señora Patricia al doctor. La señora se había quedado en el asiento de atrás, como si fuera La Señora, y él el chofer. Vieja babosa, descortés. Estaba bonita. Joven. Se hubiera pasado adelante, junto a él. Bueno, a lo mejor no se pasó adelante por precaución, era una mujer casada. Mujer casada, mujer con experiencia. Y esta señora se veía que le gustaba el sexo, sus ojos lanzaban sexo, pedían sexo a gritos. Patricia te invito a tomar un café, ¿quieres? No, así no. Señora, no veo nada de malo en que yo la invite a tomar un café, ¿acepta? Nada perdería. No, a lo mejor lo rechazaba. O a lo mejor era una señora decente y le hablaba por teléfono a su mamá: señora, su hijo... Sí, tenía que decirle algo, una flor. Nada perdería.

—¿Fuma usted?

—No, gracias.

Alejandro encendió un cigarro. Aspiró el humo. Patricia indiferente. Tal vez sólo aparentaba. Tal vez ya tenía un amante. Una señora su amante, una experiencia

nueva, peligrosa. El esposo entrando a la recámara en el momento en que hacían el amor. Celos, balazos. Esposa infiel asesinada a balazos por celoso marido engañado. Una señora su amante, lo máximo. Hacer el amor. Eso sí sería hacer el amor, acostarse porque se desea a alguien, y no pagar.

—¿No fuma?

—Casi no... De vez en cuando, cuando estoy nerviosa.

Un silencio largo. Patricia no continuaba la conversación. No tenía interés en él. Bueno, ocultar su interés era lo más natural. Debía actuar rápido. ¿Si fracasaba? No perdería nada, nada.

—Allí, por favor —dijo Patricia—, donde está el coche rojo. Por favor. — Alejandro detuvo el coche y se llevó la mano a la cabeza. Tiró el cigarro. La señora abrió la portezuela. Alejandro se dio vuelta. La señora le tendió la mano para despedirse.

—Señora... la invito a tomar un café... ¿sí? No ahora, cuando pueda, cuando usted quiera.

Alejandro jugueteaba con las manos del niño. Miró a Patricia. Ella rehuyó el encuentro de sus miradas. Para qué se lo había dicho.

—Bueno...

—¿Qué día? Cuando quiera —dijo fingiendo serenidad.

—Te doy mi teléfono.

Le dio el número. Agregó:

—Me hablas y te digo...

—Okey, chao.

—Adiós.

La señora Patricia cruzó la calle y entró a un edificio con su hijo entre los brazos.

Alejandro descolgó la bocina y marcó con lentitud el número. «Casa de la familia Díaz González», respondió la sirvienta.

—¿No está Octavio?

—Orita le hablo, ¿de parte de quién? A ver si está.

—De Alejandro.

—Sí, joven, voy a ver.

Alejandro estaba acostado en la cama, con la vista en una fotografía a colores de una mujer desnuda: cubriéndose con una toalla el sexo, el vientre, el sexo.

—Aló...

—Te he estado llamando toda la tarde.

—No creo.

—Necesito un consejo.

—¿De qué onda?

—Acabo de conocer a una señora y como tú has andado con señoras.

—Ando, viejo, ando.

—Okey, pero dime la onda.

—¿Cómo es?

—La señora.

—En qué sentido.

—Sí, físicamente.

—¿Por qué?

—No vaya a ser la mía.

—¡No mames! ¿Cómo le hago? Vamos a ir a tomar un café y pues... no sé cómo tratarla, no es lo mismo que tratar a una niña.

—Seguro, la onda es otra. ¿De qué clase es?

—¿Cómo?

—Digo, peladona, decente, ¿dónde vive? Hay de señoras a señoras.

—Es de... la Nápoles.

—A ver... Nápoles, clase media acomodada, educada en escuela de monjas, sabe algo de psicología y tiene muchas frustraciones sexuales, tanto que aceptó ir a tomar un café contigo. La libido muy reprimida. ¿Qué es su esposo?

—Es aviador.

—La onda es más fácil. Viaja mucho. Y ella... Lo que le hace falta es mucho sexo, viejo, mucho sexo. Nada menos que sexo; tú eres joven y en ti ve el vigor que desearía de su esposo. Y como el esposo es aviador, pues, las aeromozas son bien putas y a los aviadores nunca les hace falta carne, ¿me entiendes?

—Sí, sí, pero ¿cómo la trato?

—¿Cuántos años tiene?

—No sé, como veintitantos... algo así.

—Bueno viejo, la onda es más fácil. Si ella es joven y acepta salir contigo, es que quiere pelea. Pero debes de actuar muy frío. No demostrarle mucho interés, porque además de sexo quiere la aventura. ¿Me entiendes? Debes demostrarle que te necesita, como si tú le hicieras un favor, ¿me entiendes? Si va a salir contigo es que hay algo en ella de romanticismo, y en ti lo proyecta. Trátala como si fuera una adolescente. Llévala a una nevería. Que viva tu mundo. A las señoras les gusta el sexo, pero con emoción, ¿me entiendes?

—Sí.

—Ve vestido muy juvenil, a go go. La llevas a un parque. Luego le mandas flores. Las mujeres son mujeres y siempre les gusta todo esto, aunque tengan mil años. Le mandas rosas rojas, es la base. Con una dedicatoria muy británica. Por Dios que te la coges en menos de dos días.

—Okey.

—Háblame... vas a ver que no falla, lo comprueban veinte señoras que han engañado a sus maridos en la cama con un servidor.

—Hecho.

La señora llegó al lugar de la cita y subió al coche. Sonrió.

—Llegué puntual —dijo.

—Sí.

Avenida Universidad. Ella mirando la calle.

—¿Vamos a un café o a un drive-inn?

—Como quieras.

—No, como usted quiera.

—Háblame de tú...

—Como quiera-s...

—Tú vas manejando. Eres el hombre.

—¿No te molesta si paso antes a comprar un disco? Mi hermana me lo encargó.

—No.

Patricia respondía forzosamente, como si estuviera molesta. Pero, había venido y no tenía por qué estar molesta. Después de comprar el disco, iría a un drive-inn. Y allí, cuando menos lo esperara: Patricia tengo ganas de estar solo contigo. Yo también. Y luego al motel.

—¿Le gusta... Te gusta la música moderna?

—Sí, algo.

La señora lo había dicho con indiferencia. Pero ¿por qué estaba así? Llegó al lugar de la cita y parecía alegre. Muy dispuesta a iniciar la relación amorosa.

—Bueno, a mí no mucho. Mi hermana se la pasa todo el día oyendo música moderna. Casi todo el dinero que le dan mis papás se lo gasta en discos. No te molesta que vaya a comprar el disco, ¿verdad?

—No.

—¿Quieres un cigarro?

—No.

—¿No estás nerviosa?

—No.

Había sido un baboso. Pero ¿qué le decía? Pues debía ser audaz: Patricia, para qué nos andamos con rodeos. ¡Carajo! Necesitaba frialdad, y la maldita frialdad no le llegaba. ¿Cómo tratarla? ¿Cómo saber si Patricia quería hacer el amor con él?

Entraron a la discoteca.

*Love, love me do  
you know I love you...*

Unas muchachas escogían discos. Comentaban entusiasmadas. Alejandro le pidió unos discos a la empleada. Patricia se distraía viendo portadas en un estante: «Everybody Needs Somebody To Love» de Dean Martin, «December's Children» de los Rolling Stones, «Recuerdos de Ipacarái» de los Hermanos Silva, «Tú me

acostumbraste y Otros Grandes Éxitos de la Incomparable Olga Guillot». Las muchachas lo miraban. Alejandro se sintió molesto. Fue hasta Patricia.

—Ya. Tome, se lo regalo —dijo en voz baja, y agregó—: La canción es muy padre. Se llama: *Yiu los dat lobin filin*.

—¿Qué?

—Algo así como Tú eres ese bello sentimiento de amor. Es muy padre. Te va a gustar.

—Gracias.

Patricia tomó el disco. Rió.

Había sido un imbécil. La señora se había aburrido. De seguro quería acción y él no se la había dado. Al contrario, todo su comportamiento fue torpe. Hubiera ido directamente a un drive-inn y allí besarla, sin decirle nada, para que se emocionara. Pero no, había actuado como un perfecto idiota. Cuando salieron, las muchachas lo miraban. Y él, hecho un idiota. Ante ellas, hubiera tomado del brazo a Patricia. Esto le hubiera gustado mucho. Hubiera roto el hielo que sentía entre ambos.

—A la próxima me bajo —dijo Patricia.

—Sí... —dijo con desaliento.

Frenó.

—Bueno, este, ¿cómo te llamas? Se me olvidó tu nombre.

—Le... Ya te lo dije. Alejandro.

—Bueno, Alejandro. Adiós. Gracias por el paseo.

—De nada. Te aburriste, ¿no es cierto?

—No.

—Creo que sí. ¿La voy a ver otra vez?

—No sé... si tengo tiempo...

—Quiero verla.

—Soy casada... ya es tarde, adiós.

—¿Te puedo volver a ver?

—Háblame por teléfono. Adiós.

—Hasta luego, Patricia.

—Hasta luego.

Bajó del coche, cerró la portezuela. Caminó. Alejandro la vio alejarse y dar vuelta en la esquina. Patricia olvidó el disco que le había regalado.

La iglesia parecía un circo abandonado: las carpas medio derrumbadas por el tiempo y el viento. Patricia estaba enfrente. Vio la hora en su reloj: cinco y cuarto. Hizo una mueca de disgusto. Caminó. Miró las puntas polvosas de los zapatos. De su bolsa sacó un pañuelo y los limpió. La calle sin gente, las casas en silencio. Cinco minutos antes de la hora de la cita, decidió ir. Estaba viendo una aburrida telenovela. Se cambió aprisa de vestido, se arregló un poco el cabello, se pintó los labios. Y salió,

diciendo a la sirvienta que iba de compras. Alejandro no llegaba, lo esperaría otro rato. Abrió la bolsa y sacó unos lentes oscuros, se los puso. Tres años con Alfonso, tres años que parecían mucho, mucho tiempo.

Anillo periférico: muros grises pasando en sentido contrario. Coches corriendo, caras inexpresivas. Tras los muros, tras las rejas, calles sucias. En las azoteas de los edificios, ropa tendida. Ruido de motores. La montaña rusa como el esqueleto de un edificio en construcción. Patricia fumaba. Mucho tiempo. Y su vida, su vida igual.

—No vayas tan rápido —dijo.

La miró: los ojos tras los lentes oscuros, inmóvil.

—No voy muy aprisa.

—Pues no vayas aprisa. Vas aprisa.

Disminuyó la velocidad.

—Se me hizo tarde, perdóname.

—No tengas cuidado.

—Tenía un examen.

—Ah.

—¿Te gusta salir conmigo?

—Estoy contigo.

—No sé, es que a veces, como si no te importara, no sé, eres muy rara.

—¿Rara?

—Sí, digo, como si no te gustara estar conmigo, no sé...

—¿Y qué tal te fue en el examen?

—Bien, bien. ¿Qué piensas de mí?

—Nada.

—Digo, yo pienso que me gustas. Terminé con mi novia.

—Tienes novia...

—Tenía. Pero tenía que elegir entre tú y ella. Tú ganaste. En serio, pienso mucho en ti.

—Y, ¿qué piensas?

—No sé, muchas cosas, que me gustas.

En la cafetería del lago, estaban sentados en una mesa del exterior. Patricia miraba el agua verdosa del lago que parecía un pantano. Unos patos graznaban.

—Patricia...

Patricia lo miró.

—Quiero decirte algo; no creas que no te tomo en serio. Y te quiero.

Patricia no contestó.

—¿No te importa, no te interesa?

—¿Qué? —respondió Patricia como si despertara de un sueño.

—Que te quiera.

—Sí.

—¿Crees que soy un niño o algo así?

—No.

—No sé, eso pienso. Me gustas, no estoy jugando.

—Yo tampoco estoy jugando.

Se sintió ridícula, oprimida.

—Vámonos.

—¿Por qué?

—Me siento mal.

—Te necesito.

—Sí, pero vámonos, vámonos.

Los pianos de Ferrante y Teicher en el tocadiscos: «María». Esther, a su lado. Patricia, con lentes oscuros caminando hacia el coche. ¿Por qué lo trataba así? ¿Por qué salía? Él tenía ganas de hacer el amor, pero ella lo evitaba con su manera de ser. Parecía indecisa, como si tuviera miedo... ¿de qué? ¡De qué!

—¿Vamos a ir el sábado a la fiesta de mi prima? ¿Sí, gordo?

—Sí, sí.

—¿Qué tienes?

—Nada. ¿Por qué?

—Parece que estás ido.

—No. Es que pensaba en el examen que tuve...

—¿Por qué? ¿Cómo te fue?

—Bien. Pero, pues siempre se preocupa uno.

—¿A que ni sabes quién se casó?

—¿Quién?

—Una de mi salón... salió en el periódico. Fue una sorpresa, nunca nos dijo nada. Estoy segura que la casaron. Vas a ver qué vestido tan bonito voy a llevar a la fiesta.

Patricia subiendo al coche. Esther presentándolo a sus amigas: mi novio, mucho gusto, hacen buena pareja. ¿Cuándo se casan?

La mujer desnuda de la fotografía a colores, joven como Patricia.

Esther, su novia, tal vez luego su esposa. Un año de novios. Hija de un médico con clínica particular, simpática. Los pianos de Ferrante y Teicher en la parte más apasionada de «María». Patricia, ¿por qué te busco? ¿Por qué me buscas tú? Nos deseamos, pero... soy un cobarde, un imbécil que no te sé tratar. Pero, Patricia estaba casada. Se sabría en la calle. Se haría el escándalo. El esposo lo asesinaría. ¿Y?

Patricia fingía escuchar la conversación de las otras señoras. La sirvienta —de vestido azul, moños blancos en las trenzas y mandil blanco— dejó la charola de plata con cocteles sobre la mesa de centro, entre figuras de porcelana y dos floreros de cristal cortado. Patricia tomó una copa y bebió un pequeño sorbo. Se distrajo viendo la pintura que estaba sobre la chimenea de mármol: un bosque espeso, un sol desparramándose en un cielo azul pastel, de fondo el pico de una montaña, casas de

madera en un valle. Vivir ahí, lejos de la ciudad, lejos de la gente. El lugar ideal para los amantes Para poder amar. Si Horacio viviera aún. Él la amaba. La amó desde niña. Paseaba con Horacio en bicicleta.

La señora Sara se acercó al grupo de señoras con un coctel en la mano.

—Si se les ofrece algo, ya saben, con confianza pidan lo que quieran. Ora me tocó a mí y ni modo —terminó diciendo en broma.

Darse a quien es capaz de amar sin miedo. Y amar sin miedo. Hacer el amor con amor. Alfonso era el hombre que el destino había llevado a vivir frente a su casa, para casarse con ella. Ella lo veía desde su ventana. Él la vio en la calle, caminando, la acompañó al estancillo. A los tres meses se hicieron novios. Tres meses más y se casaron. Pero él nunca había hecho nada para que lo amara. Era bueno, cumplido, y como todo marido, infiel de vez en cuando.

—Tú siempre tan perspicaz —dijo la señora Elena.

La señora se sentó al lado de Patricia.

—¡Qué vestido tan divino! —le dijo—. Ha de ser carísimo... ¿No es mexicano, verdad? —preguntó astutamente.

—No —y continuó con extraña vanidad—. Me lo compró mi marido en Los Ángeles.

—Dichosa usted que tiene un marido... ¿aviador?

—Sí, señora —respondió Patricia sonriendo mecánicamente.

—Ha de ser peligroso —terció la señora Rosa María.

—¿Qué? —pregunto la señora Sara un poco molesta por la interrupción de la otra; disimuló.

—Ser aviador, y ha de ser terrible ser esposa de un aviador, con lo nerviosa que soy no podría vivir nunca tranquila... —dijo, y agregó dirigiéndose a Patricia—: ¿No cree usted?

—No crea usted, a todo nos acostumbramos —respondió Patricia sonriendo.

—Claro —dijo la señora Sara con vaga malicia, lanzando una mirada de aprobación a Patricia. Continuó ignorando a la señora Rosa María sutilmente—. Pues sí, le decía, qué dichosa usted. ¿No cree, Rosita? Yo tengo que esperar a que Alejandro tenga vacaciones para ir a los Estados Unidos de compras... Este vestido me lo compré allí... Usted tiene la ventaja...

—Bueno, por ese lado sí —dijo la señora Rosa María.

—¿Cuántos años tiene de casada? —le preguntó la señora Raquel a Patricia.

—Tres, ¿y usted?

—Háblame de tú, con confianza.

Patricia se sintió ridícula entre señoras que le llevaban más de diez o veinte años, y extraña de asumir su situación de señora. Su vista en la pintura: allí en ésa podría estar la felicidad, el conocimiento de sí misma. Vivir con Alejandro en un lugar apartado. Pero, no sentía nada, no sentía nada.

—Yo siempre lo he dicho, el hombre que viva, si no... —oyó a la señora Raquel.

—Tienes razón, Raquel. Mi Pablo ya se quiere casar. Antes no andaba tan alborotado. Pero ahora está muy entusiasmado. En realidad no me preocupa mucho; ya terminó su carrera —la señora Rosa María remarcó la frase con un orgullo obvio—, ya tiene porvenir. Pero yo le he dicho que viva, que se divierta. Luego vienen los arrepentimientos. Yo le he dicho que lo piense antes de dar ese paso —la voz se le quebró levemente—. Le digo que es por su bien, pero ya ven cómo son los hijos, creen que una lo hace por egoísmo o no sé qué...

—Una busca la felicidad de ellos —dijo la señora Sara.

Patricia las observaba, y asintió mecánicamente. Ella llegaría a la edad de esas señoras y diría las mismas cosas, contaría los mismos problemas.

—¿No cree usted?

Patricia dijo que sí a la señora Sara.

Olía a perfume y a cigarro, las señoras estaban sentadas alrededor de la mesa de centro, en los largos canapés rojos, estilo francés, de la sala estilo francés, llena de objetos —figuras de porcelana, floreros, jarrones, columnas de mármol—, de todas partes del mundo. Patricia estaba aburrida, cansada de las conversaciones de las señoras.

Alejandro llegó con su hermana y su novia. La señora Sara se apresuró a darle su besito de bienvenida en la mejilla a la novia de Alejandro. Patricia sintió que el corazón le dio un vuelco; miró a Esther. Alguien dijo que Ana tocaba muy bonito el piano y que todas querían escucharla. Ana se hizo de rogar pero la convencieron con elogios. Empezó a tocar *La Marcha Turca* de Mozart. Alejandro había desaparecido. Las señoras fijaban la vista en el piano, la música, pasos. Miró a Alejandro ir hacia Esther, abrazarla. Alejandro no la miraba. Le dijo algo a su novia. Fueron hacia la cocina. La mirada de Patricia se encontró con la de la señora Sara.

—¿Cómo va el ataque con tu señora?

—Bien

—¿Ya te la cogiste?

—Ya.

—¿Cuándo?

—Desde el primer día.

—¿Y qué tal, eh?

—Lo máximo.

—Te lo dije, mi método no falla. Para la cama, no hay nada como las damas casadas, son unas fieras en la alcoba. Como ya conocen lo que es el sexo, pues... Y con el amante, hacen lo que no hacen con su esposo, ¿me entiendes? Quieren que las trates como si fueras un campeón del sexo. Ayer me ligué a una señora. Fui a su departamento, y luego, luego, se puso en negligé. Y me la cogí al instante. Deberías de haberla visto. Yo, estuve como nunca, hecho un inglés en la cama. Y ella,

papacito, no me hagas esto, no seas salvaje, eres un salvaje. Delirando de placer, viejo. No hay nada como las señoras. ¿O no?

—Sí, es lo máximo.

—Bueno, pues, nos vemos, estaba nervioso por saber lo de tu plan, por eso te hablé, felicidades. ¡Arriba el pecado!

—Sí.

—Bueno, viejito, te hablo otro día, si necesitas mis ondas, ya sabes, tengo una pomada buenísima, japonesa, para volverlas locas, locas, viejito. Bueno, te portas bien, nos vemos.

—Hecho.

Alejandro colgó el auricular. Descolgó y marcó el número de Patricia. Ocupado. Ocupado. No quería hablar con él. Le habló y ella le dijo que tenía que salir; antier.

Era mediodía. El sol relumbraba sobre el asfalto y parecía una moneda de plástico desvaneciéndose entre las nubes. El aire tibio. El pasto entre cemento, seco. Patricia escuchó un ruido de motor que se apagaba, luego el abrir y cerrar de una portezuela; pasos; una voz; siguió caminando. La voz se hizo clara:

—Señora, soy Alejandro...

Se detuvo, se dio vuelta, lo miró. Alejandro sonreía. Ella cambió la vista hacia nada.

—¿Cómo ha estado?

—Bien, ¿y tú?

—Mal. No puedo dormir de pensar en usted, digo, en ti.

Patricia se tocó un arete. Ya no quería verlo, salir con él... Él no era capaz de nada. Se acostarían y no pasaría nada, nada cambiaría en ella. Todo sería igual de ridículo que al principio.

—Es verdad, te veías bonita el día de la reunión. En serio he pensado en ti —dijo Alejandro con seguridad, pero como sin darle importancia a lo que decía.

Hubo una pausa. Patricia, como en otro lugar, en otro tiempo. ¿Por qué sentía miedo? Las piernas le temblaban. De pronto, dijo:

—¿Y qué has pensado?

—Pensé que te había caído mal.

Pero no había nada de parte de él que la impulsara a tomar una decisión, a olvidar que todo era como un juego. Un juego de ella.

—¿Por qué? —preguntó Patricia.

—Porque hablaba a tu casa y descolgaban el teléfono.

—Estaba descompuesto —dijo, tratando de que el tono de voz fuera neutro.

—No he dejado de pensar en ti. —Alejandro sentía un sudor frío por el cuerpo; se sintió cobarde de pronto... pero tenía que continuar, estaba seguro de que quería seguir saliendo con él, si no hoy no le hubiera hablado, lo hubiera rechazado rápido.

Y había algo decisivo, que le daba valor, fuerza: Patricia había ido a la reunión de su casa por él.

—Quise enviarte flores... Lo hubiera hecho, pero creí que podía comprometerte...

Frases, eran frases vacías, cumplidos. Patricia sentía que algo en su interior ya no funcionaba, pero trataba de aferrarse a ese algo. Se encontró con la mirada fija de Alejandro.

—Hice un pastel, si quieres puedes ir a mi casa...

—Pues... este...

—Mi esposo no está en México.

—No gracias, de veras, es que...

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? ¿Yo? No. Ya sabes, la escuela. Pero, mañana, si quieres vamos a tomar un café. Mañana no tengo ninguna clase importante, y nos podemos ver a cualquier hora... Tengo muchas cosas que decirte.

Tras los árboles y el alambrado se veían fragmentos de casas que formaban una mancha multicolor, como de un rompecabezas incompleto. Los troncos de los árboles parecían de concreto, y el viento corría entre las ramas. El ruido lejano de un motor rompía el aparente aislamiento de esa parte del nuevo bosque de Chapultepec. Cerca de la cafetería al aire libre, unos niños subían y bajaban en una resbaladilla. La sirvienta que los cuidaba hacía plática con un vigilante del bosque. Patricia llevó lentamente el cigarro a su boca y fumó aspirando el humo sin fuerza. Ellos eran los únicos clientes de la cafetería. Tras la barra, la mesera escuchaba el radio: un trío cantaba un bolero. Alejandro compuso un sueño: él bajo la ventana de Patricia. El esposo con una ametralladora. ¡Fuego! Patricia, en *baby doll*, abrazándolo, él agonizando. Patricia recordó la única vez que su esposo le llevó serenata. Fue la noche anterior de que le pidiera que fuera su novia. Ésa había sido la única serenata de Alfonso, y la única de su vida.

Patricia parecía tranquila, como si ese día fuera capaz de aceptar cualquier cosa; pero él no sabía si portarse frío para que ella le insinuara algo o atacar directamente, abiertamente: Patricia, ya te he dicho que me gustas, te lo he dicho muchas veces, así que vamos a acostarnos, hoy. Sí, sí, tenía que decidirse porque ella no insinuaría nada, y parecía que siempre se burlaba de él, se divertía con su indecisión, como si fuera un conejillo de indias. Pero no se atrevía. No se atrevía, sabiendo que Patricia quería pelea. Pero es que Patricia nunca era sincera, no descubría sus sentimientos. Patricia lo miraba tras los lentes oscuros, como si se deleitara un poco cruelmente con el silencio, complacida por su indecisión y su confusión. Sería mejor ser cínico. ¿Qué le detenía? Es que la amaba. Sí, no. La deseaba. Frialdad. Frialdad.

—Patricia, Patricia —su voz lo traicionaba, sonó tranquila—. Creí que ya no

volveríamos a vernos... —esperó una respuesta que no vino, rebuscó unas palabras que siguieran el hilo de la conversación, el plan; palpó las bolsas del pantalón buscando la cajetilla de cigarrillos, la vio sobre la mesa. Miró a Patricia: inmóvil, como modelo de un comercial de televisión anunciando lentes oscuros...—. Me dio mucho gusto que haya... no sé qué decirte.

Patricia se obstinaba en su silencio: y él hecho un imbécil. Octavio, con todo y ser un adorno, sabía tratar a las casadas: lo había visto con una señora, abrazándola, caminando en la calle como si nada. Octavio le había dicho: no seas buey, dile que le vas a enseñar lo que es el placer. Pero no podía ser cínico. Algo contenía su decisión, la pinche audacia que no llegaba. Patricia como ausente.

—Siempre que sales conmigo te aburres —dijo Alejandro.

—No.

—¿Por qué no hablas? —llevó la taza a la boca y se humedeció los labios. Volvió la taza al plato.

—Veía el bosque...

El humo ascendió sobre la cara de Patricia; pareció desvanecer sus facciones.

—Patricia, ¿por qué sales conmigo?

—Porque... ¿por qué sales tú?

—¿Yo? Porque te quiero.

—¿Y quieres que sea tu novia?

—No, no. Te quiero de otra manera, diferente.

—Quieres ser mi amante, ¿no?

—No sé qué decirte. Sí, quiero ser tu amante. Por eso salgo contigo, pero no sólo quiero acostarme contigo.

—Entonces, ¿qué quieres?

—No sé, me gusta salir contigo. Pienso en ti. Es que no sé. Al principio, pensaba sólo en acostarme contigo. Porque eres una señora, por tener la experiencia. Pero ahora, no sé. Te estimo. Pero... tengo miedo, no sé de qué...

—¡Ya sé! De que te mate mi marido —dijo Patricia en broma.

Alejandro tomó las manos de Patricia entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Es que Esther ya no me importa. Ya no me importa mi novia. Pero tú... Tú nunca me dices nada.

—¿De qué?

—De lo que sea, algo, algo.

—Está bien.

—¿Qué?

—Lo que piensas.

—¿Sí?

—Sí.Quieres ser mi amante, que me acueste contigo, ¿no?

—Sí...

—Yo también.

—¿En serio?

—Sí, muy en serio... —dijo Patricia con voz de madre que le explica al hijo algo que éste no comprende.

—¿En serio?

—Sí, ¿y qué vamos a hacer?

—El amor —dijo Alejandro en voz suave.

Vio la cama perfectamente tendida, el tocador sin objetos, los burós con ceniceros que parecían no haber sido usados nunca, la lámpara de hierro forjado. El cuarto en penumbra, frío. En la ventana el reflejo pálido, momentáneo, de los faros de un coche. El ruido del motor apagándose. El silencio. Empezó a desvestirse sin mirar a Alejandro, su vista en la pared blanca.

—No, no apagues la luz —dijo Patricia.

—¿No?

—No.

Alejandro se acercó, le acarició los cabellos. La besó en la mejilla, los labios; ella inmóvil. No respondía a sus caricias. Sus manos recorriendo los pechos, el vientre, sin atreverse a ir al sexo. Patricia con los ojos cerrados. Sin abrazarlo. Un espasmo violento, solitario. Su cuerpo se relajó.

—¿Qué piensas? —preguntó Alejandro después de besarla.

—Nada —dijo en voz baja, casi inaudible; agregó—: Dame un cigarro.

Patricia fumaba, mordiendo la boquilla, sin apartarlo de su boca.

—Cincuenta, joven —dijo el hombre, la cara neutra.

Alejandro enrojeció:

—Ah sí, sí. —Buscó un billete, no lo encontró—. Yo traía. —Se palpó las bolsas de la camisa.

Ella rió imperceptiblemente, bajó la cabeza, su vista en la oscuridad. Se oyó el chasquido de su bolso, tomó un billete y lo deslizó por el asiento. Golpeó ligeramente la cadera de Alejandro, quien seguía buscando el billete. Vio a Patricia, sintió la mano, el roce del billete, dejó caer una mano sobre la de ella, tomó el billete, su mano sudaba.

—Yo traía, ah, ya lo encontré —dijo sonriendo estúpidamente—. Tome.

El hombre, sin decir nada, cogió el billete, guardó las manos en las bolsas de la chamarra. Dio vuelta, caminó, salió del garage. Patricia miró a Alejandro, fumaba. Oyó el correr de las cortinas de lona. El garage quedó semioscuro. Afuera el motor de un coche se encendió.

Abrir y cerrar de portezuelas, pasos. Silencio.

—¿Qué feo, no?

—¿Qué?

—Olvidé mi cartera...

—Ah.

—Hace cinco días que no nos vemos.

—Sí.

—¿Entramos?

—No.

—¿Por qué?

—Tenemos tiempo.

—Sí, sí. Pero te deseo. Y... no quiero que... perdamos el tiempo —dijo como bromeando.

—Estamos platicando —Patricia hizo una mueca.

—Pero ya te dije, te deseo —dijo en voz baja, tratando de besarle el cuello.

—¿Te gusta salir conmigo, hacer el amor?

—Sí, contigo es diferente.

—¿Diferente a qué?

—A... pues a como lo había hecho antes...

—¿Qué piensas de mí?

—Pues te deseo, te deseo mucho. Contigo todas las cosas son diferentes. Todo lo que hacemos es diferente. Ven, vamos a entrar.

Patricia hizo una mueca. Encendió el cigarro con el que jugueteaba.

—¿Me extrañaste?

—Sí, mucho, ven, vamos a entrar.

—Es que... no quiero...

—Entramos, nos acostamos y no hacemos nada.

—No, hoy no.

—Te acuestas, si es que te sientes mal.

—Es que, vamos a dejarnos de ver un tiempo y si te necesito te llamo y...

—¿Ya no quieres verme?

—No es eso, sí quiero verte. Pero, no sé, estoy confusa, creía que iba a ser distinto.

—¿Distinto a qué?

—No sé, no sé, te dije que estoy confusa.

—Quiero hacer el amor, Patricia.

—Pero yo no tengo ganas.

—Ven, te deseo, por favor.

La besó.

—No, otro día.

—Vamos... mi vida.

Un silencio largo. Alejandro golpeaba el volante con los dedos. Patricia fumaba.

Las fachadas, las azoteas desordenadas. Los coches avanzando lentamente. Los ruidos de los motores bajo el ruido del radio dentro del coche. Las paredes sucias del periférico. Un paso a desnivel, la semioscuridad. Había dejado de ver a Patricia por más de quince días. Tiempo que enfrió su entusiasmo, el deseo. Pero esa tarde, Patricia le habló por teléfono y le dijo que quería verlo.

—Me dio mucho gusto que me hablaras —dijo Alejandro.

—Qué bueno.

—Creí que ya me habías olvidado. Yo pensé mucho en ti.

—Yo también.

—¿Qué tienes, eh?

—Nada, nada.

—¿Qué tienes?

—¡Que yo no soy ninguna puta! —gritó.

—¿Qué?

—¡Lo que oíste!

—No te entiendo.

—Sal de aquí.

Fuera del periférico, Alejandro estacionó el coche en una calle.

—No entiendo nada.

—¡No seas hipócrita!

—¿De qué?

—De seguro, contaste todo.

—¿Yo?

—¡Sí, sí, tú!

—¿De qué?

—Pues tu mamacita me habló por teléfono, diciéndome que te dejara en paz.

—Yo no he dicho nada.

Alejandro pensó que era mejor fingir no saber nada. Era mejor, así ya todo quedaba arreglado, terminado el amasiato. Alguna señora le había dicho a su mamá y su mamá le había hablado a Patricia. De seguro, su mamá la había insultado y todo. A él le armó un tango de antología. Lloró, gritó, le llamó degenerado. Pero, al poco tiempo, volvió la normalidad a su casa. Y, ahora, todo quedaría arreglado con Patricia.

—Sí, lo dijiste, estoy segura.

Patricia abrió la portezuela, bajó.

—¡Ve a que te cuide tu madre! —dijo.

—Te juro no sé de qué me hablas.

—Has de estar feliz, ¿verdad? El niño ya vivió su aventura con una mujer casada.

—¿Para esto me hablaste?

Alejandro bajó.

—Sí, para esto... —dijo Patricia

En la radio: *there's no tenderness like before in your finger-tips...*

—Okey. Ya todo pasó. Cada quien por su camino.

—Sí. Pero, tienes que saber una cosa antes... estoy embarazada.

—¿Qué?

—Que estoy embarazada... Y no voy a tener ese hijo.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Tú estudias medicina...

—Sí, pero voy en primero.

—No importa, has de saber cómo se arregla esto.

*you've lost that lovin' feelin'... Ooooooh! That lovin' feelin'*

Alejandro descompuso la expresión de su cara; hizo un gesto entre estúpido y desconfiado que luego se volvió más estúpido, preocupado.

—Yo no sé nada, no me interesa. El problema es tuyo. En todo caso, tú quisiste...

—¿Yo? ¡No estoy loca!

—Si lo dices porque te habló mi madre... Yo no dije nada... No sé quién le dijo... Pero yo no...

—Tú quisiste acostarte conmigo... Tú lo arreglas.

—¡Sí, sí, me quise acostar contigo! ¡Te quería y por eso me acosté contigo! Pero, hubiera sido mejor no acostarme. Nunca fuiste cariñosa, tierna. A lo mejor tú fuiste la que le hablaste a mi mamá.

Patricia lloró. Entre sollozos, dijo:

—Eres un niño idiota.

*Bring back that lovin' feelin'! Ooooooh! That lovin' feelin'. Now it's gone, gone, gone...*

El elevador; los números prendiendo y apagándose. Las caras inexpresivas e impacientes. El ruido áspero del movimiento. El elevador se detuvo. Ocho. Se abrieron las puertas.

Llegaron al consultorio del doctor Díaz Mateos. Alejandro se anunció. La enfermera le dijo que esperara.

Olía a medicina, a perfume y a sudor. Los pacientes leían revistas. Patricia fumaba, sus ojos tras los lentes oscuros. Nadie hablaba. La enfermera con discreción veía a Alejandro. Él hojeaba una revista. Lina señora gorda, cara de rata, los veía alternativamente. Se abrió una puerta. Una señora de blanco, gorda y exageradamente maquillada, salió. Se despidió del doctor. Él le sonrió.

—¿Quién sigue? —preguntó.

—El señor Leal y su esposa —dijo la enfermera.

Alejandro dio unos pasos. El doctor lo miró.

—Ah, sí, pase, señor Leal... ¿y su esposa? —dijo el doctor, como si Alejandro

fuera un viejo cliente.

El doctor los saludó, le sonrió a Patricia y cerró la puerta. Se sentó ante su escritorio.

—Tomen asiento, si me hacen el favor. ¿En qué puedo servirles?

Patricia miró a Alejandro. Él, sacando un cigarro de una bolsa de su chamarra, dijo:

—Sí, doctor —se puso el cigarro entre los labios. El doctor se lo prendió con su encendedor—. Doña Carmelita me recomendó, dijo que usted podría...

—Sí, sí —el doctor se quitó los lentes y los limpió con su bata—. ¿Y cuánto tiempo tiene? —preguntó con cortesía—. A ver, acuéstese ahí —señaló un diván—, si es que puedo ayudarles... lo hago porque ella es gran amiga mía. —Patricia se acostó—. A Carmelita le gustan mucho mis poemas... Bájese su faldita, si me hace el favor, y todo lo demás. ¿A ver? ¿Cuánto tiempo?

—Muy poco, menos de un mes, doctor —dijo ella con voz temblorosa.

Alejandro veía al doctor palpar el vientre de Patricia. Ella con los ojos cerrados. El doctor hizo un gesto de seriedad.

—Se puede arreglar... Sí, claro... Hmmmmm... Pero sale un poco caro, estas cosas son delicadas.

—¿Cuánto? —preguntó Alejandro preocupado.

—No importa, doctor —dijo Patricia.

—Como mil quinientos pesos... —dijo el doctor calculando la cifra.

—Sí, doctor, ¿qué día podemos? —preguntó ella

—Mañana mismo, en la mañana. ¿Si es que ustedes están de acuerdo?

—Sí, doctor, le hablo por teléfono.

El doctor sonrió. Se quitó los lentes.

—No se preocupe —se puso los lentes—. La operación es sencilla. Saldrá bien, es como operar de las anginas... no se preocupe.

La avenida Insurgentes. Ruido sobre ruido. Detrás de los tranvías, los coches y los camiones, las fachadas grises de los edificios. Sombras bailoteando.

—¿Y cómo le hacemos para el dinero? —preguntó Alejandro.

—Te espero a las siete de la mañana en Ángel Urraza y Rébsamen.

Alejandro sintió alivio.

—¿Vas a tu casa? Si quieres te llevo, y por el camino platicamos mejor.

—No. Voy a Sears, necesito comprarme zapatos...

—Bueno, te espero a las siete.

Ella le tendió la mano.

—Adiós —dijo.

FIN DEL FOLLETÍN

*A Juan Tovar.*

# Aquí en la playa

## Honky Tonk Women

Conocí una reina en un tugurio toreadero de Memphis.  
Ella trató de llevarme al cuarto para jinetearme.  
Tuvo que arrastrarme sobre sus hombros  
porque yo estaba borracho pero no perdido.  
Es una mujer del talón.  
Dame, dame, dame el blues del talón.  
Más tarde hice lo mismo en New York.  
Tuve que zafarme de una especie de pleito.  
Y la dama me cubrió con rosas.  
Me sonó la nariz y me alivianó la mente.  
Es una mujer del talón.  
Dame, dame, dame el blues del talón.  
Dame, dame, dame el blues del talón.

—The Rolling Stones

## I

Los golpes en la puerta sonaban secos, fuertes, uno detrás de otro, sin detenerse. Simultáneamente una voz gritaba: «¡Silvia, Silvia, con una chingada, llaman por teléfono!». Pablo abrió los ojos, los párpados le pesaban. La puerta, los ruidos, la puerta, la voz. La luz del día, blancuzca, como una sábana tendida en la ventana Y las palabras: Silvia, chingada, teléfono.

—¿Qué? —preguntó Pablo. Oyó su voz áspera, desconocida. Y la voz respondiendo: «Si usted es Pablo, le hablan por teléfono». La voz alejándose: «¡Carajo!».

Él era Pablo. Pablo mirándose en el botiquín del baño. Un Pablo con rostro distinto, transformado por la borrachera de la noche anterior, con rostro abultado y ojeroso; sin rasurar. La intensidad de la luz que entraba por la ventana le hería los ojos. Los cerró. Otra vez el vacío, provocación de vómito. El dolor en el estómago. Su cara reflejada en el espejo, su cara abultada y enrojecida. La cabeza pesada, doliéndole, como si estuviera llena de piedras, prensada entre dos placas de acero. Sensación de excremento en el estómago, en los ojos, en el paladar, en la lengua.

Salió del baño y se sentó en el borde de la cama para vestirse los pantalones. Allí atrás, el cuerpo de Silvia oliendo a sudor untado en la piel, oliendo a loción barata y cerveza. Y el cuarto, el cuarto oliendo a los dos. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué junto a esa mujer? Se tendió en la cama. Las paredes estaban manchadas de humedad. El agua goteaba en el baño, hacía un sonido persistente.

Silvia dormía acurrucada. ¿Por qué demonios estaba todavía con ella? ¿Por qué había despertado en ese cuarto y no en el hotel? Sus amigos bailando, sentados a la mesa bebiendo; las putas bebiendo copitas de brandy; él hablando de quién sabe qué cosas con Silvia. Silvia riendo. Todos cachondeando.

Sentía la boca seca, la lengua seca, seca. La luz continuaba hiriéndole los ojos. Pablo se incorporó. Vio el cuerpo desnudo de Silvia. Luego la pared carcomida, el yeso mugroso. Silvia durmiendo: los pechos desnudos y los cabellos revueltos sobre la cara. Vio el suelo, faltaban algunos mosaicos. Se puso su playera blanca. Del buró cogió la cajetilla de cigarros. Encendió uno. Abrió la puerta y salió. Atravesó el patio, pasó por el cabaret, llegó hasta donde estaba el teléfono.

—¿Quién habla? —preguntó.

—¿Pablo?

—Soy yo.

—Habla Jaime. ¿Cómo estás?

—Bien —mecánicamente respondió.

Dijo bien por decir algo. Pero para qué hablar, para qué. El cuerpo le dolía, la cabeza le dolía.

—Ya ni la amuelas. Anoche te pusiste pesadísimo. No quisiste venir con nosotros.

Ya ni la jodes.

—Los que ya ni la chingan son ustedes.

—¿Vamos por ti?

—Yo voy al rato; no vengan.

—No te hagas el enojado. Nosotros no tuvimos la culpa de que te quisieras quedar.

—Estaba borracho. No sé lo que pasó anoche, no me acuerdo de nada.

—Hemos ligado un montón de viejas; gringas, de todo. Tenemos plan esta noche. ¿Entonces qué? ¿Vamos por ti?

—No, no vengan. Yo voy al hotel. Tomo un taxi.

—Allá tú.

—Nos vemos luego. Tengo sueño, me siento mal. Adiós.

—Te portas bien.

—Adiós.

Colgó. Del lado izquierdo, recargando los brazos sobre una mesa, un tipo lo miraba. Pablo lo saludó. El tipo también.

Pablo sacó la cajetilla de cigarros del pantalón y le ofreció uno.

—No, gracias; no fumo —dijo el tipo con voz delgada.

Tenía el cabello rizado y teñido. Pablo guardó los cigarros y caminó hasta el cuarto. El patio, el cabaret, mesas vacías, la barra. Después un pasillo entre palmeras. Amigos, amigos, amigos, si de veras fueran sus amigos no lo hubieran dejado solo en un burdel, con el riesgo de que le quitaran el dinero y lo golpearan... hasta lo asesinaran.

Se detuvo frente a la barra. Un nativo limpiaba vasos.

—Dame una cerveza.

El nativo lo miró extrañado.

—¿Tú ere' el que se quedó con Silvia?

Pablo asintió con la cabeza.

—Dame una cerveza bien fría.

—Eta 'ta bien helá.

Destapó la botella y se la dio. Pablo la frotó suavemente contra su cara.

—Luego la traigo. Voy al cuarto.

El nativo sonrió.

Al abrir, la puerta crujió. Silvia dormía. Su cuerpo parecía el de una muerta. Pablo bebió un trago y por un momento volvió a tener la sensación de vómito. Se contuvo. Lentamente resbaló una mano por la cara de Silvia. Bebió otro trago. Acarició los pechos y los hombros de Silvia, le hizo a un lado el cabello que tenía sobre la cara. La miró. Labios gruesos, nariz recta, ojos cerrados, la pintura escurrida bajo los ojos.

Fue al baño. Abrió la regadera. Una sensación de alivio le recorrió el cuerpo.

En el momento lo mejor que podía hacer era volver a dormir. Descansar para que su cuerpo recuperara energías. Eso era lo que debía hacer: volver a la cama, dormir.

Bebió otro trago de cerveza. Dejó la botella sobre el buró despintado, lleno de polvo. Se metió entre las sábanas: el cuerpo cercano, rozándole con las rodillas, con las piernas encogidas. ¿Qué demonios había hecho? ¿Qué demonios había sucedido anoche?

## II

La zona roja de Acapulco empieza en una desviación por la carretera a Pie de la Cuesta. A los lados de la calle que desciende se levantan barracas de madera donde las prostitutas —mujeres pintarrajeadas, gordas, sudadas— esperan en sus sillas al lado de las puertas que alguien solicite sus servicios por diez o veinte pesos. Más adelante está la comandancia de policía, donde no falta una discusión entre los gendarmes y los borrachos, que termina cuando los borrachos aceptan pagar una multa, si tienen dinero. Casi en el centro de la zona, frente a la comandancia, está el cabaret El Burro. Allí, Pablo y sus amigos bebieron cerveza y salieron pronto: las prostitutas estaban horribles y eran muy caras. De El Burro fueron al Cielo Azul. Allí vieron un *strip-tease* que era algo sensacional. Entre cortinas y círculos de reflectores, salía un gorila. Ejecutaba una danza salvaje y después se quitaba la piel y aparecía una mujer de cuerpo esbelto: piel blanca, piel sensual. Las piernas y los senos bien formados. La mujer bailaba quitándose los velos delicadamente. Los clientes gritaban. Cuando ella se acercaba a alguna mesa, le acariciaban las piernas, le hacían señas. Al final del show se quitaba la máscara de gorila y las luces se encendían y el público descubría que la *strip-teaser* era un hombre. Casi todos reían sorprendidos y algunos gritaban mentadas de madre y otras cosas. Las gringas eran las más sorprendidas y las únicas que, más o menos, se asustaban y hacían un gesto o decían alguna frase de repugnancia.

Salieron y caminaron por una calle oscura, cuya única luz era el anuncio del burdel La Huerta. Hay alrededor de cincuenta putas, un conjunto de rumba, sinfonola, whisky, cerveza, etc.; es el mejor de la zona roja. Las putas van y vienen por el cabaret, por la pista de baile, entre las mesas, en bikini, traje de baño, o en brassier y pantaleta.

Sentados alrededor de una mesa, Pablo y sus amigos observaban la pista: los cachondeos, los besos, los movimientos. Observaban a los clientes que bebían en las mesas haciendo aspavientos, gritando. Observaban a las prostitutas.

*Vuela paloma  
vuela  
vuela a tu palomar...*

Sonaba el güiro, las tumbas, la trompeta de la Sonora Matancera; la voz de Celia Cruz. Las prostitutas bailaban haciendo pasos de rumba; los hombres les acercaban

los cuerpos y les ponían las manos en las nalgas. Las mujeres sonreían, hacían gestos, muecas, señas con los ojos y las manos, movían las caderas. Desde la mesa, cada quien con un vaso de ron en la mano, Pablo y sus amigos buscaban alguna que les gustara. Pablo detuvo la vista en una: bailaba con un gringo muy típico: pecoso, ojos saltones, dientes de conejo, bermudas, sudadera con las siglas de la Universidad de Mississippi, intentando pasos de rumba.

Unas mujeres iban y venían entre las mesas, esperando que alguien les hiciera una seña, o que alguien, cogiéndolas de la mano o de las nalgas, las invitara a sentarse. Los meseros, tipos de pestañas enchinadas con rimmel, blusas floreadas, pasos menudos, quitaban y ponían vasos y botellas. El conjunto de rumba tocaba: *goza la vida goza como hago yo goza la vida goza goza goza goza...* Los amigos de Pablo — caminando por el cabaret, sentados a la barra— buscaban putas; bebían cerveza a sorbos. Carlos bailaba de estilo con una de pantalón rojo y suéter verde. Pablo, recargado en la sinfonola, contemplaba a Silvia. Le hacía señas. Silvia se fue al cuarto con el gringo.

Putas bailando, clientes borrachos. Los meseros con charolas. Carlos y Fernando yendo al cuarto con dos putas. Él y Jaime en la mesa, bebiendo. La voz de Daniel Santos en la sinfonola:

*Virgen de medianoche  
cubre tu desnudez  
señora del pecado*

Luego él bailando rocanrol con una puta. *Quién puso el bom-po-po-po-bom-po-bom que hizo a mi alma enloquecer.* ¿Cuánto? Ciento veinte. Pablo la mandó al diablo. Burlas: «Ni que lo tuvieras de oro». Risas, carcajadas. Indignación de la puta: «Vete a la chingada, cabrón, qué quieres, que te lo deje gratis, ni que fueras mi padrote, ojete, pinche caliente, nomás andas de caliente». Luego, dando traspiés, caminando en zigzag, Pablo fue a la mesa.

El burdel estaba lleno. Entraban y salían clientes en ropa de playa. Iban y venían gringos borrachos, «puta madre la puta puta»; los gringos brindaban con las mujeres, les cogían los senos y las nalgas, «oye tú, enton's qué, ¿vamos al cuarto?». Pablo vio a Silvia frente a la barra, hablando con un cantinero. Pablo se incorporó. Las luces opacas guiñando, languideciendo, disolviéndose en el cielo. Las caras de las prostitutas borrosas. Se acercó a ella.

—¿Quieres un trago?

Silvia aceptó. Una pequeña sonrisa enseñando los dientes.

—¿No viste que te estaba llamando?

—No, no vi. ¿Vamos al cuarto?

Fueron al cuarto. Luego Fernando se metió con ella. Regresaron. Pablo la invitó a beber otra vez. Pero ¿lo demás? Pablo no recordaba nada. El tiempo se había

desmoronado como una figura de arena.

### III

Despertó. Silvia no estaba. Estiró los brazos y de un salto se sentó en el borde de la cama. Puso los codos sobre las rodillas, la frente sobre las palmas de las manos. Su cuerpo empapado de sudor. Tomó la botella de cerveza para darle un trago, estaba caliente y la regresó al buró. Lo primero que pensó fue llamar al hotel, comunicarse con sus amigos. La luz del sol se quebraba en el suelo y en las paredes. Hacía un calor intenso. Se bañó, se vistió y salió del cuarto.

Vio a Silvia que platicaba con otras prostitutas en derredor de una mesa. Silvia agitó los brazos en el aire, lo llamó haciendo señas con la mano.

Levemente el viento susurraba entre las palmeras, y los rayos del sol, que medio se ocultaba tras una montaña verde, caían sobre ellas y dibujaban manchas en el patio. Silvia continuaba llamándolo. Pablo se acercaba a pasos lentos, sonriendo, los brazos en jarras. Antes de llegar, se detuvo. Las mujeres cuchicheaban algo, seguramente hablaban de él, de su borrachera de anoche. Lo demostraban las risitas ocultas tras las manos. Silvia se incorporó. Primero unos pasos perezosos, luego brinquitos. Le puso la mano sobre los hombros.

—¡Hola, cielo! Dormiste mucho: Son las cinco. ¿Te sientes bien? —preguntó.

Pablo sonrió, estiró los brazos, aspiró:

—Muy bien.

—¿Ya te vas?

—Al rato. Voy a llamar a mis amigos por teléfono —la cogió de las manos—. Vamos.

El cielo estaba casi blanco, una que otra nube avanzaba lenta, lentamente hacia el horizonte; las palmeras no se movían y el burdel estaba en silencio. Las prostitutas que estaban con Silvia habían vuelto a sus cuartos a descansar.

Pablo llamó al hotel y no encontró a sus amigos.

—Te volví a dar dinero, ¿verdad?

—Creo que cien pesos. No me acuerdo. ¡Cómo me voy a acordar, chiquito!

Caminaban por las veredas del patio, entre las palmeras que proyectaban sus sombras. El sol parecía estar clavado en lo alto de la montaña verde. Unas nubes cruzaban el cielo lenta, lentamente, blancas, blancas.

—¿Qué pasó anoche?

—No me acuerdo muy bien. Estuve tomando contigo y se me trepó. Tú estabas rete cuete, andabas bien briago. Me dijiste que pasáramos la noche juntos. Tus amigos te dejaron. Estabas muy terco en quedarte... ¿Te vas a ir?

—Al rato. No tengo prisa. ¿Quieres que me vaya?

—Yo no. Eres a todo dar... a veces tiene una que soportar a cada cabrón.

—¿Y yo me porté bien?

—¡Uy! Ni lata diste, chiquito. Llegamos al cuarto. Me besaste —Silvia rió— y te quedaste dormido.

—Pero antes ¿qué hice? ¿Qué hice?

—Nada. Sólo me acuerdo que estabas bien borracho, habla y habla —Silvia volvió a reír—. Dijiste que yo te gustaba mucho.

—¿Y tú por qué te dormiste conmigo?

—No sé, chiquito; me caíste bien, estaba borracha. ¿Cómo voy a acordarme? Pero me estuviste dice y dice que estabas enamorado de mí.

—Me da risa. No me acuerdo.

—¿Cómo te vas a acordar si andabas a gatas! ¡Hasta nos llevamos una botella al cuarto!

—No me acuerdo.

¿Para qué recordar? ¿Para qué tratar de reconstruir la noche anterior? Con recordar no iba a ganar nada, ni tampoco a cambiar los hechos; era una obsesión absurda si no había sucedido nada, ni nada había perdido.

—¿A qué hora te vas? —preguntó Silvia.

—No sé. Al rato. ¿Quieres una cerveza?

—Sale.

Silvia era joven. Mientras bebían cerveza dijo que tenía veinte años y llevaba dos meses de trabajar en el burdel. Le contó a Pablo la historia de su vida. Él no le dio importancia: era la misma historia de todas: noviazgo apasionado, embarazo, temor a los padres, huida, burdel.

El nativo llevó otras cervezas a la mesa.

—No sabía qué hacer —decía Silvia—. Era para mí algo de la chingada. Dizque me quería mucho, pero cuando le dije «voy a tener un hijo», pura madre. No lo volví a ver —bebió un sorbo—. Era mejor irme de mi casa, mi viejo era capaz de matarme. Le pegaba a mi mamá. Yo pensé: mejor me escapo. Y me fui. Conseguí dinero y me vine a Acapulco. Aquí estaba una amiga y me quedé.

## IV

La noche. El cielo cuajado de estrellas. Un cielo brillante, un cielo oscuro. Los grillos cantaban ocultos en las matas del patio. Las prostitutas llegaban o empezaban a salir de sus cuartos. Las palmeras se adivinaban por unos trozos que sobresalían en la oscuridad. La luna levemente enrojecida palpitaba como una brasa disolviéndose en el espacio.

—¿Me acompañas a mi cuarto? Voy a cambiarme —dijo ella.

—Vamos —respondió Pablo.

Pablo estaba acostado en la cama. Frente a él, Silvia se desvestía. Tiró una colilla al piso.

—¿No estás aburrida de esta vida? —le preguntó.

—¿Crees que me gusta? No voy a estar aquí por gusto. ¿Qué le hago?

—Busca un hombre. Te puedes casar —dijo seriamente.

—No, viejito, gracias, no estoy zafada. En esto sólo se conocen padrotes.

—Puedes conocer a un hombre que te quiera de veras.

—Conocí a uno y ya ves, me dejó panzona y se fue. No chiquito, así estoy muy contenta.

Pablo veía las paredes manchadas de humedad, la oscuridad de la noche tras la ventana. Veía a Silvia que se desnudaba y luego buscaba en un ropero viejo. Silvia sólo en calzones: piernas delgadas, senos derechos, duros; parte de una cicatriz en el vientre, el cabello lacio.

—Debes de salir de esto. Cuando seas vieja no va a ser tan fácil.

Silvia fue a sentarse en la cama.

—Dame un cigarro.

—Debes pensar en lo que te digo.

—¿Y quién me saca?

—Tú sola. Puedes trabajar en otra cosa. Eres joven.

—Abrocha el cierre.

—Yo puedo ayudarte.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las siete. ¿Vas por unos tragos?

—Los últimos, ¿eh?, tengo que trabajar.

—Yo tengo que irme. A lo mejor voy a bailar.

Silvia regresó. Pablo caminaba por el cuarto.

—Me gustaría quedarme contigo esta noche. Beber, estar contento. Me gustas —rió—, estás... Me gustaría quedarme, estar contento.

—A mí también. Pero tengo que trabajar.

—Te pago, te pago porque pases la noche conmigo.

—No es por eso; luego se enoja el dueño.

—Te voy a pagar.

—No sé. ¿Cuánto me pagarías?

—Lo que quieras. ¿Qué pasó?

—Le voy a decir al dueño...

Silvia salió. Pablo bebía a sorbos la copa de ron. Caminaba por el cuarto, viendo la luna por la ventana, oyendo el rumor de las palmeras. Veía las pequeñas luces de las ventanas de otros cuartos. ¿Por qué le había propuesto a Silvia eso? Bastaría coger, pagarle y ya. Darle consejos a Silvia era el colmo, el colmo. ¿Por qué demonios seguía ahí? ¿Acaso deseaba tanto a Silvia? No, no, no.

Caminaba sintiéndose mareado, ligeramente mareado. Ante todo ella era una prostituta. Pero de todos modos no perdería nada quedándose esa noche. Por lo menos esta noche. Luego podría divertirse con sus amigos. Nadar, beber en la playa, conquistar gringas... Pero quedándose esta noche con Silvia no iba a perder nada. De

todos modos estaba en Acapulco para gastar el dinero. Había venido a divertirse y esto era parte de la diversión.

Cuando Silvia entró, cerró la puerta despacio y por un momento se quedó estática, recargada en el marco. Sostenía contra su vientre una botella de ron. Pablo caminó hasta ella y la abrazó.

—Perfecto. Perfecto.

Estaban en la cama. Alguien tocó la puerta. Voces confusas, risitas. Cubierta con la colcha Silvia se paró a abrir. Pablo oyó que alguien preguntó por él, que Silvia respondía que sí. Sus amigos entraron. Silvia fue al baño.

—Te estuvimos esperando —dijo Fernando.

—Ya ni la chingan —dijo Pablo.

—Estabas bien pedo. Tú quisiste quedarte —dijo Fernando.

—Nosotros insistimos en que te fueras con nosotros —agregó Carlos.

—No quisiste —dijo Fernando.

—Son unos cabrones —dijo Pablo.

—Fue culpa tuya —dijo Jaime.

Vestida con brassier negro y pantaleta roja, Silvia salió del baño:

—Voy por hielos. Orita regreso —dijo y salió del cuarto.

—Yo siempre los he cuidado —dijo Pablo.

—Estabas insoportable —dijo Jaime.

—Bueno, ya, olvídalo. Tenemos plan con unas viejas —dijo Carlos.

—Están a toda madre —dijo Fernando.

—Váyanse ustedes, yo me quedo —dijo él.

—No seas payaso, vístete y vámonos —dijo Jaime.

—¿Prefieres estar con una pinche puta? —preguntó Carlos.

—Me estuvo rogando que me quedara —contestó Pablo.

—No seas hablador —dijo Jaime.

—Me cae, por Dios —dijo Pablo.

—Pues si es gratis, de poca madre —dijo Jaime.

—Así, sí aguanta —dijo Carlos.

—¿Y que tal coge? —preguntó Jaime.

—Se mueve rico —dijo Pablo.

—¿No te mamó la verga? —preguntó Fernando.

—Sí —dijo Pablo.

—Es lo máximo —dijo Carlos.

—Vámonos por nuestras viejas —dijo Fernando.

—Nos vemos mañana —dijo Pablo.

—Nos cuentas —dijo Fernando.

—Te echas uno a mi salud —dijo Carlos.

—Nos vemos.

—Chao...

Los amigos salieron. Sus voces se fueron perdiendo poco a poco. Hacía calor. Las sábanas estaban húmedas. Afuera, el ruido aumentaba. Afuera: eco del viento, eco, rumor de ramas. Las sombras de las palmeras apareciendo y desapareciendo por la ventana. El cuerpo ardiente, el cuerpo ligero, el cuerpo sudando, el cuerpo ligero.

Silvia descansaba, un poco soñolienta, mareada, recogida a su lado. ¿Cuántas horas junto a ella, cuántas horas haciendo el amor? El ruido de afuera llegaba confuso: voces débiles, algún pedazo de canción: *quiero cocaleca, quiero cocaleca pa'gozar...* las voces de un trío... Silvia aún despierta. Su historia podía ser igual a la de cualquiera, pero en todo caso debía admitirla. Una mujer podía llegar a ese oficio por cualquier razón; lo grave era que una vez ahí se corrompía, porque nadie la ayudaba. Silvia aún no estaba corrompida, y él podía ayudarla, y él debía ayudarla, regenerarla. ¿Por qué no? Silvia aún podía salvarse. Era un deber, su deber, ayudarla, sacarla de esto. Sí, sí, sí, todas las prostitutas del mundo lo único que necesitaban era comprensión, comprensión, tratarlas una noche como mujeres, como mujeres. Salvarlas, ayudarlas. Hacer el intento... A Silvia aún le quedaba un poco de ternura. Silvia debía comprender que ahí, en el burdel, estaba muriendo, agonizando sin sentirlo. Silvia debía comprender que era tiempo de dejar esa vida. Sí, no sería mucho esfuerzo. Que Silvia conociera algo tan simple como la comprensión. Él podía hacer una buena acción ayudándola. Sólo él podía ayudarla. Ninguno de sus amigos lo haría. Estaba seguro que ninguno de sus amigos sería capaz de compadecerse de una prostituta. Al contrario, le dirían: «Estás loco, eres un pendejo, perder así el tiempo en Acapulquito, de veras que se necesita estar loco». Pero debía ayudarla, devolverle su felicidad perdida.

La noche estaba tenuemente blanca, unos débiles resplandores se difundían en las paredes. Tenía sed, la lengua y el paladar con sabor a cerveza y a ron, y a besos de Silvia; los labios resecos. Sentía que se elevaba en la cama, que flotaba, flotaba. Cogió la botella de ron y le dio un trago. En la penumbra veía a Silvia desnuda, dormida. Le besó los labios con suavidad. Se la llevaría a México, la mantendría por un tiempo mientras ella encontraba trabajo. Y ella no iba a rechazar esta oportunidad. Por él Silvia dejaría de ser puta. Silvia no iba a terminar como aquella figura del museo de cera: vestida de terciopelo rojo, en una cantina, borracha y tuberculosa. Silvia iba a salvarse.

En la oscuridad del cuarto crecían y disminuían los reflejos de la flama de una veladora. Alumbrada por ella la figura del santo parecía un feto. La luz de afuera se disolvía en la oscuridad. Silvia dormía. Después de la última vez dijo: «Ya no puedo, estoy cansada, ya no puedo». Silvia haciendo poses. Besándole el sexo. Moviéndose como ninguna. Descansando, volviendo a excitarlo, las manos de Silvia excitándolo. Una pose, luego otra...

Fue al baño. Manchas en las paredes, cucarachas caminando. Todo inmóvil. Luego moviéndose en vaivén, de aquí para allá, de aquí para allá, suave, suavemente. Los grillos cantando, cantando. Y la noche en silencio, casi en silencio.

## V

Otro nuevo día. Otro día que le hería los ojos. La claridad le causaba náuseas. El cuarto y los objetos borrosos. Un calosfrío en las piernas y los brazos, en el interior del cuerpo. La cabeza girando, girando lenta y pesada. Silvia inerte. Miró la hora: doce y media. El cuarto olía a alcohol, a semen. El baño a agua fétida.

De un salto se incorporó de la cama. No debía hacer ruido, que Silvia siguiera durmiendo. Era hora de largarse. Las manos le temblaban. Su cuerpo estaba húmedo de sudor. Percibió el olor de su cuerpo que olía a ella, a él sin desodorante, sin lavanda ni loción. Su cuerpo oliendo vagamente al perfume barato de ella. La miró. Las sábanas sólo le cubrían las piernas. Por un momento contuvo las ganas de vomitar. Después de bañarse debía irse, pero rápido. Al carajo con todo, con este cuarto mugroso... al carajo con la puta...

Salió al patio. Se sentó al borde de una fuente. La Huerta estaba tranquila. Pablo contemplaba el suelo, su mirada se hundía.

—¿Qué haces? ¿Puedo sentarme? —preguntó un hombre que tenía voz de mujer.

Pablo alzó la vista, la detuvo en la cara del hombre: labios pintados, pestañas rizadas, rostro delgado.

—No molesto, ¿verdad? ¿Te pasa algo?

—Estoy crudo.

—Tienes los ojos bien rojos. ¿No quieres un alkaseltzer?

Pablo apoyaba la cabeza entre sus manos. El maricón fue a la barra y trajo un vaso, dos alkaseltzers se disolvían en el agua.

—Vas a ver, te vas a sentir mejor. ¿Silvia está dormida?

—Sí, está durmiendo.

—¿Qué hora es?

—Cuarto para la una.

—¡Dios mío! No lo creo. Dormir hasta esta hora. ¡Con este sol!

Pablo escuchaba la voz delgada del maricón de camisa rosa, veía los ademanes tan femeninos y tan delicados. Por qué aguantarlo. Por qué no decirle que se largara, que lo dejara tranquilo, en paz.

—¿Qué eres? —preguntó el maricón.

—¿Cómo que qué soy?

—Sí. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo, soy ingeniero.

—¿Ingeniero? ¡Qué interesante! ¿En dónde trabajas?

—En una fábrica...

—¿Y qué haces?

—Soy jefe, doy órdenes —vete al diablo maricón degenerado, exactamente esto le hubiera respondido; vete al diablo maricón. ¿Por qué soportarlo?

—¿Te gusta mucho Silvia?

Pablo pensó responder: mira pinche puto, qué te interesa si me gusta una puta, qué te interesa lo que yo haga. Lárgate, vete al carajo, lejos, donde no te vea, vete a la chingada.

—Estoy enamoradoísimo —dijo con sarcasmo.

—A la pobrecita la quiero tanto. Hace tres meses que llegó. Se había escapado de su casa. ¿Te imaginas? El patrón le dio chamba y aquí la ayudamos. Fue redifícil, llevaba cinco meses panzona. Pero gracias a Dios todo salió bien. Le he tomado tanto cariño... —el maricón vio que Silvia salía del cuarto y caminaba hacia la fuente—. Mira ahí viene...

Silvia llegó sonriendo. Pablo miraba el suelo. El maricón dijo:

—¡Ay, cómo eres floja! Ya ni la amuelas. ¿Ya viste qué hora es? —le enseñó su reloj.

—Hola, mi vida —Silvia saludó a Pablo, quien alzó la mano desgadamente—. ¿Qué tal, Verónica?

El maricón le respondió con un beso en la mejilla.

—Traigo un hambre —dijo ella.

—Yo me siento del carajo. Tengo hambre, sed, dolor de estómago, me duele la cabeza —dijo Pablo.

—¿No has desayunado? —preguntó Silvia.

—Me acabo de levantar hace un rato.

—Pues vamos a desayunar.

Lo que debía hacer era largarse en ese momento. Ir al hotel, reunirse con su amigos. Largarse, pero ya.

El maricón caminaba hacia uno de los cuartos moviendo las caderas. Pablo dudaba de invitar a Silvia a desayunar. Bueno, después la dejaría, qué más daba.

—Aquí a la vuelta hay una fonda —dijo Silvia.

—No, no, no. Vamos a desayunar sabroso. Te invito a un buen restorán. Hay que reponer energías. Ven, llama un taxi.

Cerca de la playa volaban gaviotas y pelícanos. Pablo y Silvia desde la terraza del restorán veían a unos esquiadores remolcados por lanchas. Un mesero de filipina blanca y corbata de moño se acercó y puso sobre la mesa dos platos y dos tarros de cerveza.

El lugar estaba lleno de gente en ropa de playa: las mujeres con sombreros ridículos, los hombres en bermudas, lentes negros. Silvia partía el filete en trozos. Pablo decía:

—Ella me dijo «mi vida, esta noche tenemos que ir a casa de unos tíos», y a mí me enferman esas cosas —Silvia movía la cabeza en señal de atención—. Entonces yo le dije que no iba, que si tenía ese compromiso que fuera sola. Se puso terca en que los dos teníamos que cumplir con el compromiso. Bueno, para no alargarla, le dije que no iba a ir —Silvia bebía cerveza y movía la cabeza afirmando—. Ella lloró.

Me dijo que no era consecuente, que no la quería, en fin, todas esas cosas. Y nos enojamos. Como a los cuatro días le hablé por teléfono diciéndole que me venía a Acapulco y entonces se encabronó y me dijo que si venía terminábamos...

—¿Y terminaron? —interrumpió Silvia.

—Pues sí. Pero cuando regrese a México, estoy seguro que nos contentamos. Tenemos el proyecto de casarnos dentro de cinco meses. Pero lo que me repatea es que se enoje por cualquier cosa... ¡Oiga! —le gritó al mesero—, traiga dos martinis. Pero en fin, vine a divertirme.

Seguro que la gente que comía en el restorán se daba cuenta de que ella era una prostituta. Cualquiera notaba que era una mujer vulgar. Pero qué importaba. Si él estaba contento la gente podía irse a la chingada. Él iba a pagar por comer ahí y podía estar todo el tiempo que le diera la gana.

—Si yo te ayudo a que dejes esa vida, ¿aceptas?

—Tú crees que no.

—Palabra de honor: te llevaría a México. Puedo hacer algo por ti.

Ayudarla a dejar esa vida era un acto moral de trascendencia. Un acto generoso que muy poca gente, muy poca gente se atrevería a llevar a cabo. A nadie le interesaba una prostituta. Al contrario, todos las culpaban... Sí, sí, sí, ninguno de los pendejos que comían en el restorán harían nada por ella. Sólo humillarla, verla de reojo como ahora. Y a él, criticarlo: «Ya viste a ese muchacho con una de ésas» o algo así, pero no eran capaces —porque en realidad era un problema de capacidad moral.

## VI

Pablo estaba en el cabaret, sentado frente a la barra, con un vaso de ginebra en la mano derecha. Veía a Silvia echar veintes a la sinfonola. Con ésa sumaban cinco las noches que llevaba en el burdel. Ahora todo transcurría con normalidad. Ya no le molestaba el olor del cuarto, ni los ruidos nocturnos. Pasaba la mayor parte del tiempo jugando cartas con el maricón, con Silvia y con otras muchachas. En parte se había convertido en el consolador de Verónica, que siempre le decía «ay Pablito si vieras cómo sufro». Y también hacía el papel de consejero espiritual de las prostitutas. Se enteraba de la vida de todas, les ofrecía soluciones a sus problemas y, en fin, hasta podía pensar que su presencia era indispensable.

Vio que sus amigos llegaron acompañados de unas gringas.

—¡Quihubo, Pablo! —dijo Fernando.

—¿Qué tal, como en tu casa? ¿Cuándo mandas las invitaciones pa' la boda? —dijo Carlos.

—Una mesa —dijo Jaime a un mesero.

—*This is terrific!* —dijo una de las gringas.

—*I never saw this in my whole life...* —dijo otra viendo para todos lados.

—*Look-a that!*

—Pasen por aquí —les dijo el mesero.

—Vente Pablito, traite a tu mujer —dijo Fernando.

Los amigos abrazaban a las gringas, Silvia y él los miraban. En la mesa estaba una botella de ron casi vacía, entre los vasos y los cascotes de agua mineral y ginger ale. Fernando le pidió a un mesero otra botella de ron.

*Amor...*

*Estoy solo aquí en la playa.*

*Es el sol que me quema*

*y me quema y me quema...*

Los amigos reían y platicaban con las gringas, ellas miraban de aquí para allá, veían a los hombres que besuqueaban a las prostitutas y les cogían las nalgas.

—¡A la salud de Pablo! —dijo Jaime.

Todos alzaron los vasos. Menos Pablo.

—*Cheers!* —dijo una gringa que ya estaba borracha.

—¿Contento Pablo? —dijo Carlos.

—Yo sí, ¿y tú?

Para eso habían venido. «Ves de lo que te perdiste, ves.» Como si fuera algo extraordinario enamorar a una gringa y seducirla. Y luego ni eso, sino solamente gastar dinero sin lograr nada.

El maricón se acercó saludando a todos. Le dijo a Pablo que le invitara una copa. Carlos le dio una cerveza.

—¡Ay no, fuchi! Pablito, ¿me disparas un brandy?

—Pídelo. Aquí lo pago.

—Cerveza, ya parece —dijo el maricón y fue a la barra. Las gringas lo siguieron con la vista, se miraron, rieron.

*es tu palpitar, tu recuerdo,*

*mi locura, mi delirio*

*me estremezco, oh-oh-ooooh*

*cuando caliente el sol...*

Él también podía conocer a una gringa, invitarla a pasear, a bailar, acostarse con ella... Despedida. Regreso a México. Al diablo, al infierno, a la chingada. Sí, sí, sí, que las gringas pensarán que estaba loco, que sus amigos lo dijeran... *this is the guy. He has one week living with a whore.* Qué le importaba si creían que Silvia se estaba aprovechando de él, qué le importaba. Qué importaba que lo agarraran de payaso, que se divirtieran con él como se reían emborrachando al burro de La Roqueta, qué demonios importaba.

*estoy solo  
aquí en la playa  
es tu palpitar, es tu cara...*

Voces, risas, prostitutas caminando hacia los cuartos con los clientes. Ellos bebiendo, bebiendo...

Al otro día, Pablo se vistió y salió del cuarto. Cuando caminaba por el patio una mujer desde una mesa del cabaret lo llamó. Pablo se acercó.

—¿Me pagas una copa? —le dijo la mujer.

—Pídela.

—¿Qué pasa? —se acercó el nativo que estaba tras la barra limpiando vasos—, ¿no anda cludo?

—No. Bebí muy poco anoche. Me siento bien. ¿Qué quieres? —le preguntó a la mujer.

—Brandy... una... copa... de brandy.

—Eta cabrona ta borracha delde anoche.

—Tú chingas... a tu... madre... —le dijo al nativo.

—Ya, ya, cálmala —dijo Pablo—: ve por el brandy —le ordenó al nativo. Éste giró sobre sus talones y dijo:

—Sigue hija e puta y te caiga...

Pablo acercó una silla a la mesa y se sentó.

—Viejito —empezó a decir la prostituta—, ayuda a esa chamaca. No dejes que se chingue en esta vida. Aún es tiempo, está joven. A mí me duele, me cae, vivir en esto. Pasarme todo el pinche día metida en un burdel... Dile que no sea pendeja —la mujer torpemente se incorporó.

El nativo dejó la copa de brandy sobre la mesa.

—Gracias viejito —le dijo la mujer a Pablo, y agregó—: te lo agradezco.

El nativo dijo:

—E una borracha, siempre anda así. Tiene un hijo la cabrona y siempre anda así.

## VII

—Par de ases —dijo Silvia.

—Basura —dijo el maricón.

—Full —terció Lirio.

—Nada —dijo Pablo.

—Ya está bueno, por hoy basta. Aich, estoy cansadísimo —dijo Verónica.

—Otra manita —dijo Pablo.

—Ya no. Mañana le seguimos. ¿Te quedas, Lirio? —preguntó el maricón.

—Me voy contigo. Tengo que cambiarme.

El maricón y Lirio salieron. Pablo se tendió en la cama y Silvia se desnudó y se acostó a su lado.

Desnuda, Silvia caminaba por el cuarto dándose aire con las manos. Pablo comía naranjas. La noche venía lenta. Por la ventana las palmeras aún se distinguían y el sol parecía estar atrapado entre sus ramas.

Pablo estuvo bebiendo una cerveza tras otra hasta que se quedó dormido. Despertó. Silvia no estaba. La penumbra se embarraba en las paredes. Vio su reloj: doce y diez. Fue al baño a echarse agua en la cara, en el pecho. Una punzada y otra. La cabeza. No. No. Tenía que ir al cabaret, beber una copa de ginebra, sentirse bien. ¿Por qué no estaba Silvia en el cuarto?

*Con sólo barro los formó  
en su creación perfecta...*

El patio estaba oscuro, las luces del cabaret chisporroteaban y las palmeras hacían un sonido grave. ¿Por qué no estaba Silvia en el cuarto? Las voces, las risas, las carcajadas aumentaban de volumen. ¿Dónde estaba Silvia?

*Ha creado a un hombre  
y de compañera a una mujer...*

Olvidarla por un momento, no pensar en ella, tomar un trago, ginebra. ¿Por qué no estaba en el cuarto? Desde el patio veía las siluetas que se movían y luego se rompían, creciendo y disminuyendo.

*Sombras nada más  
acariciando mis manos...*

De varios sorbos se terminó la ginebra. Prendió un cigarro. Putas, meseros, maricones, borrachos, iban y venían entre las mesas, por la pista. Los hombres bebían y las prostitutas se les sentaban en las piernas. Cachondeo de sexos. Cachondeo de senos, olor a ron y a ginebra. Pidió otro vaso de ginebra. Era una cabrona, salir del cuarto mientras él dormía, venir a bailar y a abrazarse con otro. Ella estaba viviendo con él. Piernas desnudas, manos cachondeando.

*Sombras nada más  
entre tu vida y mi vida...*

Caminó hasta donde ella estaba bailando y le echó la ginebra en la cara.

—¡Hija de la chingada!

—Lárgate al carajo, quién eres tú para gritarme —dijo Silvia.

—What's the matter?

—Eres una mierda, puta barata —dijo Pablo.

Ella trató de darle un golpe. Él le detuvo la mano y le dio una bofetada. Silvia se llevó las manos al rostro; lloraba enfurecida. El gringo estaba junto a ella sin saber qué hacer. Algunas prostitutas trataron de defender a Silvia, pero unos policías las detuvieron. Un mesero cogió del brazo a Pablo.

—Cálmate, compadre; es mejor que te vayas, si se arma la bronca sales perdiendo.

—Yo me quedo, no me voy, al carajo todos.

—Cálmate compadre; vete por la buena.

—Dame una copa, yo quiero otra copa. —Pablo sacó un billete de cincuenta pesos—. Toma, dame otra. Si me la das me voy.

Fue con el mesero hasta la barra. Bebió una copa. El maricón se le acercó.

—¿Ya se te pasó el coraje, Pablito? —dijo.

—No me molestes.

—¿Pos yo qué te hice?

—Lárgate, no jodas.

—Al ratito se te pasa, ya que estés contento, regreso. Bye, bye.

Cerca de él unos borrachos discutían de política. Unos gringos reían de las cosas que estaban diciendo unas prostitutas. Silvia bailaba con el gringo. *Bernabé, ven, ven*. Tuvo la oportunidad de arrepentirse y pedirle perdón y decirle: estaba aburrida y por eso salí un momento, no creí... Cualquier pretexto. *Bernabé, ven, ven*. Inventar una mentira, pero eso de tratar de verle la cara, eso de ver que estaba ahí en la barra y seguir bailando con el gringo. *Por culpa de ti Bernabé*. Eso sí, eso sí, todas las putas eran iguales. Silvia era igual a todas, cuando pudo hacer otra vida, era igual. Caras alegres, piernas desnudas. Luces rojas. Risas. Luces azules. Borrachos por todas partes. Ginebra, otro trago. Ginebra, hielos, sobre las rocas. Labios trompudos. Otro trago. Pablo se incorporó, caminó dando traspiés y salió.

Caminaba por las calles empedradas de la zona. Anuncios fosforescentes. Cielo Azul, El Burro, El Paraíso. Las putas malvestidas, oliendo a basura, caminaban por las calles en busca de clientes. Los turistas ebrios entraban y salían de los cabarets. Algunos policías llevaban borrachos a la comandancia. De los cabarets salía el sonido de los conjuntos de rumba. Olía a brisa nocturna. La luna estaba cubierta de nubes negras. Las estrellas en el cielo parecían las luces de un gigantesco teatro. Silvia había quedado allá, adentro, al final de la calle, en La Huerta. Allá adentro en La Huerta. Las calles estaban semioscuras, pequeñas manchas de luz interrumpían la oscuridad tenuemente. Pablo vio un taxi.

—¿Está libre?

—Sí joven, súbase.

Fue al hotel y no encontró a sus amigos. En el bar bebió un vaso de ginebra y salió a buscarlos a un night-club de la avenida costera. ¿Salvar a una prostituta? ¿Ayudarla?

Claro, claro, ninguna, ninguna, ninguna era capaz de regenerarse. Ninguna

aceptaría algo así como su salvación. Todas vivían de eso porque les gustaba, porque preferían esa vida. Ganar el dinero con sólo abrir las piernas. Era más fácil abrirse de piernas que hacer otra cosa. De esto, de vivir de putas, no tenía nadie la culpa más que ellas. Más que Silvia en este caso. Y a Silvia la oportunidad de salir de eso se le había escapado, como quien dice, en un abrir y cerrar de ojos. De seguro ahora estaba cogiendo con el gringo y de seguro le estaba diciendo: quién sabe por qué se metió conmigo, yo ni lo conocía.

Llamó a un taxi.

—Al hotel Presidente.

Allí bebió una copa. Luego fue al Akú-tiki.

*El de la rumba soy yo  
yumbam-bé yumbam-bé*

Las llamas de las velas sobre las mesas parpadeaban, parecían extinguirse. En la pista parejas haciendo pasos de rumba. Pablo vio a Fernando entre parejas que bailaban desafortadamente. Se acercó.

—Oye, ¿y los demás?

Fernando trató de ignorarlo. Pablo venía en unas fachas: sin rasurar, la ropa sucia, despeinado, oliendo a sudor, oliendo a borracho.

—¿Dónde están los demás?

—Qué, qué, este... Quihubo. Mira, allí —señaló hacia una mesa—. Allí, mira.

Pablo llegó. Los amigos platicaban con unas muchachas que bebían cocteles y movían las manos delicadamente, subiéndolas, bajándolas. Sonreían, dientes blancos, brillantes. Los amigos lo vieron, Carlos se incorporó.

—¿Qué pasó? ¿No que estabas tan...?

—A la chingada, a la... —dijo Pablo.

—Ssschh, no grites —dijo Carlos en voz baja. Lo tomó del brazo—; estamos con Cristina y unas chamacas de México.

—A mí qué...

—Ven —lo alejó de la mesa

—Qué carajos.

—Vete al hotel, estás bien borracho. Vete a dormir.

—Quiero una copa, una ginebrita.

—Vete a dormir, por favor Pablo. ¿Si te doy una copa te vas?

—Sí —alzó la mano en juramento—. *I promise.*

Carlos sirvió una copa de whisky. Pablo se acercó, hizo una reverencia.

—¿No bailas? —dijo a una de las muchachas.

—No, gracias...

—¿Por qué? Jaime no se enoja.

—Estoy cansada.

—Eso dicen todas... apretadas... ni que fueras...

Uno de los amigos se incorporó.

—¡Compórtate! Estás ante unas damas —gritó.

—Tú y tus damas...

Carlos lo cogió de la cintura.

—Ven. Toma —le dio el vaso de whisky—. Vente. No armes desmadre, por favor, Pablo, ven...

—Váyanse a la chingada ustedes y sus pinches damas decentes.

Los amigos se disculparon con las muchachas. Pablo giró sobre sus talones. Torpemente caminó arriba, hacia la puerta.

*Cuando caliente el sol  
aquí en la playa...*

El eco del mar zumbaba. Todo el mar parecía estar dentro de una caracola. La arena brillaba tenuemente por aquí y por allá. Pablo caminaba, las olas que se desvanecían mojaban sus pies. Silvia, el burdel, Acapulco, la zona, el burdel, Silvia. Los días ahí. Sus amigos eran unos malditos y sus viejas unas pinches viejas apretadas: ay, no puedo, estoy cansada. Vieja payasa. Carmela, su novia, la quería mucho, dentro de cinco meses serían esposos, vendrían a pasar su luna de miel a Acapulco. Quién sabe. Podría ir a Europa. Los reflejos de la luna se extendían en el mar y el eco zumbaba levemente cuando las olas rompían. El vacío hacia el horizonte, sólo la oscuridad, el silencio roto por el murmullo de las olas. Se sentía mal. Lo que debía hacer era ir al hotel y dormir.

*A Isela Vega.*

# **El rey criollo**

## The Last Time

Te lo dije una y otra vez  
que mejor escucharas mis consejos.  
No tratas para nada de satisfacerme.  
Con lo que tú sabes sería fácil.  
Bien, ésta podría ser la última vez.  
Ésta podría ser la última vez.  
Tal vez la última vez. No sé. Oh no, oh no.  
No estoy afligido pero no puedo quedarme.  
Sintiéndome como hoy quedándome aquí es demasiada pena.  
Pienso que así me sentiré mañana.  
Te lo dije una y otra vez.  
Alguien tendrá que pagar el precio.  
Aquí está la oportunidad de que cambies de pensar.  
Me iré por mucho tiempo.  
Bien, ésta podría ser la última vez.  
Ésta podría ser la última vez.  
Tal vez la última vez. No sé.  
Oh no, no. La última vez. Tal vez la última vez.  
Oh no, no, no, no te vayas.

—The Rolling Stones

*Yo no soy un rebelde sin causa  
Ni tampoco un desenfrenado  
Lo único que quiero es bailar el rock*

Estuvo vaciado vaciado vaciado..., echamos un relajo bien padre, por lo menos yo me divertí un resto. Pero ya antes, cuando en el cine Roble estrenaron *Prisionero del Rocanrol*, fue también un desmadre de poca, me cae, y también me divertí un chorro. En el lobby del cine se agarraron a madrazos Los Gatunos contra los de la Narvarte, y no es por adornarme ni nada de eso, la calidad de la melcocha se impuso, los de la Narvarte —bueno, yo no participé pero soy de la Narvarte— les dieron en toda su puta madre a los putos Gatunos. Eso fue hace dos años. El pleito fue lo máximo y me parece que todo fue por unas pinches viejas o algo así. Que unos pinches y putos Gatunos les dijeron alguna mamada —las viejas por las que se armaron los golpes eran de la Narvarte— mientras pasaba la película. Y cuando terminó y todo mundo salía feliz después de haber visto a Elvis Presley cantando y bailando sus grandes éxitos («Jailhouse Rock», «Young and Beautiful», «I Want To Be Free», «Don't Leave Me Now», «You're so Square —Baby I Don't Care»), cuando todo mundo estaba ya muy tranquilo y contento, que empiezan los golpes en el lobby. Los de Quemada estaban esperando a Los Gatunos. Los Gatunos ni se las olieron, cuando les llovieron los madrazos, de pronto la Marrana descontó a uno. Empezaron los silbidos de las pandillas, órale júntense y todo eso. Era fácil reconocer a Los Gatunos, todos llevaban chamarras amarillas con un gato pintado en la espalda, hasta las malditas viejas ridículas que venían con ellos llevaban chamarras iguales.

Los de Quemada en fila india, perfectamente malhecha para que Los Gatunos no se dieran cuenta de que los chingadazos los estaban esperando, cerca de la escalera, y cuando Los Gatunos venían en bola, la Marrana se adelantó, le puso un seco a uno que quedó sentado y con el hocico floreado, el güey ese cayó al suelo bien bonito, chulo, divino, encantador. Antes de que Los Gatunos se le echaran a la Marrana, los de Quemada atacaron. Las viejas de Los Gatunos empezaron de escandalosas a gritar como gallinas desesperadas, y una que otra a llorar como loca.

Los golpes estuvieron de picture. El Velos tirando patines por aquí y por allá, rompiendo madres —huesos, hocicos, etc.— por aquí y por allá. El Quieto, muy calmado como siempre, tirando golpes de judo. El Gori, con un box, triturando las

costillas de un pendejo que gritaba como vieja y decía: «Ayúdenme, no sean culeros». El Güero Lozano, con su cinturón vaquero de hebilla dizque de plata, madreaba a un cabrón que se revolcaba en el suelo como lagartija. Y que le llega un güey por la espalda, mejor no lo hubiera hecho el pendejo porque fue al que más se lo llevó la chingada, quedó ni para billetero, pues el Botas llegó oportunamente al quite y de una maldita patada en los güevos mandó al gato ese al suelo. Yo no creo que se haya levantado. El Sapo, uno de los cuates más fregones que he visto peleando, descontaba a diestra y siniestra a cuanto pendejo que se le acercaba. En serio, el Sapito movía patas y manos como un verdadero campeón, cómo pelea, me cae. De un chingamadrazo le partió en mil el hocico a un pobre infeliz. La patada que le tiró el Sapo es de antología. El Gordo Romero (hermano del Gorilón), hecho otro campeón, sobre la espalda de uno, le golpeaba la choya contra el suelo. Uno de Los Gatunos sacó a relucir una navaja de botón, no lo hubiera hecho. Le pusieron una que quedó inservible para todo el resto de sus próximos miserables días.

Bueno, pero no era esto lo que quería yo decir, sino era otra cosa. El relajo de esa tarde en el cine de Las Américas. Digo, no es por nada pero todos los de la Narvarte se las traen. Los Gatunos tenían fama por todos lados de que eran muy sabrosos, que a mí mis timbres, que las podían de todas todas, que muy malditos los gatos y que la canción y yo aquí y acá y que qué, pero se dieron tres sentones, nos pelaron la que les platiqué.

Pues sí, fui con mis cuates al cine a ver *King Creole*. Todos admiramos a Presley, a Elvis Tulsa Presley. Es un fregón cantando. Y además bien carita, digo, cualquier vieja da las nalgas por él. Y Elvis canta y baila como nadie. No hay duda que es el jefe. Un chingón y todo. Mi papá dice que es un degenerado maricón y todo eso, y mi hermano, el que estudia leyes y es secretario de la sociedad de alumnos de esa madre, dice que es un puto, y yo le digo al pendejo que ya quisiera tener la personalidad de Elvis Presley y tener sus viejas, y que las viejas griten y anden muertas por él como por Elvis, y que el pendejo ya quisiera cantar como Tulsa, porque el idiota todo el día anda cantando «Torna a Sorrento» y «Ojos tapatíos» y «Gema» y «Cerca del mar», claro, el imbécil cantando en el coro de la secundaria y de la prepa y ahora en el de la parroquia universitaria; bueno, lo que pasa es que el pendejo de mi hermano envidia a Elvis y ya, en realidad ya quisiera ser tan cara como Elvisov Presleysvky; mi hermano se cree Tony Curtis, galán de todas las viejas de la colonia. Bueno, pues... lo que pasa es que todos le tienen mala fe a Elvis, porque ya quisiera ver a mi hermano cantando «Ojos tapatíos» y que las gordas se cayeran al suelo tendidas como tablas. Mi hermano vestido de charro y las nenas gritando y llorando y pataleando y desmayándose. Juá, juá. Hagan el favor de imaginarme revolcándome de la risa como doña Borola Burrón, please. Bueno como decía, todos le tienen mala fe a Elvis, como dicen que dijo que prefería besar a tres negras que a una mexicana, uy, pues todo eso influyó y pues nada más es por coraje, porque Elvis, aunque no les guste, es un chingón y punto. Canta a toda madre, baila a todo dar, y por algo es el Rey del

Rocanrol, y pues los grandes ya caducaron. Que Gardel era divino y que Pedro Vargas también y que Jorge Negrete y que Pedro Infante y que Nicolás Urcelay canta precioso y que las canciones de borrachos y putas de Agustín Lara, ay sí tú... Digo, vale madre, yo me digo: ¿Cómo les van a gustar las canciones de Elvis? ¿Cómo las van a entender? ¿Cómo les va a gustar «Hound Dog», «All Shook Up», «King Creole», «Hard Headed Woman», «Are You Lonesome Tonight», «Fever», «One Night», «Blue Suede Shoes», «Treat. Me Nice»? Que música de locos y todo eso. Digo, digo, a uno le da un poco de coraje todo esto, aunque pues me vale madres. Y pues, como dice mi hermana, hay que vivir la vida. Si a mi papá le gusta esa de estoy-en-el-rincón-de-una-cantina... pues no me interesa, digo-que-me-vale-madres. Bueno, pues yo decía que fui a ver *King Creole*, y que aquello había sido un maldito relajó, un verdadero destrampe. En parte yo me sentía un poco no sé cómo, pero me sentía un poco mal. Mi novia Lulú me había rogado como desesperada que la llevara al cine. *Ama a Elvis*. Que se moría de las ganas de verlo, que no seas así, que nada más te gusta divertirse solo y andar con tus amigos, mamá me dio permiso de ir contigo y con mi hermana; cómo me choca que las mujeres quieran hacer su santa voluntad, bueno, pero no me importa, digo, ya saben cómo son las mujeres, y Lulú diciéndome que yo no la quería y que parecía que me amargaba la vida y que era mi juguete y esas cosas que le reprochan a uno las mujeres y yo mira gorda que te adoro, comprende las circunstancias, ya quedé con mis amigos y eso, y ella: prefieres andar con tus amigos, y yo: gordita chula, te quiero mucho, bien lo sabes pero no te llevo, imposible. Y bueno, para no prolongarla, nos enojamos. Es que yo sé qué clase de viejas van a ver las películas del Rey Presley, puras de la danza moderna y guerreras y pues preferí que nos enojáramos a llevarla. Digo todo esto porque al Gordo le sucedió una cosa bien chistosa. Cuando llegamos al movies y uno de nosotros se formó en la cola para lo que se forma uno en la cola de un cine, el Gordo vio entre la cola a su novia. Y que se encabrona el Gordo y los cachetes se le pusieron rojos del coraje y de pena. Y, claro, tenía razón. Y fue a donde estaba su gorda y le dijo:

—No entres... vete a tu casa.

Su gorda prefirió a Elvis. Hizo su teatrillo, se encaprichó y el Gordo que es bien dejado, que hace lo que a su gorda se le da la gana, no se impuso. Su niña entró al cine. Y yo creo que porque el Gordo no quiso hacer el ridículo, como que le dio pena que hubiéramos visto la escenita y pues nada más se quedó callado. Se tragó su coraje como si fuera saliva. Nosotros no le dijimos nada, sólo el Chato, que es una ladilla de lo peor, un auténtico piojo pubis ruso, lo estuvo molestando todo el tiempo. Y cuando Tobías instó al Chato (a) Pinocho a que se callara, el Chancro Volador respondió:

—Éste porque es un pendejo, a mí una vieja me hace eso y la madre, me cae que la madre, me cae que sí —lo dijo porque siempre se ha manifestado como un vil corriente.

Para no alargarla más, entramos al cine y fuimos arriba. Allí había puro cuate, puro rebelde y ninguna sola vieja. Como si a la entrada hubieran puesto algún letrero

que dijera que los hombres arriba y las mujeres abajo o algo parecido por el estilo. Lo que se me había olvidado decir es que cuando comprábamos los boletos, yo había visto a mis cuatitas de la prepa y no perdía las esperanzas de echarme un ligero caldo con alguna. La base de ir en prepa de no putirines curas como mis amigos porque sus jefes dicen que en las escuelas de curas uno se educa mejor y se vuelve uno más decente y todo eso. Pero, pues cuando llegué arriba y vi puro rebelde que gritaba, vacilaba por aquí y por allá, pues ni hablar. Antes de empezar la película era un auténtico relajó, un vil desmadre como se dice vulgarmente. Las pandillas gritaban: ¡Aquí la Guerrero! ¡Aquí la Roma! ¡Chinguen a su puta madre los putos ojetes de la Narvarte! No sé a qué se debe que seamos tan odiados. ¡Los nacos de la Guerrero nos vienen a pelar la verga! O los gritos entre los gritos: ¡Todas las viejas de abajo son una bola de putas, culeras! ¡Ya llegó su padre hijos de la chingada! Y luego un cuate con voz de trueno gritando: ¡Chingue a su madre el que no ladre! Y todo el pinche cine ladra y ladra, creo que hasta las viejas, menos yo porque no le hago caso a cualquier pendejo. Y yo por acá y por allá, allende y acullá, saludando a cuates de la prepa: al Malhecho, al Chiras, a Germán el pianista del conjunto de la prepa llamado Los Boppers, al Greña Brava, al Mechas de Indio, al Solícito, en fin a todos los seguidores de Elvis y el rock. Y entra y entra cuates y cuates en bola, silbando, risa y risa. Y que entran unas viejas con chamarras de cuero con suásticas pintadas, pony tails n' bobby socks, muy rocanroleras, con libros y cuadernos. Y una bola de cabrones las rodeó. Las viejas bien culeras, del miedo no saben qué hacer. Los cuates: ¡Órale, órale! Yo me preguntaba: órale qué. Las viejas bien espantadas, fruncidas a morir. ¡Déjenos ir! Uno que otro las manoseaba discretamente. Las viejas: ¿Qué quieren? Unos cuates: ¡Déjenlas! Y uno: ¡Que bailen! ¡Sí, que bailen!, respondió la bola. ¡Que bailen! Y la que parecía la líder: Okey, si bailamos, ¿nos dejan? Y un cuate empezó a cantar: *Bibopalula es mi beibi/Bibopalula y nadie sabe cómo te quiero yo, te quiero yo, te quiero yo/Bibopalula no me dejes así, me dejes así, me dejes así.* Y las pinches viejas baila y baila como locas, sacudiéndose todas. Los cuates palmotea y palmotea, chasqueando los dedos. La jefa era la que hacía pasos a la Elvis por aquí y por allá, temblando una pierna. Las otras: ¿ya?, ¿ya? Y los cabrones: otra y ya. Y luego el cantante antipresley: ese pollito yo vi cómo se me sonrió... Y de la multitud de rebeldes surgieron unos héroes. Ya estuvo bueno, déjenlas. Y las dejaron ir. Salieron como cohetes. Felices de que nada más las hubieran hecho bailar y no les hubieran hecho otra cosa. Se apagaron las luces y todo el cine se calló. Un silencio largo, largo. Y cuando empezaron los noticieros todo mundo mentándole la madre al cácaro, silbando. El *Noticiero Continental* parecía no tener sonido, todo mundo rayándole su puta madre al cabrón que hablaba. Luego unas voces cantando: *Me voy pa'l pueblo/hoy es mi día/chingue a su madre/la policía.* Y, claro, todo el mundo se puso a cantar. Yo estaba botado de la risa, canta y canta: *Me voy pa'l pueblo, hoy es mi día, chingue a su madre la policía.* Y luego una voz por un micrófono dijo que si seguía el desmadre la función sería interrumpida. Todos le

mentaron la madre al dueño de la voz. Y empezó *King Creole*.

El bajo, las voces de Los Jordanares. La voz del Rey: *There's a man in New Orleans who plays the rock n' roll...*

Abajo las viejas gritando, arriba también los cuates. Todos palmeteando, chasqueando los dedos al compás de «King Creole». Y cuando apareció Elvis algunos gritándole: ¡Puto, ojete!

Todos fumaban como locos. Elvis, recargado en un barandal de la terraza de una casa vieja colonial de New Orleans cantaba «Crawfish», los cuates chasqueaban los dedos. Yo fuma y fuma. Mis cuates palmoteando cuando Elvis cantaba «Trouble» en el cabaret de los años veinte, el Golden Goose, padre, digo, chingón, chingonísimo. Elvis bailando de poca madre, de seguro abajo, las nenas locas, muertas, delirando, extasiadas. Algunas viejas gritaban como si las estuvieran desflorando o algo por el estilo. Pero en realidad abajo casi estaba en silencio. Entre una escena romántica entre Elvis y la heroína, unos gritaron: ¡Ya cógetela buey! ¡Esa vieja es puta! ¡Ya no es quinto! ¡Ya no se te para ni con globos! Los cigarros volando y brillando por aquí y por allá como luciérnagas. Elvis cantaba «Don't Ask Me Why». Rock lento: *I'll go on loving you/Don't ask me why/Don't know what else to do/Don't ask me why/How sad my heart would be/If you should go...* Y yo pensando en Lulú: junto a mí en el cine. Y cuando Elvis cantaba «Lover Doll»: ... *You're the cutest lover doll... I'm crazy for you... Let me rock you in my arms... I'll take you home... Let me be your lover boy, let me be your lover boy...* Yo y Lulú en una fiesta bailando, yo y Lulú en la sala de su casa, yo y Lulú caminando por una calle al atardecer, yo con mi guitarra de dos cuerdas rocanroleando. *Young dreams, my heart is fill with young dreams... In my eyes, oh can you see in my eyes that you are the only one/who make my young dreams come true.../Take my hand... Oh darlin' take my hand... And let me make you part of all my young dreams...* sentados en la alfombra, oyendo el disco en la sala de la casa de Lulú.

Bien chingona la película, cuando por lo que sea el cine estaba en silencio, unas viejas entraron, empezaron a buscar asientos. Y del silencio surgió un grito: ¡Carne! ¡Carne! ¡Caaarmeeee! Y una bola se abalanzó contra ellas. Y ellas empezaron a gritar y los cuates se las cachondeaban por todos lados, les agarraban las nalgas y los senos, todo. Ellas lloraban. Una de ellas gritó:

—¡Hija! ¡Hija! ¡Dios mío!

Algunos cuates las defendieron, se armaron los madrazos y ellas pudieron huir, medio desvestidas, luego pareció que ya todo se había calmado, pero empezaron a arrancar los asientos de las butacas y a aventarlos, todo mundo corriendo como loco por todas partes, como si se estuviera incendiando el cine. La función se interrumpió y encendieron las luces. Y siguió el desmadre hasta que llegaron los granaderos y nos sacaron a todos del cine. Las chamacas espantadas de verles la cara como nalgas de gorila a los granaderos. Nada pasó, los granaderos no le hicieron nada a nadie.

*A papá y a mamá...*

*Y a José Agustín, rocanrolero a morir y ondero y guapachoso y...  
etc., etc.*

# Epílogo

## El rey criollo, medianamente, soy yo

Hasta donde sé, Parménides García Saldaña empezó a escribir en forma en la adolescencia, cuando regresó de Estados Unidos y se propuso estudiar economía, seducido por los aires de revolución marxista que le pegaron duro a muchos jóvenes de clase media a principios de los años sesenta. Poco después conoció a Emmanuel Carballo, el autodenominado Mejor Crítico de México, quien se hallaba en el candelera y le tomó afecto, leyó los cuentos que escribía, lo alentó y le borró de la cabeza el nefasto tono realista-socialista que tenían algunos de los textos. Por esas fechas Parménides ya no sólo la rolaba en plan gruesísimo con sus truculentos amigotes de la Narvarte, como Manuel y el Chino Campos o Fito de la Parra (quien después fue el baterista del grupo californiano Canned Heat), sino que también estableció contacto con el cacique poblano Juan Tovar y durante un tiempo vivieron en el mismo depto (de Juan, claro).

Hacia 1967 Parménides ya tenía listo un libro de cuentos titulado *El rey criollo*. Sin embargo, hizo a un lado todo intento de publicarlo porque don Rafael Giménez Siles y Carballo (que ya habían urdido una serie de autobiografías para autores menores de treinta y cinco años) crearon la Editorial Diógenes con un marcianísimo concurso para seis primeras novelas que publicaron con ese fin (ganaría la que sumara más puntos, que se obtenían con la venta de los libros, con las reseñas publicadas en la prensa y con los cupones que los lectores deberían desprender del libro y enviar a la editorial) y Parménides decidió entrarle, por lo que se dedicó a escribir una novela para el concurso. El resultado fue *Pasto verde*, un texto catártico, loquísimo, cuya escritura en buena medida precipitó su etapa de altos desmadres y caídas en manicomios. *Pasto verde* (1968) no ganó el premio Diógenes de primera novela (tampoco lo obtuvo Margarita Dalton con *Larga Sinfonía en D*, y el ganador fue Orlando Ortiz con *En caso de duda*), pero desde un principio adquirió una aura de texto maldito y corrió con una buena fortuna inicial, así es que Emmanuel Carballo decidió publicar los cuentos en 1970.

*El rey criollo* es, pues, el primer libro que escribió Parménides y consta de once relatos muy bien armados, en orden ascendiente en cuanto a la edad de los protagonistas y en cuanto a la intensidad y complejidad de los textos. Salvo el final, y «¡No te adornes, no te adornes!», casi todos los relatos tienden a cierta formalidad narrativa. La mayor parte está escrita en tercera persona, con juegos de puntos de vista y nutrida dialogación a base de lenguaje coloquial. Las historias se narran con limpieza, sin excesos, en orden lineal salvo algunos flashbacks, y no pretenden impactar, deslumbrar o iluminar. Sus finales, más bien ambiguos, muestran que, más que la historia en sí o el trazo psicológico de personajes, a Parménides le interesaba crear atmósferas y, a través de la sucesión de textos, sugerir un tema central: la fijación de imágenes de distintos y desoladores abismos de la búsqueda, frustrada y

frustrante, del amor como meta inmediata en la vida juvenil. Todo esto se halla subrayado con la inclusión de canciones de amor de los Rolling Stones (casi todas del periodo *Aftermath/Between the buttons/Flowers*) que él mismo tradujo, correctamente, y que anteceden a cada relato.

Con este álbum de imágenes, Parménides ilustra muy bien los procesos de crecimiento, el afamado rito-de-iniciación-a-la-madurez y la soledad en medio del estrépito de los otros, los amigos, imprescindibles y entrañables porque circulan en la mismas tinieblas. También retrata y critica a profundidad a la clase media idiota de la ciudad de México de los años sesenta. Parménides no mitifica a sus personajes, algunos de ellos representaciones de sí mismo, sino que, con una ironía amarga, los muestra con toda su bárbara inconciencia, su indignancia cultural, sus prejuicios y convencionalismos, su racismo, machismo, clasismo.

Los tres relatos iniciales corresponden a un periodo de primera exploración del mundo; la salida de la pubertad en «Stranger in paradise», donde el protagonista se conforma con ver la acción envuelto en melancolía. Se trata del momento terrible en que ya se ve lo que ocurre pero no se puede participar. «Bye bye love», por su parte, es un retrato espléndido de los modos con que algunas chavas, desde chicas, manejan las relaciones amorosas. Desde el principio es obvio que Estela quiere cortar a Jaime, pero para hacerlo traza curvas más sinuosas que las de un largo cuerpo de serpiente. La narración es casi behaviorista, a base de los diálogos y casi sin descripciones, pero a la larga se logra una atmósfera idílica, llena de ternura, pues los juegos del amor aún no hacen daño. «Goodbye Belinda» está escrito en primera persona y el tono cambia por completo; en un principio parece ser más cínico y «duro», pero al final predomina la sensación desagradable del joven inexperto que abrió una puerta pero tuvo miedo de franquearla.

Los restantes son textos sobre chavos más grandes, que ya pasan la veintena. «La espera» es una evolución de «Bye bye love» seis años después; la pareja ya se acuesta, pero cada quien circula por carreteras distintas; esto genera emociones intensas y dolorosas, pero ella y él las toleran porque intuyen que después serán un recuerdo incluso agradable. Como en «Bye bye love», el final es clave para quien quiera rebasar la mera fachada del relato. «¡No te adornes!», uno de los mejores textos del libro, es un cuento devastador, escrito con una tercera persona muy libre, lúdica y provocativa, que se desplaza por los puntos de vista de los personajes. Hay un auténtico ritmo y musicalidad en el relato, que no es rocanrolero sino rumbero, más cercano a Cabrera Infante. Por eso, a este texto le antecedió «Have you seen your mother baby standing in the shadow», la más pesada de todas las rolas escogidas, aunque lo indicado era un mambo o una rumba. Todo esto hace más cruel la capitulación total de Lidia, «la adornada». El texto concluye en una ambigüedad que paradójicamente resulta un golpe dramático.

En el libro, este texto funciona como bisagra y abre la serie de cuatro relatos que dejan ver diferentes instancias del amor: En «Una actitud sincera» predomina un

estado de ánimo característico de la primera mitad de los años sesenta: la conciencia de la incomunicación y la deshumanización, y con ella el creciente percibir la vaciedad y lo insatisfactorio de la vida. En este caso, se elige al sexo como vía de ruptura. «Un día triste, triste» muestra el derrumbre del mito del matrimonio tradicional, y al igual que «El encuentro», un cuento perfectamente prescindible, ocurre entre jóvenes casados. Por su parte, «En noches como ésta», disfrazado de bolero, es un texto mucho más íntimo, monólogo y diálogo con un fantasma, con las primeras nostalgias, pero hay un exceso de tono confesional que estorba, y aunque eso proporciona posibilidades líricas, el relato resulta una búsqueda que no cuaja del todo.

Hasta aquí, el material señala a un talentoso autor joven que habla de lo que sabe, lo que ve y lo que siente; que tiene capacidad narrativa y dispone de recursos, pero avanza con cautela y prefiere cubrirse con cierta neutralidad y corrección, y dejar que las historias y sus atmósferas, por sí mismas, revelen lo que está detrás de la apariencia, sin despliegues estilísticos pero con un uso brillante del lenguaje coloquial. Los relatos funcionan más como elementos de un conjunto que como entidades individuales, son como capítulos de una unidad a través de la diversidad. Dos de ellos, «Encuentro» y «En noches como ésta», pudieron eliminarse. Sin embargo, los hay de antología, como «¡No te adornes!» y los dos finales, «Aquí en la playa» y «El rey criollo».

«Aquí en la playa» es una ilustración del espíritu *hipster* que aún no es consciente de sí mismo. El protagonista va a Acapulco con sus amigos, pero al llegar hacen una escala técnica en la zona roja, y Pablo se queda allí todas las vacaciones. Sus cuates cumplen todo el ceremonial del joven clasemediero en Acapulco, pero él prefiere a los marginados y la vida en los límites. No trata de redimir ni de educar a nadie (es decir, de mostrar superioridad), simplemente convive y se integra, sin «quitarse el sombrero ante nadie pero sin permitir que nadie se lo quite ante él». Al final se da cuenta de que ya se cumplió ese ciclo y no puede quedarse allí toda la vida, así es que regresa «a su mundo» para mandar a la chingada a las niñas decentes.

«El rey criollo», por su parte, es redondo de principio a fin y el lenguaje funciona a la perfección. Hay humor, ironía, irreverencia, violencia, desfachatez, provocación y un manejo maestro de los elementos del relato. El nivel colectivo y el individual están muy bien dados. El resultado es la creación de un auténtico relajero literario autocontenido y autorregulado, con sus propias, específicas leyes, que además de ser la crónica de una función de cine y de ver desde dentro, críticamente, a los jóvenes protagonistas, es la manifestación de un espíritu que se rebela ante los cánones literarios y ante la sociedad en su conjunto, a los que delicadamente dice: chinga tu madre. Sólo entonces comprendemos que este libro de cuentos también es proclama y manifiesto (por eso Par decía que en el libro estaba la semilla de la rebelión que en la segunda mitad de los sesenta llegaría al éxtasis).

Este tipo de textos de Parménides, que a mí me parece excitante, es el que menos

le gusta a una buena parte de la crítica literaria, que lo ha descalificado y lo subestima a un punto en que ni siquiera le concede una mínima atención crítica. La descalificación es tajante y se pasa a otro punto. Esta crítica no ha renunciado a los anteojos de los prejuicios, y éstos por supuesto no dejan ver. Es evidente que los críticos tienen todo el derecho de que no les guste este tipo de literatura, pero eso no significa que los textos no valgan. Los gustos no son patrones de calidad literaria. Como a fin de cuentas había que argumentar, aunque fuese de mala gana se decía que el lenguaje no era literario, pues era una réplica del habla oral, pero al parecer finalmente se ha comprendido que el uso del habla coloquial, si es parte de una estrategia artística, como en el caso de Parménides, representa un trabajo elaborado y que ni remotamente se queda en una taquigrafía del habla oral.

También se aducía que la prosa de Par no tenía trabajo, que era facilista y se excedía en el uso de diálogos. Pero en realidad ninguno de estos relatos es muy extenso precisamente porque hay un criterio de usar las palabras justas, aunque este proceso tenga lugar en parámetros totalmente distintos a los de la literatura más tradicional. En *El rey criollo* la escritura tiende a la corrección y a la limpieza, salvo en «No te adornes» y en el texto final. Lo que se dice es lo mínimo necesario y no hay barroquismos estilísticos de ningún tipo. Se decía también que eran historias banales, intrascendentes, sin ver que Parménides trabajaba con la sustancia básica de la vida, sin sentimentalismos, cursilerías o melodramatismos, y si al amor no le queremos dar importancia no es problema del texto. Al menos en *El rey criollo*, porque *Pasto verde* es otra cosa, tenemos una forma de realismo que no se consiente, que no se pierde en detalles inútiles y que trata de ver las cosas, desde adentro y desde fuera, como realmente son. Este realismo es directo y, como no es fácil encarar la realidad de frente, se entiende que a muchos, cobijados bajo la *zeitgeist* de lo metafórico, crepuscular y oblicuo, este realismo no les atraiga.

Por su parte, algunas feministas han concluido que Parménides es un caso grave de sexismo, pero estas amigas se hallan como los lectores negros que encuentran racista *Huckleberry Finn*. Es verdad que hay un conflicto de amor-odio de Parménides en cuanto a las mujeres (¡son las oh diosas!), pero, al menos en este libro, cuando las fustiga no lo hace porque son mujeres sino por su mentalidad fresca y clasemediera. También es cierto que, en cuanto a críticas, Parménides es parejo, pues tampoco perdona a los hombres. Claro que en estos cuentos hay muestras flagrantes de machismo, pero éstas son de los personajes y Parménides las expone porque son parte inherente de la cultura dominante.

Para apreciar y disfrutar estos textos hay que deponer la intolerancia y asumir una actitud desprejuiciada. En realidad así deberíamos leer siempre. De esa manera quizá se vea que los relatos de *El rey criollo* cumplen con su legalidad interna y que son una forma de realidad literaria tan válida como cualquiera, primeriza si se quiere pero con logros estimables. Además, siempre existe la posibilidad de que se sintonice la frecuencia adecuada, de que se agarre la onda y se descubra que, cuando menos tres

de los relatos son muy buenos y que casi todo el volumen es disfrutable y funciona bien.

Parménides era perfectamente consciente de su valor y de su naturaleza contracultural. Esto le da una mística a su libro. No sólo se trata nada más de mostrar las etapas de la educación sentimental sino de manifestar un espíritu, el del rebelde empecinado en ser él mismo en una libertad encarcelada. Fue una lástima que se lo tragara la locura, porque habría sido fascinante ver cómo desarrollaba su propio mito. Parménides sabía que el Rey Criollo, ahí nomás, no fue Elvis sino él mismo porque él era Elvis Presley y varios más. Como dijo Rudyard Kipling: «La vida es dulce para todos, pero para los que viven muchas en una es aún más dulce». Por su parte, Parménides García Saldaña se concretó a escribir: «El Rey Criollo, medianamente, soy yo».

*José Agustín*



PARMÉNIDES GARCÍA SALDAÑA nació en Orizaba, Veracruz, en 1944, Fue uno de los primeros críticos de rock en México y el único de su generación que aceptó ser escritor de La Onda. Publicó los libros: *Pasto verde* (novela, 1968), *En la ruta de La Onda* (ensayo, 1972), *Melodía* (poesía, 1975) y póstumamente *El callejón del blues* (cuentos, 1992). Murió en 1982 de una pulmonía mal cuidada.